

MANUEL  
ROJAS

---

# SEGUNDA NOVELA

¿Una Historia de Amor?

---

VOLUMEN 1

---

SEGUNDA NOVELA  
¿Una historia de amor?

Volumen 1

(Registro DDI: 2021-A-050)











# Prólogo

*El hombre y la mujer sienten los mismos sentimientos,  
pero en ritmos diferentes:  
es por eso que nunca pueden ponerse de acuerdo afectivamente.*

## **Friedrich Nietzsche en “Genealogía de la Moral”**

Mira, fíjate lo que dice mi maestro Bruce Lee sobre el amor:

“Lo que verdaderamente importa es no pensar ni en el éxito ni en el fracaso. Desde el instante en el cual emprendemos el viaje, no buscamos ningún resultado sino que hacemos lo que hacemos porque amamos hacer lo que amamos, y el amor no tiene recompensa ni castigo.”

Yo tampoco entendí muy bien lo que acabas de leer, y me decía “¿cómo no voy a desear el éxito en nada?”.

Es imposible que no deseemos triunfar en algún proyecto de cualquier tipo: amoroso, laboral, académico, económico... hay que ser idiota para comenzar un negocio creyendo que éste no resultará.

Incontables madrugadas me las pasé fumando y meditando sobre aquello de “*el deseo*”, y pensaba en *el deseo* mirando a las diferentes chicas que fueron durmiendo en mi cama; fumaba y miraba su silueta dibujada bajo la sábana blanca y la oscura noche y el aroma del incienso nos envolvía pues siempre había una varita de incienso encendida, y me fumaba los cigarros y las mariguanas y miraba la perfecta silueta de la nena dibujada bajo la sábana blanca, mientras yo pensaba en eso de que no importa el ganar o perder...



Aquello de no *desear ganar ni perder* se transformó en un obsesivo pensamiento que revolvía y revolvía mi cabeza y se metía en mis sueños, y tanto se metía en mis sueños que transformaba mis sueños en pesadillas y no me dejaba tranquilo; pensaba y trataba de dejar de pensar en eso pero pensaba igual e incluso andaba con insomnio por aquel asunto hasta que una mañana, mientras me duchaba, lo comprendí:

*“Yo sé que ella en el fondo de su corazón me ama, aunque me trate mal y se meta con otros tipos a cada rato y lo haga frente a mí, yo sé que está confundida porque ella me ama y sé que volveremos a estar juntos”.*

Más de alguna vez me sucedió lo que acabas de leer, eso o algo parecido, y demás que a ti también te ha ocurrido o has visto o escuchado que a alguien le pasó lo mismo, ¿cierto?

Mientras terminaba de ducharme, comprendí también que “el deseo” de estar seguros en una forma u otra es tan pero tan poderoso en nuestra existencia, que la mente se ajustará a cualquier idea con tal de mantenernos en aquella seguridad, aunque dicha idea sea una mentira evidente para todos.

Y nos mentimos pues mintiéndonos permanecemos en la seguridad de lo que ya conocemos, sumergidas quizá en esa rutina de mierda a la cual nos acostumbramos, y tanto nos habituamos a mendigar cariño que ya no nos molestan las migajas y cualquier cambio en esa rutina nefasta, nos aterra: “mejor diablo conocido que diablo por conocer”, dicen por ahí...

¡Tanto necesitamos la seguridad!

Y la ansiamos tan ardientemente, tanto, que incluso siendo esa seguridad infinitamente triste la buscamos de todos modos, pues nos hace sentir un poquito de consuelo: el rancio y miserable consuelo de la *autolástima*.

Pero lo más, lo más penca de todo es que para más recachas, tal seguridad no existe: ¿tienes acaso la seguridad de que en este momento tu novia o tu esposa, o tu marido o tu amante o tu polola no desea tener sexo con otra persona, hombre o mujer, o con varios hombres o varias mujeres, al mismo tiempo?



¿Tienes acaso la seguridad DE QUE NO **MORIRÁS**  
**EN LOS PRÓXIMOS CINCO MINUTOS?**



Complejas las preguntitas...



¿Viste? Si la piensas bien, ni tú ni yo tenemos esa seguridad: nadie tiene seguridad de nada.





Esa mañana en la cual comprendí todo mientras me duchaba, mirándome al espejo al terminar de afeitarme, dije: “es imposible estar en paz si se tiene cualquier clase de deseo, cualquier esperanza de algún estado futuro”.

Pensemos por ejemplo en un proyecto, en uno cualquiera, de cualquier ámbito, a ver, por ejemplo en uno del tipo amoroso (yiaaa justo): luchamos por conquistar la atención de la chica o del tipo, andamos luciéndonos y sonrisitas para acá y miraditas para allá pero terminamos aburriéndonos de la indiferencia y miramos para otro lado y nos ignoran y para el otro pero no nos pescan y para el otro y el otro y el otro hasta que por fin, después de tanto tiempo y dinero invertido, al fin, nos resulta el sistema.

Y nos va superbién al principio, pero después nos va mucho mejor.

Y compartimos nuestros días y noches con aquella persona, y nos gusta verla y ansiamos tocarla y que nos bese y que se hunda nuestro cuerpo en su Alma; y la seguimos pasando rebién follando todos los días todo el día, y somos felices como nunca antes porque nuestro amor durará para siempre y le decimos a todo el mundo que nuestro amor durará para siempre y pedimos *pololeo* y luego noviazgo y nos casamos y así todo súper feliz hasta que un día...

... o una noche...

*¡Sacatá!*

Nos aburrimos de tener sexo ÚNICAMENTE con esa persona. Y ahí empiezan **los verdaderos** embrollos.

Los problemas del varón empiezan antes, eso sí; de hecho, muchos tipos que cargan en sus brazos a su *guagüita* recién nacida andan mirando a otras chicas, y les hacen ojitos incluso caminando junto a la mamá del bebé.

Por el asunto del embarazo y todo el tema ése de la lactancia, las minas tienden a ser más fieles, pero igual la hacen, o intentan hacerla o no pueden más que desear hacerla.

Pero igual la hacen, todos la hacemos y andamos como loc@s follando o queriendo culiar.

¿Ya, y el amor romántico no existe acaso?

Sí, claro que existe, pero está revuelto con weás súper fomes: “¡Eres mío o no eres de nadie!”, “¡Sin su amor, jamás voy a estar completa!”, “Hace meses que no puedo dormir porque creo que me engaña”, “¡Oye, esa mina no es tu mamá para que te ande haciendo la cama!”, “Mató a su pareja en un arranque de celos”...

En el fondo, el tal “amor romántico” no es más que la presión cultural por la monogamia, y el único, EL ÚNICO MAMÍFERO QUE *PRETENDE* SER MONÓGAMO, es la especie humana.

¡¡Hay como 16 mil millones de seres por conocer, y te vas a quedar  
PARA SIEMPRE  
con esa misma persona!!

Mira, piénsalo: el compromiso.

La “monogamia” en el ser humano, que es un animal que habla y se comunica principalmente por el lenguaje oral (los papagallos y loros también hablan, pero no conversan), implica palabras que comprometen el futuro de nuestras decisiones, y al efectuar esas promesas automáticamente estamos mintiendo pues no conocemos lo que el futuro nos depara, y en el preciso instante en el cual escuchamos esas declaraciones de amor eterno, aparece el miedo a perder aquel compromiso de eterno amor.

Ese miedo, ese temor, es llamado “los celos”.

Los celos significan ver a la otra persona *como una cosa que nos pertenece*, y al ser “dueñas” de ese ser vivo le exigimos exclusividad, y deseamos que se haga lo que nosotras queremos y que el tipo o la mina esté 24/7 pendiente de uno

***pero cuando te toca a ti ser una cosa que le pertenece a otra persona...***

Mmmmh, bueno, ahí ya no es tan divertido el pololeo, el noviazgo o el matrimonio.

Y comienzan entonces las mentiras, mentiras incluso en casos extremos como por ejemplo para evitar que tu pareja sepa que te masturbaste denante, o que ayer fuiste a jugar a la pelota, o que anoche saliste con tu mejor amiga, ésa a la cual no veías desde hacía dos años...

Pura mierda, hermano...

¿Oye, y cachay eso que dicen que sólo sabes lo que tienes, cuando lo pierdes?

Siguiendo con el ejemplo del proyecto amoroso, acuérdate de cuando interactuaste con alguien por vez primera: no se conocían y ni tan siquiera se imaginaron pero luego se conocieron y se cayeron bien o mal y casi sin darse cuenta se vieron viviendo muchas vivencias felices y eran dichos@s como jamás lo imaginaron; sin embargo, quizá en algún momento y por un motivo pequeño o uno enorme, todo se perdió. Quedamos *pal' pico*, nos sentimos ultramegahipertristes y lloramos a moco tendido.

Es imprescindible entonces que pase un tiempo para asimilar toda aquella tan terrible pérdida: es necesario haber aprendido una infinidad de cosas para ver la real importancia de la persona o de la situación que perdimos, persona o situación a la cual estábamos tan acostumbrados así como durante algún rato en algún día de tu vida te acostumbraste a esa piedrita molesta en la zapatilla que no quisiste sacar y que al rato, olvidaste que estaba allí.

Bueno, igual no quedamos pegadas solamente con los tipos que nos abandonaron, también nos *caga la onda* tener que trabajar en algo que odiamos, trabajo al cual llegamos de rebote porque en la otra *pega*, esa que nos gustaba tanto, nos mandamos algún *cagazo*...

Y mientras estamos resacasas haciendo como que escuchamos al jefe nuevo dándonos la lata por haber llegado otro lunes tarde, mientras ese *weón* que no conocemos ni nos interesa conocer está retándonos en el mismo instante en el cual morimos de sed y alucinamos un agua mineral heladita *al seco*, o el jefe nuevo nos webea mientras nos caemos de sueño o estamos ultra motivadas y queremos puro seguir tomando, mientras todo eso ocurre EN LA REALIDAD, en tu imaginación, recuerdas lo bien que estabas en la otra *peguita*...

Putá la weá... Llegábamos tarde y nos íbamos temprano y nadie te decía nada; el dueño no estaba pendiente de otra cosa más que de jalar y comerse cabrachicas, y dejaba como encargado a un hijo que era medio rastafari y que estaba todo el día volao; si te cachaban *sacando la vuelta* les daba lo mismo; hacían asados a cada rato y se ponían con todo y si uno se emborrachaba no les importaba.

Además, trabajabas la mitad que ahora y te pagaban el doble pero lo mejor, lo mejor de todo era que el *fakin* laburo te quedaba tan cerca de tu hogar que no gastabas plata en micro porque llegabas al trabajo caminando, así que podías almorzar en tu casa y dormir una siestita...

¡Tan buena la peguita y yo el muy sacowéa me tenía que comer a la mina del rasta!

“Disculpe jefe, no se volverá a repetir”, le dijiste al papá del rasta, pero te dieron la patá en la raja igual.

“Disculpe jefe, no se volverá a repetir”, le dices ahora al jefe nuevo tirándole el tremendo dragón de vino tinto a la cara...



Cuando nos pasan esas mierdas, eso del tipo que te dejó o la pega que por weón perdiste, cuando nos ocurre eso, lo único que podemos hacer para no andar angustiados es no pensar en aquello que perdimos. Y para no pensar, no existe otra cosa más que NO RECORDAR: si recuerdas, traes al presente cosas del pasado QUE YA NO EXISTEN, porque los recuerdos son ilusiones.

Entonces, si los pensamientos nacen de los recuerdos y los recuerdos son ilusiones, los pensamientos también son ilusiones... Obvio que a través del pensamiento también nos proyectamos pero si la piensas bien, esas proyecciones, por más que desees que se hagan realidad y estén las probabilidades para hacerlas realidad, no dejan de ser ilusiones...

Es necesario entonces tener una visión a mediano plazo al menos para estar en condiciones de trabajar por un futuro que sea posible, pero siempre conscientes de que el futuro no existe y como no existe, no lo podemos conocer.

Ojo ahí: nadie está diciendo que no haya que pensar en los días venideros. Mira, con estos dos ejemplos me explicaré mejor:

“Soy chileno, tengo 36 años y no terminé el octavo básico y no hablo inglés, pero estoy seguro que el próximo año seré un famoso diseñador de rascacielos, y estoy seguro que así será pues lo deseo con todas mis fuerzas”.

Otro ejemplo:

“Tengo 45 años. Mido 1.60 y peso noventa kilos; mi cara está llena de acné y tengo tres hijos de diferentes papás, y esos tres weones están presos.

Y aunque no hablo inglés ni terminé la escuela, tengo la absoluta certeza que antes de navidad estaré desfilando en las pasarelas de Europa, pues me convertiré en una top model ya que lo anhele con todo mi ser”.

No *weí* poh loco...

Eso no es tener las cosas claras respecto a lo que deseamos lograr, eso es alucinar y hablar pura mierda producto de tanto autoengaño: esa *volá* se llama “optimismo ingenuo”.

“¡Ahh! ¿Y por qué no podría alcanzar mis sueños?”, dicen algunos:

“Los Hermanos de La Luz siempre te guían y protegen desde los planos elevados, y además el libro “El Secreto” me enseñó que cuando quieres ardientemente alcanzar una meta, y decretas que la alcanzarás, por imposible que sea esta meta, todas las energías del Universo se alinearán para que logres lo que tan fervientemente anhelas”, dicen esas gentes.

¡Ya pues, comadre, estamos hablando en serio!

Yo los únicos “Hermanos de La Luz” que conozco son los culiaos que me vienen a cortar la luz mes por medio, y además déjame decirte que al Universo **LE IMPOORTA UN KILO DE SHET LO QUE TE PASE**, y si te toma en cuenta en algún momento ten la seguridad que será **PARA CONVERTIRSE EN TU ENEMIGO Y CAGARTE LA PUTA EXISTENCIA**.

(Aunque quizá, al menos de esa manera, LUCHANDO CONTRA TODO EL UNIVERSO, harás estallar la hermosa energía que te espera en lo más profundo de tu Alma)



Mira, si cierras el libro y piensas en lo que llevas leído del Prólogo,  
comprenderás que hasta el momento, todas mis palabras son  
sensatas.









Ya, ok. Es verdad lo que has leído; sin embargo, a pesar de todo lo cierto que pueden ser mis palabras y reflexiones, uno igual siempre está recordando el pasado y proyectándose en el futuro y aun sabiendo que nadie conoce el porvenir, seguimos ilusionándonos y buscamos seguridad donde no la hay, deseando triunfar a toda costa y a cualquier precio.







## Prólogo Segundo

*Los poetas no se avergüenzan de sus vivencias:  
las explotan.*

**Friedrich Nietzsche en “Más allá del bien y del mal”**

Por aquel lejano tiempo en el cual escribí mi primera novela (y por eso esta se llama “Segunda Novela”), la vida de placeres y relax, viajes y minas ricas y ricas comidas, se me acabó: necesitaría muchísimo tiempo para terminar mi primer libro, por lo cual decidí renunciar a mi empleo profesional.

Llevaba casi veinte años estudiando en profundidad el arte de la escritura, y fui practicando y escribiendo y leyendo sobre la narrativa y también creando miles de relatos cortos sin sentido, cuentos y microcuentos muy fomes, un par de novelas malas que no terminé e infinidad de cartas de amor y poemas que las minas a quienes se los envié, jamás leyeron.

Pero de los miles de bodrios que escribí, ocho se salvaron, y fueron esos los que podría fusionar para hacerlos coherentes en un argumento que entrelazara aquellos ocho textos -que no tenían nada que ver el uno con el otro-, y para ello se me ocurrió insertar un personaje en común en las ocho narraciones: luego de tantos años de práctica, ya estaba listo para enfocarme en la novela que me llevaría al estrellato.

Como te dije, había renunciado a mi trabajo profesional. Con el dinero que durante meses ahorré, y escribiendo todos los días todo el día, más o menos en seis meses -según yo- terminaría mi obra; luego, se la entregaría a algunos famosillos quienes la leerían y me apoyarían con un par de líneas en la contratapa, líneas que expresarían lo mucho que les gustó el libro y que al mismo tiempo, servirían de recomendación para que todo el mundo se animara a leer mi primera novela.

A continuación, y con el respaldo de los comentarios de aquellos famosos, presentaría mi novela a las más importantes casas editoriales de renombre internacional. Y me harían entonces ofertas que yo rechazaría, y ofrecerían más dinero y yo me negaría y pediría más plata y más plata me ofrecerían peleándose por mi obra, pero yo me haría de rogar y de rogar y de rogar hasta que al fin, vendería los derechos al mejor postor.

Todo el proceso desde que cerré tras de mí la puerta del empleo profesional que acababa de dejar y hasta que firmara mi primer contrato literario -según yo-, tomaría aproximadamente un año.

Sería un famoso escritor y todo el mundo leería mi novela en distintos idiomas, harían una película de ella y yo escribiría para distintos diarios y revistas y me entrevistarían a cada rato y yo cobraría por cada palabra mía escrita o dicha y tendría dinero a manos llenas y entonces, al fin, viviría la vida que soñé: viajar por el mundo junto a mi perrita Leydi Gaga y a mi gatita Tricolor: lo conoceríamos completito.





El plan era perfecto, estaba la raja: sólo faltaba realizarlo.  
Feliz y lleno de energía, me puse manos a la obra.



Pero todo salió mal.







En el empleo al cual renuncié me pagaban casi un millón de pesos mensuales, así que antes de comenzar a trabajar para ser un famoso escritor me había preocupado de ahorrar su buen resto de dinero, pero la plata se me acabó muchísimo más rápido de lo que yo había calculado... y para tener todo el tiempo libre para seguir escribiendo, no me quedó otra que ir vendiendo poco a poco todas mis cosas -tele refrigerador lavadora bicicleta etcétera- todas excepto una pequeña radio, el notbuc y la impresora, una silla coja y la mesa en la cual escribía todos los días y todas las noches, hasta el amanecer.

Las horas, los días y las noches y las semanas y los meses pasaban y por más que escribía y escribía y revisaba y tachaba y reescribía, no finalizaba nunca la novela y ya se me estaba por acabar la plata de las cosas que vendí, así que para tener tiempo de terminar el puto libro comencé a limpiar parabrisas en los semáforos y a cantar en las micros y en el metro: ganaba tan poco que apenas si me alcanzaba para una comida al día o para dos que no hacían una, y adelgacé más de 20 kilos... pero tenía muchísimo tiempo para escribir.

Por aquel tiempo conocí los comedores solidarios, esos que habilitan en iglesias y centros comunitarios para gente en situación de calle: alcohólicas, delincuentes de baja calaña y drogadictos se peleaban por un miserable plato de comida... y yo muchas veces tuve que pelear también... eso sí, frutas y verduras no me faltaron pues “reciclaba” lo que dejaban botado al acabar las ferias.

El problema es que no podía cocinar nada ya que también vendí la cocina y no tenía un patio en el cual hacerme un hornito artesanal o prender una fogatita...



Llegué a verme como un puto pordiosero pues las pocas platas se me iban en la comida de la Trico y de la Gaga, en dos cervezas de litro y tres cigarros al día y en las tintas y resmas de hojas que necesitaba para imprimir y corregir mi primera novela (es imprescindible revisar los textos en papel: existen asuntos cerebrales que impiden notar errores en los escritos que lees en el computador o en el celu).

Aunque me deleitaba infinito escribir y *sentir* que pronto lograría mi sueño de ser un famoso escritor, la verdad es que mi vida era una mierda y andaba recagao de hambre todo el día.

Incontables atardeceres recogí las sobras que dejaban sobre los platos en la terraza de algún restaurant, y muchísimas veces estuve a punto, pero a punto punto de comer de los potecitos a la orilla de las casas, esos con las sobras del almuerzo para que coman los perritos y las gatitas abandonadas...

Durante ese año comprendí realmente el significado de la palabra “hambre”, de esa puta hambre que te muerde el estómago y te hace desfallecer.

Pero sabes, sentir hambre no es el problema; el problema es no tener nada para comer y saciar tu hambre, y esa maldita sensación que te hace alucinar tiene sólo un escape: dormir, porque durmiendo no sientes hambre.

Luego de un par de días sin comer empiezas a actuar errática e imbécilmente: te ríes de cosas sin sentido o hablas incoherencias, o te pones a llorar sin motivo y no recuerdas nada y a cada rato preguntas qué día y qué hora es; pasados unos días famélico, digo, ya casi no sientes ni te importa el hambre, pero llegado ese punto el dormir deja de ser una escapatoria pues sueñas que comes y al despertar...

Conchesumadre...

No hay modo de explicarlo: debes haber vivido aquello para comprender realmente lo que digo: el hambre es terrible... pero así y todo seguía siempre dándole a mi primer libro, aunque ya me había empezado a cansar de tan miserable existencia.

Viviendo casi en la precordillera, el invierno de aquel año fue aterrador para mí: sin estufa y envuelto en una frazada, las noches y amaneceres nevaban y llovían más allá de mi ventana mientras yo tecleaba, tecleaba y tecleaba y leía y releía e imprimía y leía y releía y tachaba y reescribía cada una de las páginas de mi primera novela, y ya muerto de cansancio y de hambre y de frío, al amanecer, me tiraba a dormir sobre una pequeña colchoneta con dos frazadas pues mi gran cama King de dos plazas y media, también la había vendido.

Sin amigos, sin mujeres, sin dinero, sin comida y sin esperanza y dándome cuenta que enloquecía atrapado en ese minúsculo departamento que a duras penas lograba pagar, siempre uno o dos meses atrasado y escondiéndome del tipo que me lo arrendaba, viviendo yo aquella vida, digo, no fue extraño que escribiera en hojitas de cuaderno y a la luz de alguna vela ya que mes por medio, me cortaban la electricidad por no pagarla.

Muchas veces lloré.

En esas heladas noches de invierno y mientras sentía la lluvia sobre el techo, me quedaba dormido llorando y mi único consuelo era la silenciosa compañía de mi Gaga y de mi Trico durmiendo en sus abrigadas camitas y luego junto a mí, a mis pies... su calma respiración...

Fue tan grande la desolación al darme cuenta que ya era demasiado el tiempo invertido y menos que nula la ganancia, tan inmenso el arrepentimiento de haber dejado la estabilidad de una pega de un millón de pesos por haberme decidido a ser “un famosos escritor”, era tan infinita mi angustia al comprender que ya era imposible dar marcha atrás, fue tantísima la desesperación y la congoja que si la Trico y la Gaga no hubiesen estado junto a mí, yo... en serio, yo... yo me habría matado.

De eso estoy absolutamente seguro.

“¿Si yo no estoy, quién las comprenderá tanto como yo?”, me decía entre sollozos y entre lágrimas las miraba durmiendo, y entonces sonreía, tristemente eso sí, ultra triste estaba pero al verlas durmiendo tan profundamente sonreía y esa sonrisa al mirarlas me daba la seguridad de que al menos, esa noche, yo no me mataría.

Y pensando todas esas mierdas, y más encima recagao de hambre, me quedaba dormido...

Cáchate la ondita broder...

Durante aquel espantoso año pero siempre avanzando en mi primer libro, y casi sin darme cuenta, empecé también a escribir éste pues fui descubriendo que era la única forma de escapar a tan horrible realidad.









## Prólogo Tercero

*“Sólo necesitas escribir la verdad  
y no preocuparte del destino que pueda tener tu obra”*

### Carta de H. Hemingway a F. Scott Fitzgerald

En el departamento en el cuál me moría de hambre y me volvía loco escribiendo mi primera novela, y antes de cometer la barbaridad de renunciar a mi pega de *un palo* al mes para lograr mi sueño de ser un famoso escritor, en ese departamento, viví durante cinco años con una chica. Esa mujer, Amapola Amaranta, fue el amor de mi vida en aquella parte de mi vida. Éramos felices, o sea, lo fuimos al principio pero después ya no lo éramos, y aunque durante mucho tiempo nos autoengañamos diciéndonos que seguíamos siendo felices, la chica ésta, al darse cuenta de mi inmadurez e irresponsabilidad, de mi descariño y constantes borracheras, el que yo siempre estuviera buscando trabajo sin nunca encontrar ninguno y cuando conseguía uno me despedían a las dos semanas por llegar tarde o raja curao, al comprender la dama que los viajes dentro de Chile o al extranjero siempre funaban porque me gastaba yo solo las platas que juntábamos a medias haciéndonos mierda en trabajos miserables, al cachar que era ése mi estilo y que ya nunca cambiaría mi forma de ser, al entender todo eso, digo, la chiquilla se aburrió de estar con un tipo que además de todas esas mierdas vivía alucinando con ser un famoso escritor y que llegaba a aburrir dando la lata sobre el tema pues hablaba a toda la gente y a cada rato que lograría ser un famoso escritor, pero sin jamás hacer nada en serio por lograrlo.

De todo eso, la mina se aburrió.

Ella se aburrió y yo y tú y cualquier persona medianamente inteligente, también se habría aburrido, ¿sí o no?

Cáchate esta: un domingo cualquiera, cuando llegué a medianoche a casa luego de tres días de parranda (Amapola estaba de cumpleaños ese fin de semana y habíamos quedado en celebrarlo el viernes por la noche, pero la tarde de ese viernes me puse a beber con un grupo de mochileras que conocí momentos antes; se suponía que me iría a casa al anochecer para celebrar el cumpleaños de Amaranta pero me enganché con una chiquilla mochilera y nos fuimos con el grupo a Valparaíso, y vasilamos allá todo el fin de semana), Amapola Amaranta no estaba. Ni ella ni su ropa ni su maleta.

(Después de estar todo el fin de semana haciéndonos pedazos con la mochilera, follando mientras nos decíamos sentir que habíamos nacido yo para ella y ella para mí, al mediodía del domingo de aquel fin de semana, desperté solo en la playa: la mochilera se había ido con mi semen en su interior, con mi billetera y con la infinita alegría de haber imaginado encontrar a mi alma gemela)

Luego de comprobar que ni Amapola ni sus ropas ni su maleta estaban, vi sobre la mesa del comedor un papelito apoyado en el florero azul que la adornaba: era el comprobante de un boleto de avión, pero el destino y el número de serie estaban borrados, así como si al papelito le hubiera caído aceite para cocinar.

No había nada que me diera alguna explicación de lo que había sucedido con Amapola, una nota o una carta o algo, no había nada más que el baucher del pasaje pero sabes, la verdad es que yo no necesitaba ninguna explicación pues conocía perfectamente la causa de su partida, y tú también la conoces: yo.

Te había contado que mientras escribía mi primera novela andaba recagao de hambre todo el día, y por no comer alucinaba weás. Ya, el asunto es que esas alucinaciones se empezaron a meter en mi pensamiento y me sumían más y más en la desesperación, y fueron aquellos desvaríos los que me llevaron a escribir esta Segunda Novela pues, como también te había dicho, así podía huir de una terrible existencia que además se iba contaminando con recuerdos que aparecían cada vez más seguido en mi mente, recuerdos que muy en el fondo de mi Ser no me esforzaba ni un poquito en alejar: las fiestas que vasilamos Amapola y yo, nuestras conversaciones hasta el amanecer, los desayunos y almuerzos y onces y las cenas románticas que ella y yo nos preparábamos, los regalitos y las sorpresas que nos obsequiábamos, las muchas risas que reímos y las muchísimas películas y documentales que vimos, y las muchas gentes con las cuales compartimos etcétera.

Asimismo, leíste también que yo seguía viviendo en el departamento que durante cinco años compartí con Amapola... ¡weón, en casos como ése, no largarte “cuando todo termina” es uno de los peores errores que puedes cometer en tu *fakin* vida!

Mira, me caíste tan rebién que te voy a adelantar un poquito del tercer volumen de mi Segunda Novela: “El Sueño de Amapola”.

El sueño de Amapola siempre fue recorrer siempre el mundo; le daba lo mismo cómo: sola o acompañada, mochileando y viviendo el día a día o trabajando uno o dos meses y juntar dinero para no tener que andar viviendo el día a día, estafando o robando o postulando a becas o mediante couchsurfing o work and holydays, a Amaranta le daba lo mismo: la idea era viajar. Y por supuesto que muchas veces viajamos.

Mmmmmh... no.



En verdad no fueron muchos los viajes, y tampoco tan lejos: a la playa un par de veces, al campo otras tantas y sólo una vez salimos del país: la típica ruta Santiago, Arica directo, Tacna, Arequipa, Juliaca (¡¡Juliaca Juliaca Juliaca!!), el Cuzco, Machupichu y Wainapichu, Copacabana -no de Brasil sino de Bolivia-, Lago Titi Kaka, Isla del Sol e Isla de la Luna, Jujui, a Mendoza directo y a Santiago otra vez... pero todo en apenas tres semanas. Y aunque igual viajábamos, la realidad es que conmigo no concretaba su proyecto de vida.

Bueno, mi sueño también fue siempre el mismo de Amaranta, sólo que por aquellos días no sabía yo la manera de lograrlo, o sea, conocía el “qué”, pero no el “cómo”: intenté ser actor, pero actúo súper mal; me presenté a castings de humoristas para ser parte de un programa de standcomedy de la tele, pero soy muy fome; intenté grabar un disco como cantante amateur para presentarlo en alguna radio y aunque soy afinadito, en verdad no canto bien; fui fotógrafo en matrimonios y eventos corporativos y sociales pero no tenía los equipos profesionales necesarios para vivir de aquello pues, casi sin darme cuenta, me gastaba todas las platas que ganaba gracias a dichos eventos sociales y corporativos.

Intenté todos esos caminos pues a diferencia de Amapola yo no deseaba viajar al tres y al cuatro: quería comer y dormir bien y no estar obligado a hacer dedo: ya había mochileado así y realmente esas aventuras son geniales, toda la gente debería vivirlas pero ahora quería comer rico y dormir bien y viajar cómodo y no estar obligado a conversar cuando te llevan al hacer dedo.

Y aunque no lo creas, a pesar de mi falta de talento o carencia de elementos materiales, siempre tenía un par de buenas ideas que de un modo u otro daban resultado, y si bien funcionaban mínimamente, igual conseguía algunas buenas platas y por eso mis fracasos nunca fueron taaaaan rotundos.

Pero el drama era siempre el mismo: mi desorden financiero, mi terquedad y el copete. Plata que ganaba me la gastaba carretiendo o invitando a tomar y a carretiar y a comer a Amapola; ella me aconsejaba que ahorrara aunque fuera una ínfima parte de esas platas pero yo, como hombre que soy, no acababa nunca de madurar y por eso jamás tomé en cuenta sus consejos.

Durante esas intenciones mías, amistades que Amapola tenía en otros países o antiguos pololos que pretendían reconquistarla “con todos los gastos pagados”, mientras andaba yo fracaso tras fracaso, a Amaranta la invitaron cantidad de veces a viajar por Chile y por el mundo, pero ella siempre se negó.

Era absolutamente obvio que teniendo a su lado a un completo incompetente como yo, Amapola jamás podría hacer su sueño realidad; sin embargo, ella nunca dejó de apoyarme y me aconsejaba con la esperanza de que yo al fin reaccionara, hiciera las cosas bien y me comportara como el compañero que Amaranta necesitaba para complementar su proyecto de vida.

Pero yo no dejaba de hacer todo mal y ya mi ranciedad la había comenzado a contaminar pues Amapola, quien antes de conocerme siempre hacía todo como corresponde, empezó, a causa de mi mediocre influencia, también a hacer todo mal.

Cacha esta weá hermano: hasta un mes antes de su partida, la mina se la jugó para que lo nuestro resultase:

Unos tíos suyos que vivían en Australia, vinieron de visita a Chile. Conversando con ella le propusieron darle una carta de invitación y además un contrato de trabajo que le aseguraba una visa laboral por dos años, visa con la cual podría ejercer como profesora de español y con un sueldo en plata chilena de dos millones mensuales, dos putos palitos por trabajar sólo tres días a la semana desde las once de la mañana y hasta las tres de la tarde... Esos tíos estarían en Australia sólo un poco tiempo más, como dos meses, así que Amaranta debía decidir en ese momento.

—Pero me tendría que ir con mi pololo -les dijo al tío y a la tía-.

— ¡Jaja ja! ¡Con ese borracho ni cagando! ¡Ja ja ja! -le dijo la tía-.

¡Pero cacha esta weá, comadre!

¡A pesar de mi infantil visión de la vida y de mi completamente absurdo comportamiento, sin aspiraciones reales de nada, Amapola Amaranta, apostando hasta el último por lo nuestro, rechazó aquella inmensísima oportunidad!

¡¿Cachai la volaita, bro?!

¡Pensando en mí, en “lo nuestro”, les dijo a sus tíos QUE NO PODÍA ACEPTAR SU INVITACIÓN SI NO ME INCLUÍA A MÍ.

Inmerso en la imbecilidad de aferrarme a tan lejanas culpas y reproches y recuerdos que además eran sustento para deseos absolutamente irrealizables, y pensando idioteces en base a tales pensamientos, tonteras como imaginar la nueva vida que en algún lugar del mundo estaría viviendo Amapola, sumergido en esas imaginaciones que yo mismo creaba cada vez más a menudo, en el fondo me sentía tranquilo y amado por el recuerdo de una niña que ya ni siquiera recordaría que alguna vez me conoció.

Pero si ya habían pasado más de dos años desde que Amaranta se fue, dos años en los cuales jamás volví a saber absolutamente nada de ella, ¿por qué me torturaba pensando tamañas brutalidades?

Bueno, la respuesta es fácil: pensando en ella yo no estaba solo ni sumido en la miseria del inminente fracaso del proyecto de mi primera novela, pues “vivía” yo en una imaginaria existencia a su lado, al recordar una y otra y otra y otra vez los extremadamente lejanos momentos en los cuales fuimos felices... o al menos, creímos serlo.

Además, pensando en ella, quizá le transmitiera mis vibras y ella, de alguna manera, me recordaría o me imaginaría, o tal vez pensaría en mí...

Mira, ya cachaste que no soy un weón que habla mierdas, pero esto último que has leído sí son estupideces, eso de que ella se conectaba espiritualmente conmigo y pensaba en mí etcétera... y es que atrapado en aquel ínfimo departamento, sumido en el abandono y la miseria y sufriendo esa maldita hambre que no me dejaba en paz, aterido de frío y con mi esperanza de ser un famoso escritor transformada en arrepentimiento, los días y las noches me fueron abatiendo pues tomé consciencia del muy posible fracaso de mi sueño literario... y para más recachas, a causa de tan caótica realidad, poco a poco, de verdad comenzaba a volverme loco, broder...

Bueno, eso ya te lo había mencionado.

Pero lo más trágico de *“vivir” en base a recuerdos que creaban sentimientos autolastimosos*, lo peor de aquello era que yo no hacía nada por evitar pensar en Amapola: más aún, lo propendía. Pero como dije, yo no quería dejar de *sentir* ni de pensar en Amaranta pues, hasta cierto punto, me tranquilizaba al entretenerme imaginando la vida que Amapola merecía: ser feliz recorriendo el planeta entero... luego de haberla pasado tan mal conmigo...

Yo no te digo que AHORA pienso esas mierdas, no no, por favor: sólo te cuento las barbaridades que en aquellos días andaba alucinando.

Y así, solo, desesperanzado y triste, hambreado y arrepentido y con tendencias suicidas, mientras terminaba de putoescribir mi primera novela en tanto comenzaba a escribir esta que estás leyendo, “resplandeció en lo más profundo de mi corazón” otra estúpida brutalidad:

*Estar otra vez frente a Amapola, hablar con ella y decirle lo mucho que le agradecía el haberme aguantado tanto tiempo y que se la hubiese jugado para que lo nuestro resultara, y por haber creído en mí incluso cuando ni yo mismo lo hacía...*

Pero por sobre todo y lo realmente importante, era darle las gracias por haber hecho parte de mi vida a la Trico y a la Gaga...

Desde el futuro que deseaba lograr miraría hacia el pasado y vería mi presente, éste que vivo mientras doy los últimos retoques al Prólogo Tercero, y “recordándome” desde mi anhelada existencia, a manera de corolario de toda aquella terrible aventura de haber apostado una vida tranquila y segura a cambio de un proyecto casi imposible, el primer gustito que me daría al comenzar a vivir mi vida siendo un famoso escritor, sería invitar a Amapola a unas “pequeñas vacaciones” en su vida de vacaciones perpetuas.

Luchando contra todo el Universo, yo, mi Leidy Gaga y mi Tricolor unimos nuestras Almas y cuerpos y espíritus y mentes para vencer al Universo, y aniquilarlo, y su estertor póstumo fue el hecho de haber conseguido, al fin, vender los putos derechos de nuestra fakin primera novela...



Una vez destruido el Universo, nos compraríamos entonces un todoterreno para recorrer Chile partiendo desde Santiago hacia el sur: haciendo zigzags conoceríamos cada pueblo y cada ciudad de Chile, hasta que se nos acabasen las ciudades y los pueblos para conocer.

Dejando el jeep en la firme tierra del subcontinente sudamericano, navegaríamos hasta la Antártida; luego, navegaríamos de regreso pero desembarcaríamos en la Patagonia argentina y nos compraríamos otro todoterreno (ya habríamos vendido el anterior) para continuar zigzagueando hacia el norte descubriendo toda Argentina y Bolivia y Sub-américa entera por el lado del Atlántico; llegaríamos al Canal de Panamá y retornaríamos en el jeep recorriendo todos los lugares que están en el interior del continente, y también aquellos que miran hacia el Pacífico.

Siempre en zigzags llegaríamos nuevamente a Santiago de Chile, al Aeropuerto Internacional Arturo Merino Benítez, y miraríamos felices los pasajes

**¡CON DESTINO A JAMAICA, HERMANA!**



Hasta allí teníamos planificada la primera parte del viaje. Luego de Jamaica, únicamente nos quedaría por conocer el resto del planeta, hasta más allá de la antártica...

Pero como te dije, inmediatamente vendidos los derechos de mi primera novela y antes de comprarnos el jeep para comenzar nuestra interminable vida viajera, contrataríamos alguna agencia de detectives para ubicar a Amapola Amaranta; nos pondríamos en contacto con ella y la invitaríamos a conocer todo lo que le restaba por conocer del mundo sin que tuviese ella que preocuparse por nada más que disfrutar del viajecito, ni trabajar ni nada y sólo disfrutar de la compañía y comprensión de la Trico, de la Leydy Gaga y de quien éstas palabras escribe...

Por supuesto que le compraríamos el pasaje de venida y dejaríamos pagado también un boleto a su nombre con el destino y la fecha de uso abiertas, así ella podría utilizarlo si en algún momento se aburría de viajar con nosotr@s.

¡Ah!, pero que quede claro, por favor: la idea de esto era simplemente invitarla a viajar, sin ninguna otra intención más que hacernos compañía entre l@s cuatro durante otro pedacito de nuestra existencia (*"El plan era perfecto, estaba la raja..."*).



¿Entonces, cuánto necesitaba para llevar a cabo mi proyecto? Un millón de pesos no me alcanzaría para nada, ni uno ni cinco ni veinte. Con al menos cincuenta millones ya podría hacer algo pero esas platas jamás, JAMÁS, JAMÁS, las podría juntar trabajando.

La única putamanera de conseguir tanto dinero sería realizando mi sueño de ser un famoso escritor... y contarte en tiempo real la aventura de convertirme en un famoso escritor y ver nuevamente a Amapola Amaranta, es el objetivo de mi Segunda Novela.









# **PRIMERA PARTE**

**El Gago (también llamado “Cirilo”)**



# 1

*Es necesario tener un poco de caos dentro de sí,  
para poder engendrar estrellas danzarinas.*

## **Friedrich Nietzsche en “Así habló Zarathustra”**

¿Por qué no pude ser como cualquier otro tipo común, que tuvo sus novias de adolescente, que conoció la hierba y el alcohol cuando correspondía, luego dejó aquello o lo siguió haciendo mientras estudiaba en la universidad y después egresó con un título profesional a los veintitrés o veinticinco años, y consiguió trabajar en un trabajo profesional y ganó sus buenas *lukas* y carretió y conoció a su mujer o a la que podría serlo, y viajó por el mundo y regresó -o siguió viajando- y puso casa y tuvo una familia o vivió solo en su casa propia que estaba pagando o que pagó al contado porque era hábil en su empleo profesional, y que tomaba sus vacaciones de quince días al año?

Y así... casa pega asados los fines de semana cervezas polola o esposa e hijos o hijas y pega y casa y quizá alguna putita de vez en cuando etcétera, y ser alguien que no aspirara a otra cosa más que ver creciendo a sus hijas e hijos y ver pasar su vida y estar conforme con su monótona pero cómoda, segura y larga pero anónima existencia...

¿Por qué yo no pude ser así? ¿Por qué sufro del puto mal del griego Aquiles? ¿Por qué todo en mí ha sido, ha debido ser tan caótico?

Ayer cumplí puñeteros 32 años y no soy nadie ni tengo nada, excepto un sueño.

Aprobé cuatro brillantes semestres de universidad, era el primero en la clase y mis compañeros me envidiaban porque los profesores me felicitaban y mis compañeras me admiraban y más me envidiaban mis compañeros, pero dejé la carrera pues *me eché* TODOS los ramos del tercer año.

¿Te imaginas el motivo?

Bueno, sucede que estaba hasta las recachas hundido en una depresión. Esa fue la causa, pero... ¿depresión a raíz de qué?

¿La muerte de algún familiar, de un amigo, o la adversidad que nos derrotó en un conflicto interno? ¿La pérdida de la esperanza en la humanidad? ¿El tedio o el hastío, quizá?

No, nada de eso. Lo que pasó fue algo increíblemente hermoso, pero totalmente idiota: interactué emocional y físicamente durante cinco años con una mina que jamás me gustó lo suficiente como para tomarme siquiera un poquito en serio nuestra relación, la cual igual era vacán.

Cerca del inicio del quinto año de “pololeo”, la tarde de un sábado, Deisy y yo fuimos a un acto político-cultural celebrado en una cede comunitaria cercana a donde vivíamos: discursos de ex-presos políticos, dirigentes sindicales y voceras Mapuche, cantantes y grupos de rap *politicocombativos* con conciencia de clase y bandas *anarkopunks*, eran el estilo del evento, y también mucha gente buena onda pasando la tarde allí, algunos vendiendo cervezas o cosas para comer, pequeñas familias, niños, niñas...

Entre mariguana y música y vino y risas y charla, nos pusimos a conversar con un tipo que se acercó y nos ofreció unas cervezas. Eran latas de medio litro y el *wn* tenía muchas ya que el amigo con quien estaba en la tocata se fue corriendo a casa, pues le había dado una cagadera fulminante a causa de un repentino y malísimo presentimiento de que algo horrible iba a suceder...

Se suponía que el amigo iba y volvía pero como no regresó, el tipo éste de las cervezas -John- se nos acercó y nos invitó a beberlas, y aceptamos y nos pusimos a conversar.

Cuando nos juntamos con él, Deisy y yo habíamos bajado ya dos litros de vino y fumado varios *caños*. John tenía mi edad -veintiséis años-, era simpático y culto, leía mucho y tocaba la guitarra y cantaba, pero ese día no andaba con su guitarra.



Hablábamos y reíamos, bebíamos cervezas y yo fumaba cigarros y Deisy igual se pegaba una que otra fumada de cigarro pero John no fumaba cigarrillos, sólo un poco de marihuana, y mirábamos y comentábamos los grupos sobre el escenario.

Deisy sacó otro *pitito*, lo prendió y los tres fumamos y conversamos alegres, y bebíamos cerveza y reíamos mucho.

De repente me di cuenta que ya estaba yo rebien *curao*. La verdad es que no soy *jaleero* pero en ese ambiente festivo y lleno de música, y con lo borracho y volado que ya estaba, me dieron enormes ganas de tirarme unas líneas de cocaína “para despabilar un poco”, pensé. Quise orinar así que me puse de pie tambaleándome y tambaleante, fui al baño.

Mientras caminaba le eché el ojo a una panky ultra rica que pasó frente a mí.

Era morena y delgadita, de cintura minúscula y grandes y redondos pechos dorados bajo una polerita negra corta que dejaba a la vista su abdomen plano, y con el ombligo adornado por un piercing.

Destallaba en sus caderas, muslos y piernas, una mini de cuadros rojos y negros; usaba ligas negras y calzaba unas zapatillas chapulinas rojas. Su cara morenita y sus enormes ojos ultra oscuros y su nariz pronunciada hacían de aquel rostro una hermosura extrema; su liso cabello resplandecía en una melena de negro azabache.

Le di unas coquetas miraditas que ella me devolvió con indiferencia. Le sonreí pero ella no me sonrió y giró su cabeza en un claro gesto de desprecio; continuó su camino. La seguí unos pasos, me acerqué y toqué su hombro derecho, ella se volteó y me miró con desagrado. Le pregunté si conocía a alguien que vendiera jales.

Su rostro se iluminó con una sonrisa: “sí, sí, cacho a unos tipos. Espérame un poco”, dijo. Le di entonces mi mejor mirada seductora y le pregunté si quería *jalar* conmigo. Me devolvió mi matadora mirada con una suya toda sensual. Sonriendo, me dijo que sí; “obvio”, me dijo. Fui al baño y regresé y la esperé como cinco minutos en el lugar en el cual nos separamos.

Por el ambiente del evento y por lo de la panky rica y por las cervezas de John, me sentí muy contento y tuve muchas ganas de seguir tomando, así que fui donde John y Deisy. Luego, buscaría a la panky rica y nos drogaríamos.

Llegué a su lado y me senté junto a ellos y ellos estaban bla bla bla y ja ja ja y habla que te habla y ríe que te ríe. “¡Genial!: el encanto de John me sacará a Deisy de encima mientras dure la tocata, y así podré hacerla con la panky rica o con alguna otra chiquilla”, pensé. Apenas si me metí en su conversa: “¿te queda otra latita?”, era lo único que yo decía para no hacerme notar y así, entre jale y jale con la panky rica -según yo- le podría sacar un par de besitos. Y quién sabe, quizá algo más.

Me bebí tres cervezas; yo puro que tomaba y me reía y no opinaba nada y disimuladamente miraba de un lado a otro intentando ubicar a la panky rica, y también distinguir a los traficantes. De pronto, unos tipos se pusieron un poco cerca de nosotros; no eran ni raperos ni pankis ni mapuche y tampoco parecían dirigentes sindicales ni muchomenos ex-presos políticos.

Me miraban los tipos y yo les miraba y luego miraba para otro lado buscando a los traficantes, y vi que la panky rica también me miraba de lejos mientras yo giraba mi cabeza buscando a los traficantes, y los tipos me continuaban mirando hasta que me hicieron *el gesto técnico*. Les hice un ademán afirmativo y que se alejaran, los tipos se marcharon y yo les dije a John y a Deisy “voy al baño”, “ya”, me dijo Deisy y ella y John siguieron hablándome y riendo. Caminé tras los dealers y realizamos la transa.

Con la bolsita en mi mano derecha y una lata de cerveza en la izquierda, miré a la panky rica y le hice el gesto técnico a ella, y ella se me acercó toda coqueta y me dijo “ya, hagámosla”.

— Pero aquí no poh, mejor vamos a ese rinconcito -le respondí indicándole con la cabeza una oscura y apartada esquina lejos del escenario y de la gente, “ya, vamos”, me dijo, y fuimos-.

Cuando hice las líneas sobre un pequeño espejo de la panky rica, caché que la minita le hacía el gesto técnico a un weón *panketa* como de dos metros y 120 kilos, con cara de malo y opaca mohica parada en puntas. Cuando se nos acercaba noté que su cara de panky maloso estaba llena de pequeños agujeros vestigios de un pertinaz acné o de alguna clase de peste; una tremenda cicatriz en su mejilla derecha adornaba aquel terso cutis. Vestía una arremangada y sucia chaqueta negra de cuero, llena de remaches, y bajo la chaqueta, una desteñida polera roja manga corta de “The Exploites”. Sus brazos mostraban infinidad de antiguos cortes, señales de que había estado en la cárcel o de que al menos, estuvo o estaba medio loco.

Tenía grandes candados enganchados a una gruesa cadena colgando en la pernera izquierda de su ajustado y roto jean negro; sus botas militares con cordones rojos estaban horriblemente sucias y gastadas. Tenía un cigarro encendido en una mano y en la otra, una caja de vino tinto de dos litros. Apestaba a sudor y a *copete*. Me saludó con una desgastada y ronca voz, y me miró con una sonrisa amenazadora cuando tiré la lata de cerveza vacía en el basurero... y como lo había invocado la panky rica, no me quedó otra que convidarle de mi cocaína.

Mientras jalábamos y tomábamos vino y comentábamos la tocata y lo bueno que estaban los *motes*, caché que el tipo *agujoneaba* también a la panky rica pero ella se mostraba de lo más risueña conmigo -obvio que por interés- y al tipo casi no lo tomaba en cuenta.

A ratos, el panky la ceñía por la cintura y la mina se notaba incómoda pero no tanto como para que el weón se apartara y como el panky cachaba que la molestia de la flaquita no era mucha, a veces le acercaba su asquerosa boca de panky rancio y le decía cosas al oído; me parecía obvio que a la panky le fastidiaba lo que el tipo le decía porque ponía cara como de asco, pero no le desagradaba lo suficiente como para que el tipo dejara de hablarle al oído, además que la minita le pedía cigarros a cada rato.

A mí, la minita me hablaba más y me miraba más y me sonreía más y al panky no le sonreía casi y casi tampoco lo miraba, pero como no soy idiota, ni cagando *metería la cabeza al wate* compitiendo por la panky rica con tremenda mole y además armado con cadenas y candados, mientras que yo contaba únicamente con mis pies y mis puños (en todo caso, si yo hubiese andado con más lukas, y como la mina era interesada, demás que me la habría jugado por ella pero sin plata, no tenía sentido enfrentarme al panketa), así que me dije que la única manera de vengarme del tipo por jalarsé mis jales y por quedarse con la mina era tomándole todo el vino pues el weón no tenía plata para comprar más copete -él mismo lo dijo varias veces-.

— “Hermano, ¿convida unos sorbitos?” -le decía yo cada dos minutos. Me pasaba la caja sonriendo amenazadoramente y yo me la empinaba y me tomaba como un cuarto de vino de un solo trago-.

Me saqué más líneas.

La panky rica le dijo al panketa que se prendiera un cigarro, "préndete un cigarro, poh", le dijo y entonces pensé "le voy a fumar todos los cigarros a este conchesumadre". Yo no soy fumador pero a veces igual fumo, sobre todo cuando tomo y jalo, así que comencé a pedirle un cigarro tras otro -al quinto cigarrillo yo ya estaba todo intoxicado pero le seguía pidiendo cigarros-. Nos jalamos toda la bolsita y quedamos más duros que una roca, y como caché que ya no había más vino y que al tipo no le quedaban más cigarros, di por consumada mi estúpida vendetta.

La panky rica me sonreía y me miraba como diciéndome "sácame de encima a este weón y te doy lo que quieras (iipero yo no tenía más *fakin money!!*)".

— Voy al baño y vuelvo enseguida -les dije, y la mina me dijo "pero volvís sí poh" y el weón panky me miró como diciendo "no volvía, conchetumadre"-.

— Obvio que vuelvo -les dije-.

Fui al baño y vomité mientras un rapero cantaba una canción de la clase obrera y weás por el estilo. Vomitaba yo vino y cerveza y humo de cigarros y de mariguana, y por mi nariz vomitaba también vino y cerveza y coca y mocos... me enjuagué la boca y tomé un poco de agua, me soné y me volví a enjuagar la boca y me mojé la cara y el pelo.

La panky era entera rica pero el panky era entero grande y yo ~~tan~~  
~~aweeonao no era~~ soy inteligente así que mejor regresé donde John y  
Deisy.

John y Deisy seguían riendo y riendo y conversando y conversando y miraditas para acá y miraditas para allá, y John siguió convidando latas y latas y más latas.

A partir de algún momento, tengo puros flashazos de imágenes: la noche avanzando y las personas dejando poco a poco el lugar; la tokata terminando; cada vez menos gente a nuestro alrededor, y menos y menos y cada vez menos y sólo quedaban por aquí y por allá algunos grupos que, como el nuestro, conversaban y reían bebiendo y fumando mariguana y cigarros, sentado ahí en una plaza junto al centro comunitario...



Me vi de pronto en esa plaza sentado en el pasto con los brazos cruzados sobre mis rodillas. Frente a mí, John y Deisy reían y reían y hablaban y hablaban y ja ja ja y bla bla bla y yo no podía casi hilar palabras pues el efecto de la coca se me había pasado (era una bolsa de cinco lukas nomás, y la habíamos tirado entre tres) y todo me daba vueltas; John seguía sacando cervezas de su mochila que parecía un puto agujero negro y él y Deisy reían y hablaban y hablaban y reían y tomaban y yo apenas hablaba... en realidad yo ya no quería seguir bebiendo porque tenía cerveza hasta la garganta y un *engüatamiento* gigantesco, pero si estaba ahí y no me iba, decidí que lo mejor era seguir tomando pero primero tenía que pegarme una puta vomitada así que me puse de pie, dije que iba al baño y caminé tambaleante hasta la esquina, doble y unos cuantos pasos más allá vomité explosivamente... y quedé como nuevo.

Estuvimos en esa plaza hasta cuando ya no andaba gente en la calle. John dijo que iría a la casa de su amigo, y nos despedimos de John y de su mochila aún con cervezas -John y su amigo tenía planeado venderlas en el evento-. Deisy y yo nos fuimos para nuestras casas tomando unas latas que John nos regaló para que las tomáramos en el camino, “para que se las tomen en el camino”, nos dijo, y caminábamos comentando lo buena onda y simpático y chistoso y generoso que era John, pues nos había invitado tres veces a comer empanadas veganas que vendían unas chicas en el evento, y que iríamos a su casa pues John nos invitó.

Dos días después, Deisy y yo fuimos a la casa de John, y fumamos mariguana y vimos una película (Memento) tomando unos tintos reserva, y comiendo maní y pasas y semillas de maravilla y conversando y riendo mucho.

Una semana después del acto político-cultural, una tarde de domingo, me topé a John en la micro -vivíamos relativamente cerca-, y nos pusimos a conversar y decidimos bajarnos en una placita a tomarnos unas cervezas.

Bebimos hasta el anochecer y yo lo encontré aún más simpático y chistoso y buena onda a causa de las tantísimas cosas de las cuales hablamos. Incluso conversamos de la relación que yo tenía con Deisy y de lo bien que me estaba yendo en la universidad, etcétera.

Un mediodía de martes, tres semanas después de conocer a John, Deisy me dijo por teléfono “¿juntémonos un rato?”, “ok”, le dije. Colgamos y vino a mi casa -a la casa de mis padres, quiero decir, pues yo vivía con ellos en aquel tiempo-.

Prendimos una cola de marihuana que me quedaba y conversábamos intrascendencias; en un momento, Deisy me dijo:

— Oye, Gago, te quería hacer una pregunta...

— Dale, pues -le dije sonriente-.

— Nosotros... ¿qué somos?... o sea, somos pareja, amigos con ventaja, pololos... *andantes*... novios ni cagando, obvio...

— Heem... bueno, yo... yo cacho que somos amigos con ventaja -le dije entre pensativo y sonriente-.

— ¿Amigos con ventaja... desde hace cinco años? -me preguntó Deisy pensativa-.

— Sí, o sea, igual me gustas y todo el rollo, y yo cacho que igual te gusto, pero... pero yo creo que cada quien es libre de hacer lo que quiera... -respondí sonriente-.

— Ya... pero... o sea, tú y yo ¿estamos comprometidos? -me preguntó Deisy-.

— Mmmmm... no poh, no tenemos ningún compromiso -le dije pasándole un cigarro-.

Hablamos de otras cosas compartiendo el cigarro y cuando lo terminamos de fumar, se puso de pie y se despidió de mí con un apretadísimo abrazo y un pequeño y corto beso en la boca.

Como te dije, eso ocurrió un martes, y el jueves siguiente la llamé y le dije que nos tomáramos unas *chelitas*. Me dijo que no podía porque se iba a juntar con John.

El viernes al mediodía la volví a telefonar; le dije que nos juntáramos pues me había conseguido unos cogollos. Me dijo que no podía porque iría a esperar a John a la salida del trabajo...

Un tanto extrañado por ambas negativas, terminé ese viernes fumándome la hierba solo y jugando “Medalla de Honor” en un Play Station que un vecino que se estaba empezando a meter en la droga, me arrendaba a cinco Lukas por todo el día (yo quería con toda mi Alma que se hiciera más adicto a la cocaína pues así terminaría vendiéndome el Play a un precio ridículo, y entre broma y broma yo le tiraba las indirectas: “ya poh, tengo veinte mil”, le decía mostrándole los billetes, y el tipo se angustiaba entero pero no cedía. “Te doy \$35.000 mira, acá los tengo” le decía y le mostraba muchos billetes de mil y de dos mil - había sencillado los billetes para aumentar el impacto visual-; yo podía ver la lucha que en su interior tenía lugar, en su cara de angustia se notaba que estaba por decirme “ya, dale, toma” y me pasaría la Play y yo le pasaría la plata y él saldría corriendo hacia el traficante y yo a terminar el Call of Duty pero el wn no se decidía nunca aunque de seguro *le dolía la guata* pero no cedía y yo insistía, “¡shh, con 35 lukitas las haces todas!”, y le sonreía subiendo y bajando mis cejas y le mostraba el dinero pasándolo casi por enfrente de sus narices y el wn transpiraba... no pude comprarle la Play, sin embargo: cuando ya lo tenía convencido se le ocurrió meterse a una iglesia evangélica y dejó el vicio. De todas maneras, en mi corazón mantengo la esperanza de que caiga en la droga otra vez).

El sábado llamé a Deisy para decirle que en la tarde habría una tocata de hip hop en la Villa Francia: era otro acto político-cultural y las estrellas serían Salvaje Decibel, Subverso y Guerrillerokulto, los raperos más *rankiaos* de la farándula “consciente”, y a los cuales *vasilábamos* mucho. Mi idea era que hiciéramos la que siempre hacíamos: ir a una tocata y tomar copete y volarnos, y después irnos a la casa de mis padres a seguir bebiendo y tener sexo hasta el amanecer, y yo después iría a dejar a Deisy en la mañana: ese era más o menos el estilo de nuestros finde desde hacía casi cinco años (solamente una vez salimos de Santiago: viernes, sábado y domingo en Isla Negra, ella, yo, la ChubiDubi -la actriz de Los Venegas que hace el papel de la hija de la Paolita-, su pareja la Yum, y el Nico).

Llame a Deisy a su celular varias veces en la mañana de ese sábado, pero no contestó.

Yo necesitaba saber si ella iba a ir o no a la tocata para esperarla o irme nomás así que la llamé al mediodía pero ella no contestaba y la llamé y la llamé pero siguió sin contestar hasta que cerca de las dos de la tarde, me llegó un mensaje de texto: “estoy con John y más rato iré con **MI POLOLO** a cenar a la casa de **MI SUEGRA**” (las mayúsculas, cursivas y negritas, son énfasis míos).

Luego de leer el mensaje me sentí súper raro porque dijo “mi pololo” y “mi suegra”... además, Deisy nunca vino a cenar a mi casa, a la casa de mis padres, quiero decir: cinco años antes, cuando Deisy y yo llevábamos recién cerca de un mes intercambiando fluidos bucales y genitales, Dago -su papá- y Gabi -su mamá-, fueron una vez a mi casa para hablar con mi mamá y saber dónde estaba Deisy, pues dos noche atrás había salido conmigo y aún no regresaba y ya eran las seis de la tarde del domingo: a esa hora, Deisy y yo estábamos *raja curaos* desde el viernes en la casa de mi amigo Mauricio HT.

Mientras Deisy y yo bebíamos donde Mauricio, en la casa de mi mamá ella y el papá y la mamá de Deisy conversaban escandalizadas que no podía ser que una niña de desdieiseis años -yo tenía veintiuno- se desapareciera sin avisar y que lo más seguro era que de repente saliéramos con un domingo 7 etcétera etcétera bla bla bla.

”Domingo 7” era que la minita quedara embarazada.



Como te dije, en esos mismos instantes, y habiendo bebido cervezas desde las ocho de esa mañana hasta las dos de la tarde, y después de almorzar pescado frito con ensalada de repollo y mucho limón y deleitado el paladar con vino blanco, le seguimos dando al tintolio hasta poco antes del anochecer, y entonces freímos huevos con cebolla y tomamos unas tazas de café intentando yo y Deisy despabilar un poco los dos días de *carrete*, pero no sirvió; decidimos meternos a la ducha y bañarnos con agua fría, pero tampoco funcionó: seguíamos igual de ebrios.

Fotos de unos sexos bajo el agua helada de la ducha; Deisy y yo esperando el microbús fumando cigarros y Mauri apretándose la *guata* de la risa; besos arriba del microbús; silencio y caminata bajo la noche a través de un atajo por un sitio eriazos para estar más rápido en nuestras casas... un último cigarro en una plaza y un abrazo y un beso de despedida...

Deisy llegó a su hogar, finalmente.

Acercó su ebria mano a la puerta de la reja pero la puerta se abrió sola y vio un puño directo a su rostro y un destello blanco la cegó en el ojo derecho pero no alcanzó a sentir dolor porque el puño golpeó su frente y después su oreja mientras escuchaba a su mamá gritando:

— ¡Mírate, conchetumare! ¡Te perdís una semana entera y aparecís toda curá! ¡Qué te estay creyendo, maraca reculíá! ¡Putas de mierda!

Eso le gritaba su mamá mientras la agarraba del pelo y la tiraba al suelo y seguía pegándole e insultándola hasta que apareció el papá de Deisy, y entonces le empezaron a pegar entre los dos.

La verdad es muchas veces Deisy se “había perdido” por tres o cuatro días -o una semana- en casa de algún amigo o amiga, y también volvía *copetiada* o incluso ebria así que no era primera vez que hacía eso de largarse y no avisar a dónde iba o dónde estaba o de aparecerse borracha; y si la golpearon, fue por lo siguiente:

Sucede que Deisy y yo vivíamos sólo a dos cuadras de distancia: Dago y Gabi me conocían desde siempre y cachaban que yo no trabajaba de lunes a viernes de ocho a seis y sábados mediodía etcétera: durante el tiempo que Deisy y yo estuvimos “pololeando” -desde antes en verdad-, yo me ganaba las Lukas con las propinas de la gente a la cual le entregaba la correspondencia, ayudando de manera ilegal a un cartero a entregar las encomiendas y las cartas. Yo no tenía horario de entrada ni de salida ya que Miguel, el repartidor oficial al cual le ayudaba, me pasaba las cartas cada dos o tres días y ahí veía yo cuando cumpliría mi labor de asistente. Por eso disponía de todo el tiempo del mundo para gastarme el sueldo en mariguana y en copete, tomando y fumando cigarros y algunas veces pasta base con *flaites* rancios, ahí en la plaza de la población en la cual Deisy y yo vivíamos.

Muchísimas veces la familia de Deisy me vio emborrachándome y volándome, por ejemplo, un miércoles cualquiera sentado en la plaza desde las once de la mañana hasta las once de la noche, distorsionándome con weones que no valían la pena en aquel miércoles de marzo o cualquier día o tarde o mañana o noche de cualquier mes, y tantas veces me vieron el Dago y la Gaby en la misma que al final me agarraron mala cuando supieron que Deisy y yo teníamos un romance, y fue aquella la verdadera razón de que le sacaran la chucha cuando llegó de donde el Mauri, porque andaba conmigo y no porque se hubiese desaparecido o hubiera llegado *copetiada*.

Bueno, el asunto es que ese sábado cuando Deisy me watsapió que iría con su “pololo” a cenar a la casa de su “suegra”, durante ese finde Deisy no se apareció por mi vida, ni ese finde ni el lunes ni el martes ni el miércoles ni el jueves ni el viernes, y tampoco me contestó el celu ni respondió ninguno de mis mensajes.

Yo no comprendía qué era lo que sucedía si a las finales habíamos estado cinco años carretiando en fiestas y tocatas y en plazas y tomando sus copetes y fumando sus caños y teniendo muchísimos sexos, y más o menos queriéndonos...

Necesitaba saber lo que estaba pasando pero me era imposible ir a su casa para hablar con ella: luego de la conversación de mi vieja con la Gabi y el Dago cuando fueron a buscar a Deisy (ese fin de semana que estuvimos tomando donde mi amigazo Mauricio HT), al llegar Deisy a su casa y mientras su mamá y su papá le pegaban, la Gabi le gritó:

— ¡No *querimos* má’ que andís con ese weón vago del Cirilo, no estudia ni trabaja y anda puro tomando y volándose! ¡No te *querimo* ver má’ con ese weón ni que te *vayay a meterte* a la casa de la vieja culiá ésa!

Rato después, cuando Deisy estaba en su cama durmiendo la borrachera -ni se acordaba de la paliza-, Dago y Gabi entraron a su habitación: sin rabia y muy arrepentidos de haberle pegado tanto (de verdad que le sacaron la chucha), la despertaron sutilmente. La habitación estaba pasada a vino:

— Hija, hija, despierta, *querimos* hablar contigo...

Deisy, reaccionando a los cuidadosos zamarreos, abrió apenas los ojos morados. Toda confundida balbuceaba incoherencias que apenas articulaba. Momentos después se levantó corriendo al baño y vomitó los dos días de carrete que nos pegamos en la casa de Mauricio HT.

Gabi y Dago la siguieron al baño.

Mientras Deisy se enjuagaba la boca y se mojaba la cara, se arrodilló de pronto frente a la taza del wc y se puso a vomitar escuchando la perorata del Dago y la Gabi de que no querían que ella se fuera a meter a mi casa porque yo bla bla bla y ella bla bla bla y el domingo 7 etcétera.

“Esa vieja weona es más *copuchenta* y *cahuinera* que la rechucha, no te podí ni imaginar cómo *peló* al Gago! ¡A su propio hijo, la vieja maraca prostituta!”, fue lo último que oyó Deisy antes de dormirse abrazada a la taza del baño.

Mi mamá le contó a mi papá sobre la conversación aquella cuando fueron a buscar a Deisy a mi casa: “¡No queremos más problemas con esa gente así que esa cabra culiá no entra más a mi casa!”, me gritó mi mamá esa misma noche, mientras yo caía de rodillas sobre la alfombra del living, quedándome dormido. Me parece haber sentido unos puntapiés pero si me patearon para que despabilara y vomitara en el baño o para que me fuera a acostar, no resultó: desperté en la madrugada tirado en la alfombra, rodeado de vómito y recagáo de frío.

Te dije que yo sí trabajaba, aunque me carretiaba todas las platas. Asimismo, era falso que en ese tiempo yo no quisiera estudiar: había rendido un par de exámenes de admisión a la universidad pero no logré aprobarlos. Y no es que yo fuera flojo o medio idiota. No, na' que ver: sucede que me iba como la mierda en matemáticas, no sabía nada; de hecho reprobé esa asignatura en toda la educación media, porque yo era miope. “¿Y por qué no usaste lentes?”, te preguntarás: bueno, cuando cursaba 1° Medio mi padre me dijo parece que eres ciego así que vamos a la óptica y yo le dije ya y fuimos y me recetaron unos anteojos. Mi papá me compró ahí mismo y ese mismo día un marco de calidad, ultra caro y súper firme pero... un marco de viejo, no un marco “vintage” sino uno *de* viejo, ultra fea la weá. Eso fue un martes por la tarde y al día siguiente, con toda timidez, me los puse al comenzar la clase de matemáticas y una compañera que me gustaba y que yo le gustaba y que se sentaba delante de mí, se dio vuelta para hacerse la coqueta y al verme con los lentes se recagó de la risa “¡JA JA JA! ¡ERES ANCIANO! ¡JA JA JA!” se reía sin parar y me sentí tan pero tan avergonzado que me quité los lentes y dejé de usarlos y durante muchos años anduve viendo como las weás, teniendo que entrecerrar los ojos pa' cachar quiénes eran las personas que me saludaban de lejos o la micro que tenía que tomar y al final ya no respondía los saludos de quienes me saludaban de lejos porque no veía niuna weá y siempre me equivocaba de micro... esa chica que se rió de mí se llamaba Maggi, y era del primero medio “B”. Yo era del primero medio “C” y mi sala estaba en reparaciones por el invierno así que juntaron al primero B con el primero C en la sala del primero B y fue por eso que Maggi me vio con los lentes y se rió de mí y me dijo que yo parecía un viejo culjPutá la weá! ¡Me perdí del asunto que te hablaba sobre Deisy!

(Porfa, no olvides lo de los lentes ni a Maggi de lka página anterior:  
volveré sobre esto más adelante)

Conchesumadre... no me acuerdo en qué iba de lo que te estaba contando...





¡Ah, ya! Ahora me acordé.

Imagínate que durante cinco años, como Deisy y yo vivíamos cerca, nos veíamos casi todos los días y carretiábamos juntos y teníamos casi las mismas amistades y entonces, cuando pasó eso de que ella iría a cenar con *su pololo* a la casa de *su suegra*, luego de tres semanas y cuatro días durante las cuales casi no nos juntamos ni tampoco me contestó las llamadas, ese sábado de la tocata (Pág. 101) me vi de pronto completamente solo y entonces tomé consciencia de lo que en verdad había sucedido cuando Deisy me preguntó si teníamos algún tipo de compromiso (Pág. 97), algo que ya era más que obvio pero como yo nunca me tomé en serio la relación, recién en ese momento en el que me vi, en el cual *me supe* solo, tomé consciencia de la realidad que yo no había querido ver:



Deisy HABÍA TERMINADO CONMIGO



Y al instante luego de comprender que ella había terminado conmigo, justo en ese momento, comprendí cuánto “amaba a Deisy”: onda “siempre te amé pero jamás te supe valorar”... Yo sentía y pensaba todo eso sin embargo puro que me autoengañaba ya que desde el primer beso que nos dimos con Deisy, yo siempre estuve *echándole el ojo* a otras chicas.

Engañé a Deisy infinidad de veces -ella también me fue infiel muchas veces- y si no me puse a andar con otras minas fue porque las chicas con las cuales me metía me querían únicamente *pal’ rato*...

Yo sabía que ella me había cagado porque gente que nos conocía me contaba, y a mí como que me daba rabia pero se me pasaba, y tampoco le andaba poreguntando nada a Deisy, para qué si ya me había cagado y demás que la volvería a hacer.

Deisy nunca me contó nada de sus infidelidades y tampoco yo nunca vi nada porque ella no quería que yo me enterase, pues deseaba seguir conmigo.

“¡Tanto me arrepiento de no haberte apreciado, Deisy!”, me decía *yo a mí mismo*, y le decía a quien quisiera escucharme que yo estaba perdidamente enamorado de ella y que sólo quería una oportunidad para demostrarle mi “verdadero Amor”, pero que Deisy me negaba tal oportunidad...

Y arrastrábame cabizbajo llevando de allá para acá mi culposo y arrepentido Ser...

Y aplanaba las tristes y oscuras calles de una solitaria y fría ciudad llorando y reprochándome y contándole mi trágico amor a quien quisiera escucharme...

Pero la verdad también era otra, y esa otra verdad, *la verdadera*, convertía todo mi terrible sufrimiento en un soberano disparate: ¡qué amor ni weás románticas!: yo estaba acostumbrado a compartir conversaciones interesantes y muestras de cariño y experiencias graciosas, pero sin lugar a dudas y por sobre todo, yo estaba habituadísimo a un excelente sexo a mi entera disposición: Deisy me hacía lo que se me ocurriera y me dejaba hacerle todo lo que me venía en gana en donde fuese y en el momento que fuese y cuantas veces yo quisiera y vístete así y ponte asá y tócame aquí y méteme la lengua acá y los dedos también...

No me daba cuenta que lo que en verdad sentía era que me habían “quitado” *algo* que me pertenecía, y a eso se reducía en realidad mi *Profundo Amor*...

Yo “cosificaba” a Deisy, quien por lo demás tampoco era weona pues siempre cachó que yo coqueteaba con la mina que se me cruzara incluso estando con ella y por eso Deisy tenía la certeza absoluta de que no estuve comprometido en lo más mínimo con la relación, la cual tampoco estaba formalizada: yo nunca le pedí pololeo ni me refería a Deisy como mi *mina* ni tampoco me presentaba yo como su *mino*, menos si habían chicas disponibles en el lugar al cual llegábamos; entonces, cuando Deisy se puso a pololear con John y yo andaba todo baboso detrás de ella, fue el turno de Deisy para jugar con mis sentimientos, con mis pensamientos y con mi cuerpo.



Cuando John y Deisy llevaban cerca de tres meses de pololeo -la relación era oficial puesto que él le preguntó a ella si quería pololear con él y ella le dijo que sí- a los tres meses de pololeo, digo, John y Deisy empezaron a tener ciertos “problemitas” de pareja...

¿Se te ocurre qué clase de “problemitas”?

El John éste, si bien no era amanerado ni afeminado ni cosas por el estilo, no se “aplicaba” de la forma en la cual Deisy se había acostumbrado conmigo. Supe, según me contó Nicolás -un amigo en común que tengo con Deisy, con quien también fuimos a Isla Negra (Pág. 103)-, que John era “ultra fome en la cama” -esas fueron las palabras que Deisy utilizó cuando habló con Nicolás, y que Nicolás me repitió-.

A ver, mejor te cuento cómo sucedió aquello que está en el párrafo anterior.

Nicolás era un compañero de colegio de Deisy que luego llegó también a ser amigo mío. En un carrete en el cual estuve compartiendo con Nicolás, me pegué la puta borrachera y como siempre, desde que me di cuenta que “siempre amé a Deisy pero no supe valorar su amor etcétera”, me puse a llorar:

— ¡Conchesumadre, Nico, no sé qué hacer para que Deisy me dé otra oportunidad!

— Ya, ya, tranquilo *washito*, tranquilo...

— ¡Nico, es que *voh* no te imaginai lo arrepentido que estoy ahora por no haberla sabido valorar!

Yo le decía todo eso a Nico entre llanto y lágrimas y sollozos de tremendo dolor... raja curao.

— Sí, sí, me imagino, Gago... sé que debe ser doloroso para ti...

— ¡Es terrible, hermano! ¡Si al menos la Deisy me tuviera un poquito de lástima!

— Ya, ya, tranquilo *washito*, tranquilito...<sup>+</sup>

Lo mismo se repitió al menos durante cuatro horas. ¡Imagínate!: un weón ultramegahiper borracho que había estado bebiendo sin parar desde el mediodía y ya eran las once de la noche, llorando por una mina que lo abandonó y bla bla bla repitiendo vez tras vez la misma cantinela...

Rato después, sentado junto a Nicolás, lloraba yo con mi cabeza apoyada en sus piernas mientras él, acariciándome el cabello intentaba consolarme, pero ya aburrido del show conversaba con los demás y se reían y ya ni me tomaban en cuenta y yo me quedaba dormido, pero despertaba y hablaba un rato y me reía también, pero de pronto me acordaba del asunto y me ponía a llorar otra vez. Las tres o cuatro de la mañana han de haber sido cuando, hastiado de tanto lloriqueo, Nicolás me dijo:

\* “*Tengo que pintar mi habitación*”, poemario, editorial El Desquicio [www.eldesquicio.cl](http://www.eldesquicio.cl)

— Mira, ¿sabí qué más, Cirilo?, te veo tan remal y me doy cuenta que tu dolor es sincero (Nico lo creía porque yo me lo creía y a toda la gente le parecía que mi sufrimiento era real porque para mí era real: el dolor era real, pero como te dije, todo provenía de un fakin capricho) y te veo tan pero tan destruido, que te voy a contar una weá que no debería contarte ya que Deisy me pidió, me rogó que por favor no le contara a nadie, y muchísimo menos a ti...

Yo seguía con mi cabeza en sus piernas, sollozando y con los ojos hinchados y los mocos colgando, y tomando ron y fumando mariguana y cigarros.

- Ya, ya, dimjhihik! dime de qué, de qué se trata, hermano... ¡Extraño tanto a Deisy! -le dije-.
- Lo que pasa es que Deisy está un poco aburrida de John...
- ¡¿Cómo?!
- O sea, Deisy está enamorada hasta las patas de John, tenlo claro. Todo el rato me habla de él y de lo mucho que lo ama y que está todo el tiempo pensando en él y que John también la ama y que ella aprende mucho con él y que van a viajar mucho y que ella está siendo feliz como jamás imag
- ¡Pero esta mierjhihik! esta mierda me queriai decir!
- Espérate poh, Cirilo, déjame seguir hablando, Deisy me dice que con John no pued
- ¡Putá pero es que tú no ennnntendís QUE YO LA AMO! ¡LA AMO CON TODA MI AALMAAAA!
- Sí sé, weón, si sé que tú la quer
- ¡EEEESS QUEEEEEEEE YOOOOOO LA AAAAMMMMOOO!
- ¡Putá el weón odioso! ¡SÍ SÉ, WEÓN, PERO ESCÚCHAME, YO TE QUIERO AYUDAR!
- Ya, ya, discu¡Hik! disc, disculpa hermmmano...

Nico me contó que John era absolutamente responsable en su pega como capataz en la construcción y en todos sus compromisos sindicales -“es un dirigente o algo así”, me dijo Nico-, y que John llegaba siempre a su casa cerca de las nueve o diez de la noche, sumamente cansado (Gaby y Dago estaban felices con el nuevo pololo ya que el tipo trabajaba como esclavo y las quincenas y los fines de mes se aparecía en la casa de Deisy con bolsas repletas de compras en el supermercado, y por eso incitaban a Deisy a pasar con él todos los días todo el día. Incluso, habían comenzado con la típica *talla* de los padres que ven a su hija encontrarse un *buen partido*: “¿ya poh y los nietos, cuándo?”).

Ok. Ésta era más o menos la rutina que la parejita vivía por aquel tiempo:

Deisy pasaba las noches en casa de John; se despertaba como a las diez de la mañana, dibujaba o leía o escribía en la cama y se levantaba cerca del mediodía; desayunaba, ordenaba y limpiaba lo que hubiera que ordenar y limpiar y se iba a la casa de sus padres: allá almorzaba y compartía con su familia. Cerca de las ocho de la tarde se iba a la casa de John y en el camino -vivían a dos poblaciones (villas) de distancia- Deisy compraba lo necesario para la cena, preparaba la cena y esperaba a John con la mesa puesta. Su pololo llegaba tarde en la noche, como a las diez; se sentaban a comer y conversaban y al rato, se iban a dormir.

Pero antes de irse a la cama, Deisy le dejaba el desayuno a John listo para ser calentado; John se levantaba a las cinco de la mañana, le daba a Deisy un tierno beso en la frente, desayunaba y le daba otro beso en la frente y se iba a la *pega*.

Obviamente notaste que su rutina no es muy diferente a la de cualquier pareja común y corriente, y eso se debe a que lo que leíste fue la mirada macroscópica, la “superestructura” de la historia, la base, su fundamento.

Has de saber que mi trabajo como narrador no estaría bien hecho si ahora te hablara de un aspecto nuevo de la historia pero sin haber ahondado en el ámbito anterior, en eso de la rutina común y corriente de cualquier pareja; además, a estas alturas, ya te hiciste una imagen mental de Deisy, imagen un tanto nebulosa obviamente pero que está bien configurada; mas de John, ni siquiera eso: apenas el nombre que quizá ya te suena familiar, y tal vez, el hecho que John te parezca buena onda.

Ok.

Una novela bien escrita implica una historia bien contada: en pocos instantes, la imagen de Deisy se te hará más clara, y la de John comenzará a tomar bordes definidos.

Ya, sigamos con los “problemitas” de la pareja.

¡Ah! No olvides que estamos en el carrete ése en el cual Nicolás me contó lo que Deisy le había dicho (Pág. 121), mientras yo no paraba de llorar y lamentarme, raja curao.

Nico siguió hablando:

John siempre llegaba de la pega en la noche, cerca de las diez o pasadito; a veces Deisy lo esperaba a la bajada de la micro y caminaban abrazad@s las cinco calles hasta la casa de John. Se sentaban a la mesa; comían y hablaban de música, de arte, de libros, de cine clásico y de los lugares a los cuales viajarían, y también de política anarcosindicalista -de política anarcosindicalista sólo hablaba John mientras Deisy le escuchaba con brillantes ojos. John tampoco daba la lata con el trabajo y hablaba de eso solamente si Deisy le preguntaba cosas más específicas que “¿te fue bien?”, a lo que John respondía “sí”, y se ponían a hablar de otras cosas mientras caminaban abrazad@s las cinco calles hasta la casa de John-; las Violetas Parras y los Vítores Jaras eran invitados recurrentes a sus cenas, así como lo era también Charles Chaplin:

— Me cagué de la risa en *Tiempos Modernos* cuando Chaplin recoge el banderín que se le cayó al camión. “¡Ése es el cabecilla!”, decían los policías, ija ja ja!... -dice riendo Deisy, dichosa-

— Sí, ija ja ja! Pero Deisyta, mi amor, no se llama Chaplin, el personaje aquel se llama “Charlot”...

“¡Ah, no lo sabía, Johncito! Podríamos ir a Chiapas Johncito, sí Deisyta, y a Cuba Johncito, obvio, y también a Irak, Deisyta...”; hablan de la Acción Directa contra el Sistema económico y de la Huelga General y John empieza a cabecear y siguen hablando de Marx y de la revolución cubana pero de Marx y de la revolución cubana sólo habla John y Deisy lo escucha con maravillada sonrisa; hablan de música y teatro... John sigue cabeceando.

“Podríamos ir a Siria y a Afganistan” le dice John y ella responde que sí que bueno que ya que le gustaría mucho y John no da más de cansado pero siguen hablando y planeando y hablando y conspirando; John cabecea cada vez más y entonces Deisy, no pudiendo ignorar más el extremo agotamiento de su amado, levanta al fin los platos de la mesa.

Deisy lava los platos y John se mete a la ducha. Deisy prepara el desayuno y el almuerzo de John, pone el almuerzo dentro de la ollita y llena un recipiente con la ensalada; deja todo en el refrigerador y el desayuno listo para calentar sobre la mesa. John sigue en la ducha y ella alista la ropa que él usará al otro día.

Deisy terminaba con la ropa y John seguía en el baño.

Deisy se metía al dormitorio y allí esperaba a que John terminara su ducha, acostadita sobre la cama con su recientemente adquirida lencería “Victoria Secrets” (desde el primer día que se quedó en casa de John, él le dejaba dinero para que ella lo gastara en lo que le diera la gana: inmediatamente Deisy empezó a comprarse ropa y la compraba también para su familia. Gaby y Dago estaban cada vez más felices).



Minutos después John entra en la habitación: una toalla enrollada alrededor de su estrecha cintura deja ver sus lampiñas y escuálidas piernas; su torso es esquelético y aunque su cabeza es de tamaño normal, se ve demasiado grande y no hace juego con sus frágiles hombros.

El tipo es de complexión ultra delgada y no tiene ni poto; su clara piel no es blanca sino pálida. Con el cabello aún húmedo -usa el pelo corto y lo tiene muy tieso-, contempla a Deisy, su silueta sugerente bajo las sábanas y su rostro añorante. John apaga la luz, se quita la toalla y a tientas, se mete en la cama.

Sumida en la oscuridad, Deisy siente las heladísimas piernas de John enrollándose en las suyas (toma en cuenta que esto sucede en pleno verano), y a ella se le congelan las manos y los brazos cuando rodea la poca masculina espalda de John; Deisy lo besa y él intenta besarla y ella mete su lengua en la boca de labios delgados y secos de John pero John no le mete su lengua a Deisy aunque la babosea entera; entrelazan sus cuerpos y él la abraza apretándola más y más y Deisy gime quedito y sensual en su oído y rasguña la delgada espalda de John y John gruñe como energúmeno y Deisy se frota en su cuerpo y roza con su abdomen el gélido y pequeño pene apenas duro de John (acuérdate que te estoy contando lo que Nicolás me contó que Deisy le había contado)... Deisy añora que John le toque tiernamente, que le acaricie delicadamente o que al menos le manosee violentamente la entrepierna con sus manos pero el tipo gruñe y no se las quita de la espalda y ella al oído le dice sugerentes y tiernas cosas y John gruñe y no le quita las frías manos de la espalda y de pronto Deisy se ve bajo John quien intenta penetra y ella siente el pequeño y delgado y puntudo pene de John hiriendo su vagina ya que su vagina no se ha mojado tan siquiera un poquito pero él empuja y raspa y raspa y empuja y Deisy grita por el roce que le quema la entrada de su entrepierna y él empuja enajenado creyendo que Deisy grita de placer pero ella grita de dolor intentando confundir el dolor con el placer y él sigue empujando y raspando la piel de Deisy y Deisy grita por el dolor que le quema la piel pero a pesar del dolor Deisy se empieza a mojar un poquitito y entonces, cuando la vagina de Deisy siente la primera caricia placentera del minúsculo pene de John, John, fulminado, cae sobre Deisy... menos de un minuto luego de haberla -casi- penetrado.

— Y antes del amanecer, John se levanta con cuidado para no despertar a Deisy, la mira unos segundos y le da un tierno beso en la frente, mete en su bolsito la ollita con el almuerzo y el *bol* con la ensalada, se sienta a desayunar y se va para la pega... -continuó Nicolás-.

— La weeeaaa miiiierrrrrrddda, herman, mano... la, la cagjhik!, la cagó... pero, Nico, ¿qué mierjhik!, qué mierda tiene que vre, ver eso con, con lo que no mmmme debías deeeecir?

— ¡Weón! ¡Deisy me dijo que desde que está con John **NO HA ACABADO NI UNA SOLA VEZ!**

— ¡¡¿CÓMO?!!

— ¡Sí poh! Ella quiere chuparle la verga y que él le chupe la *vayaina* a ella pero John se lo mete una vez, y listo. Al final, y esto es lo que me rogó que no te contara, ella ha tenido que masturbarse pensando en que hacen lo mismo que hacían ustedes... y a veces se ha ido cortada pensando en ti...

Mi semblante cambió bruscamente y la borrachera se me pasó de inmediato. Me limpié las lágrimas con manga del polerón, me soné con una servilleta usada que estaba sobre la mesa, la tiré al basurero y me acomodé en la silla, y prendí otro cigarro.

— ¡¿En serio que tejhik! que, que te dijo eso, hermano?! -le pregunté-

— ¡Sí poh, Gago!

— Pero... o sea... John... demás que alguna vez habrán hecho otra cosa...

— Lo mismo le pregunté a Deisy y ella me dijo que John es súper fome: cuando están juntos los fines de semana que el weón no trabaja, porque casi todos los sábados trabaja

— Sí poh, sí sé...

— Ya poh, me dijo que esos sábados románticos cuando John se calienta, ella le empieza a tocar el pico y el tipo al tiro quiere metérselo, pero ella me dijo que necesita jugar más, que le gusta calentarse y mojarse primero

— Sí poh, obvio.

— Pero la manera que tiene John de expresar corporalmente lo que siente por Deisy es cero preámbulo, metérselo y al minuto *irse cortao*... y como ella está enamorada hace lo que él quiere, pero siempre es lo mismo: el loco no dura ni dos minutos y fin.

— Pero... ¿Deisy le ha dicho a John que... bueno, que a ella le gustaría también de otra manera? -le pregunté a Nico mientras él se toma un sorbo de ron-

— Me dijo que una vez intentó conversar con él pero John puso cara de triste y miró a la distancia, se quedó callado y entonces Deisy le hizo cariño en la cabeza y no le quedó otra que cambiar de tema porque el weón es medio depresivo igual...

Tanta información, para mí increíble, había calmado mi infinito sufrimiento. Estaba pasmado: John y Deisy llevaban como tres meses de relación y yo no concebía que no tuviesen la suficiente confianza para hablar de los sexos que deseaban. Pero lo que me resultaba totalmente irrazonable era que no compenetraran sus cuerpos lo suficiente como para que ella *orgasmeara*...

Nico siguió hablando:

— Deisy me contó que un domingo estuvieron tomando cervezas en la casa de John, se curaron y el tipo se puso cariñoso y le dijo que de ahí en adelante sería más fogoso en la cama y que siemp

— ¡Ja ja ja! ¡¿Más fogoso?! ¡¿Así le dijo el *culiao*?! ¡Ja ja ja!

— ¡Ja ja ja! ¡Sí, Gago! ¡Ja ja ja! John le dijo que sería más fogoso y que la haría ver las estrellas; el weón estaba todo borracho y se le tiró encima de repente en el sillón en donde estaban sentados, le sacó la polera violentamente y ella igual se calentó, y el tipo le intentó quitar el sostén pero no cachaba cómo sacárselo y le rasguñó la espalda y al final que ella misma tuvo que quitárselo, y John le separó las piernas torpemente y se las rasguñó también...

— ¡Ja ja ja!

— ¡Ja ja ja! Ya poh, espérate, y después le sacó la falda y se tiró de cabeza a la entrepierna de Deisy y por sobre el calzón le empezó a chupar y a morder la vagin

— ¿A darle mordiquistos y weás? -le pregunté divertido-.

— ¡Ja ja ja! ¡No, weón! La empezó a MORDER ¡Ja ja ja! ¡Le mordía la vayaina como enrabiado!

— ¡Ja ja ja! ¡Cochesumadre! ¡Ja ja ja!

— Le bajó el calzón y le metía la lengua y le gritaba con la cara sumergida entre sus muslos que la haría ver estrellas y otras weás que Deisy no alcanzaba a entender ¡Ja ja ja!

— ¡La weá estúpida! ¡Ja ja ja!

— Deisy me contó que ella estaba recagá de la risa pero se reía *en la piola*, sobre todo cuando John asomaba su cabeza por entre sus muslos y le gritaba como vuelto loco “¡te voy a chupar la vagina hasta el útero, y después te voy a introducir el pene!” ¡Ja ja ja!

— ¡JAAKAJAK JAJAJA JA! ¡¡¿HASTA EL ÚTERO?!! ¡¡¿TE VOY A INTRODUCIR EL PENE?!! ¡¡JA JA JA!!

— ¡Sí, weón! ¡Ja ja ja!... Deisy no sentía más que risa hasta que John le empezó a meter los dedos así súper bruscamente, no jugueteaba por fuera ni nada sino que le metía y le sacaba los dedos y quería meterle la mano entera mientras le decía “viste que te llevo hasta el útero”...

— ¡JA JA JA! ¡Me estay webiando! ¡Ja ja ja!

— ¡No, weón! ¡Ja ja ja! ¡Deisy nunca se mojó y sólo era la baba del weón! ¡La mina no estaba ni un poco caliente! John le metía y le sacaba la mano casi entera sin distinguir ni clitoris ni nada, se la metía y se la sacaba súper rápido y como Deisy estaba totalmente seca, el tipo la dejó ¡Ja ja ja! ¡La dejó toda llena de heridas a la weona! ¡Ja ja ja!

— ¡JA JA JA! ¡CON-CHE-SU-MA-DRE, HERMANO! ¡JA JA JA!

— Pa’ que el weón dejara de hacerle daño, Deisy comenzó a gemir como si se estuviera *yendo cortada* y ahí el tipo se detuvo: la miró fijo a los ojos, se levantó del sillón y se puso a alardear que él era súper bueno haciendo “el sexo oral”, se tomó al seco un vaso de cerveza y se sentó en el sillón y se quedó raja.

— ¡Ja ja ja! ¡La weá fome, hermano, la cagó!

— Deisy me dijo que el tipo fue tan pero tan brusco que quedó como una semana herida, ¡JA JA JA! NO PODÍA NI CAMINAR ¡JA JA JA! Durante toda esa semana Deisy prefirió dormir en la casa de la Gabi... desde esa tarde, y esto me lo contó hace como dos meses, desde aquella vez Deisy no le dijo nada más sobre las cosas sexuales que a ella le gustaban.

— Pero... demás que el tipo habrá querido hacerse el machote alguna otra vez poh, Nico...

— ¡Naaa! ¡Ja ja ja! Deisy me dijo que al otro día el weón no se acordaba de nada...

— Entonces... Nico... ¿crees que Deisy me extraña, que tengo alguna oportunidad?

— ... Puta, Gago, hermano...

— Demás que la puedo recuperar, ¿cierto?...



— ¡Uffff!... Cirilo... la mina... la mina está, escucha bien, DEISY ESTÁ ENAMORADA DE JOHN, y está enamorada porque encuentra que John es súper “buena persona”, más allá de que sea fome en la cama y todo eso; hay muchas otras cosas que la tienen agarrada hasta las patas de John: la seguridad económica que John le otorga, la seguridad emocional, que el tipo le sea fiel, que toca guitarra y le canta canciones de Víctor Jara, que se preocupa por los demás y que lo quieren la Gabi y el Dago... lo ama porque John no es curao y porque no le hace a las drogas y porque vive solo y tiene trabajo estable... la mina está tranquila con él, Cirilo... tú cachay que no todo es sexo, hermano...









# **SEGUNDA PARTE**

## **La mala suerte del Yayo**



Cuando Yayo tenía 25 años, comenzó a salir con una chica del grupo Scout al cual él había asistido desde pequeño; Morelia, se llamaba la niña, y tenía dieciséis años. Como Yayo era tan megaultra simpático y superhiper chistoso, toda la gente lo quería mucho y por eso la madre de Morelia no puso problemas a su relación de tan dispar edad.

Al año siguiente, Morelia quedó encinta.

Planearon casarse una vez que la chica diera a luz. Todos estaban muy felices.

A los ocho meses de embarazo, Felipe, el hermano menor de Yayo, se ahorcó a sus tiernos dieciocho años. No dejó nota ni nada y sólo su mejor amiga sabía las razones del suicidio, razones que ella prometió jamás revelar.

Nació el hijo de Morelia y Yayo, y fue bautizado como “Felipe”. Al mes de haber nacido Felipito, al padre de Yayo le detectaron cáncer al páncreas, y para *más recachas*, en fase terminal: “le queda un año de vida”, le dijo un indiferente médico quien, indolente, watsapiaba con la enfermera que se andaba comiendo.

Entretanto Pepe -el hermano mellizo de Yayo, que se había casado a los veintiún años y se separó a los veinticuatro-, había regresado a la casa paterna; allí se hundía más y más en un alcoholismo nacido -según él- a causa del fracaso matrimonial, fracaso cuya real causa era el copete mismo, adicción agravada por el suicidio de Felipe y por la enfermedad del padre.

Pasaron tres meses.

El cáncer avanzaba y el padre de Yayo -al igual que Yayo y su madre- se fumaba dos cajetillas de cigarros al día.

Pepe no fumaba.

Resulta extraño que en una casa en la cual desde siempre el padre y la madre fumaron compulsivamente, Pepe no fumara: en compensación, Pepe estaba todo el día completamente borracho.

Lo hospitalizaron, finalmente. Me refiero al padre, no a Pepe.

Conocí a Yayo a los nueve años -él tenía 12- cuando mi papá me inscribió en ese grupo scout en el cual participé hasta los veinte años. Además, Yayo y yo vivíamos sólo a un par de cuadras de distancia.

Con Yayo nunca fuimos los mejores amigos, pero *carretiábamos* mucho. De hecho, mi primera borrachera me la pegué con él en un campamento scout cuando yo tenía 15 años. Con Yayo salíamos a fiestas y nos comíamos a las minas etcétera, pero también carretiábamos en el sentido de juntarnos un sábado en la tarde por ejemplo, y nos sentábamos en el jardín de su casa fresquitos bajo un enorme limonero -siempre le pedía limones para comer ahí y también para llevarme- y fumábamos cigarros y nos tomábamos unas cervezas, y después unos vinos o su pisco o su ron... ese estilo de carretes.

Además de ser ultra chistoso, Yayo también sabía escuchar. Conversábamos mucho: hablábamos sobre política, sobre nuestras vidas, de historia, de libros, cómo tener conexión gratuita a internet, formateos de computadores, hakeos, minas, carretes, abortos, religión... con Yayo podíamos hablar de todo.



Como leíste, Pepe vivía nuevamente en la casa familiar, y sucede que el concepto de alcoholismo que yo tenía, cuando en aquellas tardes Yayo me contaba que su hermano era “alcohólico” -además que costaba cachar cuando Yayo hablaba en serio- según mi concepto de alcoholismo, digo, yo me imaginaba que Pepe se levantaba a cualquier hora y estaba tomando todo el resto del día, hablaba fuerte y hacía pequeños escándalos, o reía y cantaba y bailaba y se quedaba raja en el sillón o en el patio o en donde fuese que lo mandara a tierra el copete, y se quedaba allí durmiendo su borrachera hasta seguirla al otro día, y si trabajaba o no al final da lo mismo, porque dinero para tomar nunca le falta a un borracho.

Eso me imaginaba del alcoholismo de Pepe, una weá media “lúdica”... pero la realidad era otra: un martes, cerca de las once de la mañana, mientras conversaba con Yayo en el living de su casa, vi a Pepe salir de una habitación; hacía como dos años que no me topaba con él: no estaba emborrachándose y hablando fuerte y haciendo pequeños escándalos ni cantando o riendo y bailando como lo veía en mi imaginación, sino que *ya estaba borracho, a las once de la mañana, un día martes común y corriente de mediados de año*, y estaba curao pero curao del estilo “no puede más que balbucear”... con las manos en los bolsillos, Pepe caminaba lento y tambaleante, mirando a la nada desde ninguna parte con su vacía mirada de ojos vidriosos y llenos de tristeza y alcohol.

Girando lentamente la cabeza hacia mí, Pepe guardó un confuso silencio. “¡Hola poh, Pepe! ¡Tanto tiempo que no te veía!”, le dije alegre.

Me levanté sonriendo del sillón y lo saludé estirando mi mano, pero él no respondió el gesto. Se quedó mirándome con las manos en los bolsillos y la vacía mirada perdida en su borrachera, oscilando de la cintura para arriba; habló un par de incoherencias inentendibles, guardo silencio unos instantes y luego balbuceó intentando mirarme fijo a los ojos: “tú... tú... tú me... tú me quitaste a... a mi... mujer... mujer...”.

— ¿Cómo? ¡Na’que ver, Pepe! -dije sonriendo ofreciéndole mi mano-.

— Pepe, es el Cirilo -dijo Yayo un tanto agotado-.

— ¿El, el... es el Cirilo? -preguntó Pepe mirándome confundido-.

— ¡Sí poh, compadre! -insistí sonriente con mi mano aún estirada-.

— Sí... el... el Cirilo -dijo mirándome amenazante-... el Cirilo me quitó a mi mujer...

— Siempre la misma weá -se dijo Yayo en voz baja, mirando al suelo y moviendo negativamente la cabeza-.

— ¡Vóh! ¡Vóh me la quitaste! -gritó de repente Pepe- ¡Vóh fuiste cochetum

—¡ANDA A ACOSTARTE ALTIRO SINO TE VOY A SACAR LA *RECHUCHA*! -rugió Yayo al momento que se levantaba del sillón-.

Guardé silencio y me mantuve de pie, expectante y con mi mano todavía estirada.

Pepe me miró con ojos desorbitados, se giró y con pasos lentos y cansados regresó a la habitación, siempre tambaleante y balbuceando idioteces.

“Putá, Gago, disculpa... La semana pasada se puso agresivo y tuve que pegarle para que se calmara... Me dio pena hacerlo si al final es el único hermano que me queda... pero, bueno... tú, yo sé que tú entiendes...”.

Yayo se dejó caer abatido en el sillón, y yo me senté también.

Luego de un largo silencio seguimos conversando, y mientras lo hacíamos, se escuchaba a Pepe caminar pesadamente en su pieza, hablando solo y murmurando incoherencias.

(Si conoces a Charles Bukowski, vas a entender de inmediato el siguiente párrafo; de lo contrario, podrías, si quieres, ir a buscar algún libro de él: Factotum o La Senda del Perdedor son *vacanes*. También hay compilaciones de sus cuentos y si te gusta la poesía, vé por sus obras líricas... (sabes, en Internet hay un poema declamado por él y subtítulo en español, cuyo título es “El Genio de la Multitud”. Búscalos, te van a gustar mucho) )

Henry Chinasky –el *alter ego* literario de Bukowski- se toma los copetes y pasa todo el día todos los días escribiendo y casi no come pero toma y escribe y escribe y va a bibliotecas y lee y lee y bebe y nadie lo pasa a llevar porque es seco para los puñetazos no le tiene miedo a nadie ni a la guerra ni a la policía ni a las pistolas ni al hambre y sólo quiere ser un famoso escritor y escribe y fuma cigarros y toma y pelea y escribe y lee y bebe y pelea y pelea y no trabaja y se caga de hambre porque no trabaja y no trabaja para tener todo el tiempo del mundo para escribir y escribe y escribe y toma y toma y a veces le sale alguna follada por ahí pero pasó cuatro años sin ponerlo porque como no trabajaba no tenía ni un peso y dime, hermano, ¿qué mina te pesca si eres borracho y feo y no eres nadie ni tienes nada, excepto un sueño?... y cuando lees los textos de Bukowski dijiste y dices o dirás ¡puta, el weón *de verdad!*, y te imaginas al leer su texto de cuando lo entrevistaron en vivo en la tv Francesa en un programa llamado “Apostrophes”, Bukowski cuenta en esa narración que estando súper borracho sacó una cuchilla y amenazó al conductor, y te imaginas al leer su relato que el tipo era casi un Aquiles pero al ver las imágenes del programa, el maestro llega dar pena:

“¿Cómo tan cagao?”, pensé cuando lo vi pues te enfrentas a un Bukowski patético y derrotado...)

El asunto es que Pepe ya estaba en la etapa de quedar borracho todo el día con tan sólo medio litro de vino o un par de cervezas, o con unos vasos de ron.

— ¿Y de dónde saca plata para tomar?, le pregunté a Yayo mientras Pepe caminaba pesadamente en su habitación, balbuceando estupideces.

— Mi mamá le deja unas Lukas antes de irse a trabajar...

— Pero... o sea... ¿le deja plata para que se emborrache? ¡Pero si el weón es alcohólico!

— Si póh, si se toma un copete está tranquilo todo el día -me dijo Yayo abatido-. Por eso le tuve que pegar la semana pasada porque Pepe quería tomar y no tenía plata, y entonces no lo dejamos salir y se volvió loco, hizo tremendo escándalo, incluso llegaron los pacos... gritaba y rompía las cosas, pateaba las puertas y se daba cabezazos en las murallas... ahí cachamos que lo mejor era que bebiera acá en la casa.

— Pero... ¿y de dónde sacaba plata antes? Me habías dicho que hace rato no trabaja...

“Nos robaba pequeñas cosas y decía que iba a dar una vuelta -continuó Yayo-, y llegaba a los veinte minutos con una botella de ron escondida bajo la chaqueta y se encerraba en su habitación a tomar... pero casi siempre le sacaba plata a mi mamá, la que ella guardaba en los cajones o la que tenía en la cartera... ella descubrió los robos así que mejor le deja plata encima de la mesa para que Pepe esté acá en la casa”.

Antes de pololear con Morelia, Yayo era muy bueno para beber, o mejor dicho era bueno para carretiar: todos los días le salían vasilones y fuese una celebración en grande o una junta sólo con otro tipo, Yayo era siempre el alma de la fiesta, y como a fiesta que iba le caía en gracia a todo el mundo, Yayo siempre se enganchaba con unos cuantos y se iban a la disco o se largaban a otro vasilón.

Todo el mundo lo buscaba para compartir una cervecita, “pero una nomás porque mañana tengo que trabajar”, decía Yayo, pero mi compadre sabía que las cervecitas nunca serían una nomás y casi todas las noches llegaba a casa borracho, siempre y cuando las cervecitas no durasen hasta el otro día o hasta el siguiente... o la semana entera: una vez Yayo despertó en el terminal de buses de La Serena, pato, y hasta el día de hoy no tiene pico idea de cómo llegó alla.

Gracias a que Yayo no tenía hijos o hijas ni alguien a quien mantener, si lo echaban de las pegas por andar vasilando le daba lo mismo. Pero cuando empezó a salir con Morelia, dejó de carretiar: estaba enamorado y prefería pasar las noches con su chica. A veces igual se tomaba su copete o asistía a alguna junta, pero muy, muy a lo lejos.

No obstante, luego del suicidio de Felipe, Yayo se refugió en la bebida y se puso a tomar todos los días todo el día: pareció olvidarse completamente de Felipito y de Morelia, y de su amor por su hijo y de su amor por su chica: en su corazón y en su mente, en su vida, sólo había lugar para el dolor, para la culpa, para los reproches y el alcohol y los cigarros y la embriaguez, y para el cáncer terminal de su padre.

En un instante de lucidez, sin embargo, tres semanas después del entierro de Felipe, Yayo reaccionó: “si sigo en la misma, voy a terminar como el Pepe...”. Dejó la bebida y aunque estaba consciente del amor que sentía por Morelia y por Felipito, entró en una fase de absoluto pesar e indiferencia. Alguien le recomendó ir a un sicólogo, y fue.

El especialista, quién jamás lo había visto y luego de conversar con Yayo durante media hora (\$40.000 la consulta), llenó un formulario y lo derivó a un neurólogo, y como el sicólogo no conocía a nadie en el área de la Neurología, no le recomendó a ninguno: “vaya a cualquiera”, le dijo a Yayo cuando éste le preguntó a cuál recurrir (cuando Yayo se despidió sonrientemente agradecido del sicólogo, el sicólogo respondió su saludo con la mano derecha sin fuerza ni apretón ninguno, y ni siquiera le miró a los ojos).

El sicólogo, leíste, derivó a Yayo a un neurólogo, quien jamás había visto ni a Yayo ni al sicólogo; luego de charlar con Yayo durante 20 minutos (\$62.000 la consulta), redactó otro informe y lo derivó al siquiatra.

El siquiatra, quien era amigo del neurólogo pero que jamás había visto a Yayo, y luego de la sesión de diez minutos con Yayo (\$73.500 la consulta), el siquiatra le prescribió una gran cantidad de fármacos, ansiolíticos, barbitúricos y antidepresivos “pero tienen que ser del laboratorio que le escribo en esta receta, no pueden ser de otra marca”, enfatizó el médico -el laboratorio le deba una comisión por cada receta que el siquiatra prescribiera-.

Así, Yayo comenzó su sanación: en la mañana, apenas despertaba, debía tomar una píldora verde y dos blancas. Al medio día, una pastilla verde y una roja. Al atardecer, otra verde y una blanca. Antes de acostarse, dos píldoras rojas y una cápsula naranja.

Aunque el siquiatra le prohibió estrictamente las bebidas alcohólicas, de vez en cuando Yayo se toma igual un par de cervezas, pero ya no se emborracha.



Como ya sabes, Felipito nació hace rato, mas a causa de la situación emocional de Yayo, el matrimonio nunca se realizó, y Morelia continuó viviendo en la casa de su madre. A su vez, Yayo siguió viviendo en la casa familiar pero como debía trabajar, era Morelia quien estaba la mayor parte del tiempo con Felipito.

Yayo, al regresar de su empleo, pasaba a la casa de Morelia para estar con ella y con su hijo. *Tomaba la once* junto a las madres y luego Yayo y Morelia se metían a la habitación de ella, y veían televisión y/o hacían el amor.

Ya entrada la noche, Yayo cenaba con las madres y después se iba a su casa, aunque no era raro que durmiera en casa de Morelia.

Así era de lunes a viernes, durante todas aquellas felices semanas.

Los sábados y domingos, Morelia y Felipito los pasaban en casa de Yayo: salían en familia de compras e iban después a algún parque o regresaban a la casa de Yayo y cocinaban cosas ricas con la familia de Yayo; a veces hacían un asado e invitaban amigos en común; empero, Morelia y Felipito, sagradamente, pasaban las noches de viernes y sábado en casa de Yayo. Algunos domingos igual se quedaban allá, durmiendo el hijo con un brazo pegado a Morelia, y el otro pegado a Yayo.

Aquella fue la vida que Felipito, Morelia y Yayo, tranquilamente, gozaron durante aquellos dichosos tiempos. Una fría tarde, sin embargo, al llegar Yayo a casa de Morelia, notó el ambiente un poco raro, aunque no podía asegurar porqué, “son imaginaciones mías”, pensó varias veces.

Una feliz semana pasó; luego otra y otra y la extraña sensación en el hogar de su pareja, en vez de desaparecer, se acentuó, e incluso se extendió tanto que llegó a invadir directamente su relación con Morelia.

Como te dije, Yayo no podía afirmar que algo estaba ocurriendo. Intuía que había algo raro y que ese algo crecía y crecía pero si le hubiesen preguntado qué era aquello que sentía, no habría sabido decir qué era lo que estaba presintiendo y ni siquiera hubiese sido capaz de expresar si sentía en realidad cosa alguna, pero en su más íntimo recoveco, en el más escondido rincón de su Alma, estaba seguro de que algo estaba pasando.

Confiando ciegamente en la siquiatria, Yayo continúa siempre con el tratamiento prescrito por el responsable profesional: ya tiene como un kilo de fármacos metidos en el cerebro, más de la mitad de ellos prohibidos en la Unión Europea y en Norteamérica.

Detén el relato de Yayo unos momentos.

Para que te sea más fácil el viaje que se viene, imagina que Yayo se acostó pensando *en eso que parecía estar sucediendo* en casa de Morelia pero que no sabía si en verdad ocurría. Imagina también que siguió **maquineando** (“maquinear” es pensar obsesiva y desesperadamente sobre UNA SOLA COSA que se necesita concluir o solucionar de manera urgente, pero a la cual no se consigue dar conclusión o solución ninguna; “monomanía” es el nombre clínico del “maquineo”) diferentes teorías al respecto, hasta quedarse dormido.

Porfa, pon en puntos suspensivos lo que leíste respecto al maquineo de Yayo: el broder está hiperagotado mentalmente y necesita que dejes de pensar en él, ya que él también está conectado contigo, y todo lo que imagines sobre Yayo, él lo percibe y se transforma en lo que tu imaginación va creando, y como te dije, es necesario que el tipo “se apague” un rato.

No seas mala onda con Yayo, ¿ya?, y hablemos de otra cosa que necesito contarte; en serio, porfa, déjalo descansar y mientras Yayo ronca a pata suelta y sueña que su vida es una especie de actuación en una extraña película, o quizá sueña que su existencia no es otra cosa más que un capítulo de un libro que alguien escribe y que tú estás leyendo y que podr ¡YA POH! ¡Déjalo dormir sino la novela se va al demonio y no podré seguir escuchando lo que Yayo siente y piensa! ¡Y necesito saberlo ya que TÚ necesitas conocer lo que está sucediendo en su interior!... y soy yo quien tiene que traducir su interior a palabras escritas.

¿Acaso crees que yo “inventó” a Yayo, y que Yayo no es más que letras que componen palabras que hilan frases que constituyen oraciones, y que lo materializan en tu imaginación?



¡YAYO EXISTE!

¡¡¡¡EXISTE DESDE EL MOMENTO EN EL CUAL LE DISTE VIDA  
**EN Y CON TU MENTE!!!!**



Entonces, ¿dejarás descansar un rato a Yayo?



Bueno, sigamos:

Ahora, mientras Yayo sueña cosas que yo hago que sueñe, en este momento que el tipo duerme, tú y yo, lectora o lector, hablemos honestamente un ratito -un par de líneas solamente, ya que si se alarga mucho nuestro diálogo se perderá el hilo del texto y Yayo comenzará a desaparecer de tu mente, y quienes lo reemplazarán seremos tú y yo conversando *sobre* Yayo-.

Bien. Te hago una pregunta: ¿cachay lo que está pasando respecto a *eso* que Yayo siente? Me refiero a lo que el tipo presiente pero que no sabe qué es lo que presiente y bla bla.

Tal vez Yayo se está volviendo loco por tantos fármacos que se ha metido al cerebro, y se verá muy pronto encerrado en un manicomio luego de matar a fierrazos a Pepe, o podría ser que... que... que tal vez...

¿A ver, qué se te ocurre a ti?

Obviamente -o lo más probable- es que tu contestación sobre mi pregunta respecto a aquello que le sucede a Yayo, eso de “¿A ver, qué se te ocurre a ti?”, quizá tu respuesta sea “no tengo la más puta idea de lo que éste weón me está preguntando, o sea, entiendo lo que me pregunta pero no cacho qué responderle, y quizá con qué weá me saldrá este reconchesumadre hijo de la gran ramera prostituta”.

Ahora, si tu hablar no es ni procaz ni soez, dirás frente a eso de “¿A ver, qué se te ocurre a ti?”, ante aquello responderás “no se me ocurre qué ha de estar sucediendo, pero imagino que el autor tiene alguna sorpresa esperando por ser revelada”.

Algunos narradores nos creemos una especie de dios -¡ah!, perdón, “Dios”- y si yo deseo que Yayo conozca a otra chica o que descubra que siempre fue un gay reprimido y que ahora desea desreprimirse, o que Yayo se...

Mmmh no, no.

Mejor no. ¿Sabes qué? Se me ocurrió algo mucho mejor que lo que te iba a contar: la trama de la novela la tenía pensada de una determinada manera, pero ahora deseo que el rol que Yayo y Morelia y Felipito iban a cumplir en Segunda Novela, sufra un cambio absoluto y rotundo:



Voy a matar a Yayo.



Y luego morirá Felipito, trágica y violentamente.



A Morelia no la voy a matar: Morelia pasará a otro nivel de relación con un personaje que era incidental y que aún no aparece en la novela, pero que asumirá el rol que había planeado para Yayo...

Put a weá, pobre Yayo... pero qué se le va a hacer: acá manda el narrador y hago lo que se me ocurra y si me dio la gana matar a Yayo, eso haré: por algo *soy Dios*...

(Y tú, ¿eres dios o diosa -o Dios o Diosa- en tu existencia? Si no lo eres, deberías serl@)



Ya. Descongel, no no, mejor dicho *despierta* a Yayo.

El relato continúa:

*Maquineando* y luego dejando de maquinear poco a poco, Yayo durmió como hace mucho tiempo no dormía, y soñó cosas increíblemente agradables y maravillosas que al despertar, olvidó\*.

El pensamiento ése de que *algo raro estaba sucediendo*, sin embargo, apareció luego del instante exacto en el cual abrió sus ojos y olvidó aquello tan increíblemente agradable que había soñado.

Ese pensamiento que tanto le perturba, mezclado con el dolor y con un infinito sentimiento de culpa por el suicidio de su hermano, sumado todo a la enfermedad terminal de su padre y a la enfermedad autoproducida de Pepe, todo eso se revuelve en el estado de irrealidad en el cual le tiene sumido la gran cantidad de químicos recetados por el siquiatra, más la nicotina de sus incontables cigarrillos: cual lavadora en su cabeza, esa semiinconsciencia acabó transformando en monomaniaca obsesión el asunto ése de que algo ocurría en casa de Morelia, y que como te dije, ya había contaminado incluso su relación con ella.

\* “5 + 1 = ( ) Relatos”, editorial El Desquicio [www.eldesquicio.cl](http://www.eldesquicio.cl)

Olvidados sus tan agradables sueños en el momento en el cual abre sus ojos, y antes de levantarse, nuevamente comienza el maquineo: estira la mano y coge del velador la cajetilla y el encendedor: se fuma el primer cigarrillo del día; generalmente se fuma dos cajetillas de veinte -a veces más-. Apaga el cigarro en el cenicero y mira la hora: son las 05:23 de la mañana; la alarma sonará a las cinco treinta así que tiene tiempo de fumarse otro cigarro.

Se lo fuma. Lo apaga en el cenicero sobre el velador mientras suena la alarma. Se levanta y siempre maquineando, entra al baño.

Se sienta en el excusado y enciende otro cigarro. Intenta cagar pero no puede hacerlo y sólo se tira unos fétidos pedos. Se limpia el trasero y arroja la colilla aún humeante en la taza; ¡pssss! suena la colilla al caer al agua del retrete.

Jala la cadena.

Maquineando siempre, se quita el pijama y se mete a la ducha; se siente bien sentir el agua caliente, el champú y el jabón corriendo por su cuerpo cayendo desde su cabeza, y gracias a la rica sensación del agua caliente y del jabón y del shampoo, sonrío un instante y en ese instante Yayo es casi feliz... en aquel baño lleno de vapor, cierra a tientas la llave del agua, sale de la ducha y enciende otro cigarro, fumándoselo incómodamente mientras se seca.

Aquella mañana, desde que se esfumaron esos tan agradables sueños cuando despertó, Yayo no ha parado de maquinear.

La mamá le deja listo el desayuno sobre la mesa y él únicamente debe calentar el agua para su café. Enciende otro cigarro en la llama de la cocina. Maquineando y sin hambre, Yayo desayuna fumando, deja la taza y los platos en el fregadero y sale de su casa rumbo al microbús que le llevará al trabajo (Yayo no lava la taza ni el plato porque a su mamá le gusta lavar la loza).

Es aún de noche cuando abre la puerta de la casa, y el cielo está rojo de ganas de llover. Cierra la puerta de la casa y camina los pocos pasos de su antejardín, mira los limones en el limonero y camina un poco más hasta la puerta de la reja. La abre y da un paso y cierra la puerta tras de sí, le pone llave y enciende otro cigarrillo para acompañar sus maquineantes pasos.

Fumada a fumada, Yayo camina mirando al oscuro cielo y admirando el urbano paisaje poblacional que conoce desde siempre. Fuma y mira y camina y fuma, hasta que el cigarro se acaba y lanza la colilla hacia un basurero; la arrojó con rabia pues se reprocha no haber salido con paraguas. La colilla vuela directo al basurero pero rebota en el borde del tacho y cae en la vereda.

“Fallé otra vez”, piensa Yayo sin darse mucha cuenta que piensa aquello.

Yayo llega al paradero y mientras espera el microbús, comienza a chispear; enciende otro cigarro y piensa que tal vez él no está siendo dueño de su existencia: se le ocurre que quizá un ente que no es ningún dios o destino irrenunciable está creando su vida, sus pensamientos y sentimientos, sus acciones e incluso sus malditas tragedias. “¿Cómo podría ser eso?”, se pregunta. Da una profunda fumada: en menos de dos minutos, las tímidas gotas de agua celestial dan paso a una lluvia torrencial: se refugia bajo el techo del paradero.

Yayo mira la hora en su celular: 06:46 y ya a comenzado tímidamente a amanecer pero las nubes negras de lluvia aún oscurecen todo. Mira a su alrededor y ve a la gente corriendo a protegerse al paradero, junto a él.

Llega la micro, Yayo da una última calada y arroja la colilla que se estrella en la nariz del microbús. Se sube y camina hacia uno de los dos asientos aún disponibles, y se sienta junto a la ventana.

El bus avanza.

Yayo mira por la ventana y está oscuro y llueve, y Yayo ve las gotas escurriendo en cascada por el vidrio, distorsionando las luces de los postes de luz encendidos y las luces de las casas y de los otros vehículos avanzando raudos... y distorsionando también la nula claridad de un amanecer que ya debería haber comenzado a despertar.



Yayo continúa maquineando.

Sigue mirando hacia afuera pero ahora enfoca sus ojos en el reflejo que de él le devuelve el vidrio; no puede dejar de pensar en *aquello que siente* y que está seguro que está sucediendo pero de lo cual no puede dar prueba ninguna, y por más que intent

— ¡ME VOY A MORIR! -grita Yayo de pronto y cree comprender que aquello que tanto le ha obsesionado y que pensaba mientras almorzaba y que al acostarse no dejaba de pensar y que pensaba mientras se duchaba y fumaba y desayunaba y que piensa ahora mientras viaja en esta micro, Yayo descubre que su maquineo no ha sido más que una terrible premonición que podría convertirse en realidad en este instante en el cual realiza sus más bellos sueños y vence a *su* depresión y al fin será feliz con Morelia y su amado Felip



**iiii~Niiiiiii~NNN!!!!**  
**CRAAASHHH**





El camión no respetó el semáforo en rojo y dio de lleno en el costado derecho del microbús, despedazando el asiento que Yayo ocupaba junto a la ventana y mientras Yayo pensaba y pensaba sobre aquello que imaginaba sentir o que en verdad sentía, la muerte tomó su mano.



Yayo es la única víctima fatal del accidente y ya jamás sabrá qué es lo que en verdad sucede en casa de Morelia: desde este momento en el cual el camión despedaza el costado del bus en donde va sentado y su columna vertebral se destroza y sus costillas quebradas le revientan los pulmones y el hígado, en este preciso instante en el cual las latas del camión cercenan su cuello y los filos de los vidrios rotos de la ventana rajan la piel de su rostro, desde este segundo, las vidas de Morelia y Felipito darán un terrible y aterrador giro hacia mis más profundos odios y temores.







¿Viste cuán fácil me resultó matar a Yayo?



Quizá esta novela sea una de las más extrañamente atractivas que leerás en tu existencia, y lo pienso porque esta manera en la cual quien está escribiendo esto que lees, o sea yo -el autor- la forma en la cual me meto en el texto, tú nunca la habías leído: Cervantes en el Quijote, Unamuno en Niebla y Genaro Prieto en El Socio me mostraron la manera de, realmente, lograr esto que *se logró a sí mismo a través de mí*: el “Hiper-Realismo” como estilo narrativo.

Este concepto del Hiper-realismo no existía en la teoría narrativa, pero ahora existe: yo lo descubrí. En el Hiper-Realismo ya no hay narradores que se interpongan entre quien escribe y quien lee: tú no lees a un narrador observador, testigo o protagonista, no. Me lees directamente a mí, al ser humano creador de esta novela.

Hay ciertos detalles técnicos respecto al Hiper-Realismo, y necesitas conocerlos para que disfrutes al máximo este libro.

Uno de esos detalles es el hecho de que los diálogos se interrumpan cortando las palabras y no con puntos suspensivos, puesto que así se interrumpen las conversaciones en la vida real. Asimismo, la eliminación del “pacto de verosimilitud”: el “pacto de verosimilitud” es el hecho de que el autor “mienta” en ciertos aspectos que podrían no ser reales; por ejemplo, el siguiente es el argumento de un cuento que se llama “Los Puños Apretados”, relato aparecido en la antología “Santiago en el ojo”, de editorial SantiagoAnder:

La historia nos muestra a un boxeador súper pobre que vive en sórdidas habitaciones ya que el dinero no le alcanza para un hogar digno -en ocasiones, ni para comer tiene dinero-; este boxeador está terminando el cuarto medio en un liceo de adultos “dos años en uno” en el cual le cobran matrícula y mensualidad. ¿Pero el boxeador no era tan pobre? Y si era tan pobre que ni para comer tenía plata, entonces, ¿cómo paga matrícula y mensualidad en un colegio de adultos?

Bueno, desde el punto de vista del mundo narrativo del relato, es decir “Realista”, el argumento de “Los Puños Apretados” está mal armado: el escritor está mintiendo ya que existen muchíííísimas instituciones que permiten completar la educación media gratuitamente, pero gracias al milagro del “Pacto de Verosimilitud”, esa contradicción no se toma como error pues el autor “crea” un mundo que podría no ser verídicamente coherente, y eso lo sabe quien lee mas esa persona que lee *elige creerle* al autor del relato, aunque dicho autor esté mintiendo de manera flagrante.

De lo anterior proviene el concepto literario de “Pacto de Verosimilitud”, y cuando hablan de las “Licencias del Autor”, en el fondo se refieren a lo mismo: ambos pueden mentir en complicidad con quien les lee, lo cual es básicamente lo que se denomina “Deux Ex Machina”: DIOS teniéndose que meter en la Novela para suplir la incapacidad experiencial y artística del autor o autora.

Sabes, es maravilloso ser parte de la evolución literaria... mira: la fase hasta donde se había desarrollado la teoría narrativa antes de que apareciera este libro, se denomina “Realismo”, lo cual significa lo siguiente:

el o la autora escribe sobre temas que quizá no conozca en detalle pues no los ha vivido -tal vez ni siquiera los conozca de segunda o tercera fuente- pero eventualmente, aquellos sucesos podrían ocurrir.

Y del Realismo deriva el “Hiper-Realismo”, en el cual escribes ÚNICAMENTE LA VERDAD: no mientes ni te contradices ya que escribes sólo lo que has vivido o que conoces de primera fuente, y es por ello que no necesitas recurrir a ninguna Licencia de Autor ni a Pactos de Verosimilitud cagones.

Y digo “cagones” porque quienes escriben utilizando pactos de Verosimilitud y Licencias del Escritor, intentan narrar problemas que ellos no han tenido en situaciones que ellos no han vivido, y por lo tanto todo lo que yo pueda aprender no me servirá de nada porque los problemas pueden haber sido reales pero es falsa la manera en la cual los afrontaron y solucionaron.

Obviamente que no hablo del Realismo Mágico y los Mundos Fictivos onda EL Señor de los Anillos, sino del género Realista.

No estoy planteando que el Arte deba tener una función moral, sino que afirmo que el arte por el arte, CUANDO ES REALMENTE ARTE, conlleva una empatía con quien contempla la obra, y una Novela que no miente comunica directamente ALGUNA VERDAD de la cual se puede extraer un conocimiento práctico, además de entretenimiento.

Toma muchísimo tiempo dominar el Proceso Creativo (más de 15 años, en mi caso): no llega siempre por inspiración, no, todo lo contrario; a veces no hay que esperarlo sino *provocarlo*. Y te das cuenta que puedes controlar el Proceso Creativo -al menos en lo que se refiere a escribir- desde el instante exacto en el cual te entretiene más eliminar partes de tus textos que redactarlos...

Eso mismo decía Gabriel García Márquez, y ahora lo entiendo perfectamente; sin embargo, para llegar a eso tienes que escribir y leer mucho, muchísimo, y leer libros buenos y libros malos puesto que así aprendes cómo debes y cómo no debes escribir.

Mira, descubrí que el Proceso Creativo se da por etapas, y es cíclico (bueno, esto ya lo habían dicho las filosofías orientales):

1°) Creación

2°) Modificación

3°) Eliminación

Y eso no sólo aplica a la escritura, no: el Proceso Creativo DEBE dominarse en todas las ramas del Arte (y finalmente, debe también aplicarse EN LA VIDA). Eso es innegable e imprescindible: Fíjate de lo siguiente: si quieres sacar excelentes fotos, hacer buenísimas tomas de imágenes en video, editar perfectamente esas fotos y esos videos, o patear y golpear como El Maestro Bruce, o representar personajes actuando y/o bailando y/o cantando o tocar la guitarra onda Tom Morello o el piano como Beethoven, o presentar chistosos shows de stand comedy o dibujar o pintar inmejorables cuadros o grafitis o tejer a crochet y hacer manualidades, si deseas hacer bien todo eso o cosas por el estilo o cualquier otra cosa artística (ojo: Bruce Lee = *Artes Marciales*) si quieres dominar el Arte, es necesario estudiar el arte *viviendo* el Arte, y conocer su teoría y sus representantes buen@s y mal@s... y después desechar todo lo aprendido y pensar Y VIVIR de manera autónoma.

Hay quienes dicen que en el ámbito artístico ya no se puede inventar nada, puesto que ya lo han inventado todo, y que lo único que nos queda por hacer es copiar y modificar. JA y JA:

**Punto 1:** Si nuestra especie *Homo Sapiens Sapiens* lleva existiendo un tiempo infinito o uno finito, las cosas: o existieron desde siempre y nunca ningún artista creó nada y solamente “recibió” o “descargó” sus ideas de *La Fuente*, o por el contrario, el ser humano fue creando cosas, y si algo fue inventado o descubierto alguna vez, podemos continuar inventando y descubriendo y creando aquello que aún nadie conoce o que quizá, ni tan siquiera imagina.

**Punto 2:** el ser humano soñaba con volar, encumbrarse a voluntad en los cielos, pero antes de los Hermanos Wright es poco probable que alguien imaginara los drones de Amazon manejados a través de la web... y estamos hablando tan sólo de un siglo atrás, aprox. Es claro que la tecnología es necesaria para nuestra especie: dicen que primero caminaron y navegaron, luego dominaron animales no-humanos para que les llevaran de un lado a otro y araran la tierra (también dominaron animales humanos para que les hicieran la ropa y les construyeran sus pirámides y palacios y castillos, y les dieran a sus mujeres...) y después vinieron las carretas y los barcos y el auto y los aviones... y desde el principio paralelamente a todo lo anterior, la comunicación, el habla y la escritura... y después wasap... pero el Arte es distinto: el Arte, que es innato en el ser humano (todas las culturas de las cuales tenemos registro han desarrollado la danza y el canto y la música y la pintura y la narrativa, oral y/o escrita), el Arte, digo, apunta a los aspectos racional y emocional de las personas, y como dichos ámbitos personales varían a cada momento y son tantos como tantas personas existimos y existirán, las posibilidades de Innovación Artística son, en los hechos, infinitas.)



Te doy un último dato:

En literatura, los tipos de narradores que existían antes de la aparición del Hiper-Realismo, eran los siguientes:

- A) Narrador- testigo
- B) Narrador-observador
- C) Narrador-omnisciente
- D) Narrador-protagonista



(Quizá, en la página anterior, ¿habrás recordado las pruebas de la escuela o liceo o instituto o universidad?)

Ok. Cada uno de los narradores que te indiqué, se caracteriza por su punto de vista de la historia, y por su participación en ella:

- A) Narrador- testigo
- B) Narrador-observador
- C) Narrador-omnisciente
- D) Narrador-protagonista

De todos los anteriores, el único que podría tener la cualidad de modificar la historia es el **Narrador-testigo**: el personaje que es testigo de los hechos cuenta lo que sucedió y podría tergiversar voluntaria o involuntariamente lo que pasó ya que él fue el único que presenció lo ocurrido, y si bien el **Narrador-testigo** puede modificar lo que relata, no puede cambiar LO QUE DE VERDAD SUCEDIÓ. Así también, un “testigo” *dentro* de la narración implica que existen otros personajes dentro de la historia a quienes relatar -atestiguar- los acontecimientos presenciados por el **Narrador-testigo**, quizá modificando los hechos. En cambio, el **Narrador-observador** NO PUEDE NUNCA MODIFICAR LA HISTORIA NI CÓMO VIO LO SUCEDIDO, *ya que él no es un testigo de lo relatado en la narración*, sino que observa los hechos situándose fuera del relato: el **Narrador-observador** podría describir un acontecimiento, por ejemplo, ocurrido a un personaje único que exista sin nada que haya causado su existencia, y que exista solo en todo un Universo. Por ejemplo:

*“Equis no tiene, tuvo ni tendrá nombre ya que no sabe lo que es “un nombre”, y tampoco sabe qué son las palabras ni sabe que él existe ni sabe nada de nada ya que apareció de repente en un universo en el cual solamente había existido y existe y existirá solamente él, él y nadie ni nada más, ni siquiera una rudimentaria conciencia de sí mismo ni un cuerpo en el cual habitar, sin tiempo ni espacio”.*

En el ejemplo anterior, existieron cinco componentes:

- La historia o trama
- El protagonista
- El autor
- El narrador
- Tú

Aunque el **Narrador-observador** relata la historia, no puede modificarla porque él no es un testigo y no tiene nada que “atestiguar” ya que en el lugar en el cual ocurre la acción ahí dentro del texto, no hay nadie más.

Por consiguiente, el **Narrador-observador** se sitúa afuera de los hechos y por eso no puede adulterarlos ya que está atrapado por su cualidad misma de “observador”: si es mentira que “Equis” apareció de la nada nunca lo sabremos y, por lo tanto, lo relatado será *la verdad*.

Por ejemplo, tu chica te engaña y tú no lo sabes y por eso crees que tu mina te es fiel pues mientras no sepas que te engaña, para ti *es verdad* que tu mina te es fiel, ¿cachai?

Y esa misma cualidad que atrapa e inmoviliza en la verdad al **Narrador-observador**, atrapa también al **Narrador-testigo**, aunque este narrador pueda modificar la historia si se la cuenta a otros personajes; fíjate en la siguiente línea:

“Yo vi cuando Lola se puso a llorar en mis brazos, y eso me demostró su amor”

Eso dice el personaje de la línea anterior. Claramente se ubica al interior de la historia y relata algo de lo cual fue testigo -el llanto de Lola en sus brazos-, pero podría ser que Lola lloraba por lástima hacia el **Narrador-testigo**, por lástima y *no por amor*.

(“Ya, ya. Estás hilando muy fino”, podría pensar alguien, y ese alguien tendría razón.

Sucede que precisamente esa es una de las características del Hiper-Realismo, el “hilar tan fino”, ya que en el Hiper-Realismo no se escribe para que te lean con los ojos, sino con la experiencia, *con las experiencias que se alojan en nuestras mentes*)

Y así como el **Narrador-observador** sabe todo lo que pasa en la historia DESDE DENTRO DE LA HISTORIA PERO UBICÁNDOSE FUERA DE LOS HECHOS, así también ocurre con el **Narrador-omnisciente**, pero el **Narrador-omnisciente**, además de saber absolutamente todo lo que ocurre, ocurrió y ocurrirá en la historia, conoce también lo que sucede, sucedió y sucederá DENTRO DE LOS PERSONAJES, pero no puede alterar los sucesos pues solamente observa *todo* y NARRA aquello que observa.

Sin embargo, ninguno de los anteriores puede modificar la historia, ni tampoco puede hacerlo el **Narrador-protagonista** porque este narrador modifica SOLAMENTE LO QUE ESTÁ O PUEDE ESTAR BAJO SU CONTROL, y no aquello que no depende de él, así como nos sucede en la vida real... ¿la pillaste?

Entonces, como en el Hiper-Realismo no existe el Pacto de Verosimilitud ni las Licencias del Autor porque todo lo que se dice que es cierto, **ES CIERTO**, el único “narrador” que puede dar cuenta de los hechos sin dejar cabos sueltos ni caer en contradicciones ni inverosimilitudes y además modificar la historia a su antojo y a pesar de eso, NUNCA MENTIR, es quien escribe el texto y no quien relata los hechos desde cualquier punto de vista; en otras palabras:

los párrafos que leíste desde que maté a Yayo hasta el próximo capítulo 5, dan por terminada la teoría narrativa pues el Hiper-Realismo añade aquel narrador que faltaba:

El **NARRADOR-AUTOR**: yo, EL AUTOR, el ente real de carne y hueso ES QUIEN NARRA ESTA NOVELA, y como soy el autor y conozco en detalle lo sucedido, puedo relatar los hechos o modificar la historia a mi voluntad sin caer en contradicciones ni en el llamado “Bloqueo del Escritor”, conocido también como la temible y aterradora “Página en Blanco”: la Página en Blanco es cuando los estudiantes de narrativa no hayan qué mierda más inventar para poder continuar escribiendo sus cagás de libros porque todo lo que escriben son mentiras, sean relatos, poemas, guiones o cartas o biografías diarios íntimos (las RRSS son ahora los Diarios Íntimos...)

Debo resaltar que el **NARRADOR-AUTOR** escribe la verdad, pero también puede escribir ficción dentro del Género Realista e Hiper-Realista; en cambio, cualquier otro de los narradores solamente puede escribir mentiras o medias verdades, nunca LA VERDAD.

Fíjate: página 109 te hablé respecto a unos lentes que me compró mi viejo, y de una mina que se rió de mí en el colegio y que se llamaba Maggi, y la razón de meter eso que nada tenía que ver con lo que te mencionaba sobre Deisy, era para introducir de a poco este nuevo y último tipo de narrador, el **Narrador-Autor**, el cual **INCLUYE** necesariamente a los otros cuatro narradores (también jugué con eso al principio de la historia, en la página 86: lo de “el presentimiento de algo horrible”, que no al final no llegó a nada. Cuando sucede eso, el escritor o escritora tiene muchas ideas pero no desarrolla de manera entretenida las ideas que plasma en sus relatos y/o novelas) y puede tomar los caracteres de cualquiera de ellos. Y con esto termino:

El **Narrador-Autor** ÚNICA Y EXCLUSIVAMENTE puede aparecer en el HIPER-REALISMO, Y EL HIPER-REALISMO ÚNICAMENTE existe cuando el narrador **ES UN NARRADOR-AUTOR**.

Ya, mira.

En verdad, todo lo que leíste sobre la muerte de Yayo no fue más que una cobertura, un camuflaje: necesitaba matar a Yayo para tener una justificación que me permitiera explicar todo el asunto del Hiper-Realismo sin salirme de la trama de la novela.

JAMÁS -y que te quede claro-, JAMÁS asesinaría a Yayo ya que el tipo me cae superbién y además es muy importante en el relato ya que más adelante aparece una mierda sobre una bicicleta, y esa parte no resulta si no meto a Yayo en la novela; asimismo, Yayo hace más entretenido el libro, le añade más tramas a la principal y logra que el texto esté lleno de vida, de giros y vericuetos y callejones y laberintos en los cuales te vuelves y revuelves y extravías en el deleite y goce estético para, finalmente, emerger a la luz de la comprensión total de Segunda Novela.

A lo que voy es que, como soy el Narrador-Autor de la historia -y por ello tengo también calidad de Omnisciente (de “Dios”, que no se te olvide)-, te diré ahora qué era lo que Yayo, por más que meditaba y pensaba y maquineaba obsesivamente, no lograba dilucidar.

En otras palabras, te mostraré que conozco más a Yayo de lo que él llegará jamás a conocerse a sí mismo.

A continuación, te desnudaré su Alma:

Antes de la tan mentada “extraña sensación” que tenía día y noche maquineando a Yayo, Yayo y Morelia hablaban por teléfono casi diez veces al día, y durante al menos diez minutos; Morelia llamaba a Yayo cinco veces y las otras cinco, era él quien telefoneaba.

Cuando mi compadre sentía aquello de la “extraña sensación”, seguían hablando diez veces al día pero ya no durante diez minutos, sino sólo cuatro, o menos incluso; Morelia casi no llamaba a Yayo; aun a veces ella no le respondía y Yayo debía llamarla otra vez, y otra, y otra.

A medida que los días y las noches trascurrían, hablaban por celu cada vez menos veces y durante menos tiempo.

Ocurrió una weá que debió despabilar inmediatamente a mi amigo Yayo, pero como el tipo andaba maquineando todo el rato, el suceso le fue invisible: todas las noches al despedirse de Morelia, Yayo le decía “ya, mañana nos vemos, mi amor”, y se besaban abrazadas amorosamente, y entonces él se marchaba. Pero en la despedida de aquella noche Morelia no le respondió el habitual y tierno beso y apenas lo abrazó. A los pocos metros de caminar, Morelia lo llamó:

— ¡Yayo!... ¡Yayito!

Yayo, quien ya se había puesto un audífono y estaba metiéndose el segundo en el oído derecho, se giró y vio a Morelia caminando con la cabeza gacha hacia él.

Al llegar a su lado, ella le pidió que por favor, en lo sucesivo, le avisara antes de ir a visitarla: “mi amor, llámame antes de venir a verme...”, dijo Morelia mirando la vereda.

Siempre sin mirar a Yayo, Morelia dio media vuelta y caminó hacia su casa mientras Yayo le decía “ya, ok, ni un probl...”. Yayo no le preguntó por qué ella le había dicho lo que le dijo y ni siquiera le hizo ruido el hecho de que Morelia no le hubiese mirado a la cara ni tampoco llamó la atención de Yayo que ella lo dejara con las palabras en la boca, con eso de “ya, ok, ni un probl...”, y no le dio importancia a los telefonazos que Morelia ya casi no le contestaba... pero lo más obvio y aclarador y que no vio Yayo, fue que Morelia NO le respondió el habitual y lindo beso... “cosas de minas, capaz que ande con la regla. Ya se le pasará”, pensó Yayo.

Desde aquella noche, Yayo no percibió ninguna otra cosa rara en la actitud de Morelia, mas lo que ocurría en la casa de ella empezó a serle evidente: lo saludaban ahora con indiferencia y ya no le invitaban a tomar la once ni a cenar ni a quedarse a dormir, y Morelia le respondía los besos de despedida muy débilmente -cuando se los respondía- y ya no hacían el amor... es decir, Yayo buscaba a Morelia pero ella le salía con la típica poh, tú cachay: “me duele la cabeza” o “ando con la regla... (desde hace como quince días, wn...)”.



Entretanto, el padre de Yayo había refrescado del hospital y se veía muy repuesto, o sea, no es que viniera bailando y weás sino que ya no tenía la apariencia cadavérica anterior: cuando lo internaron en el hospital, lo sacaron de la casa en una camilla y lo subieron a una ambulancia; volvió también en ambulancia pero esta vez bajó de la ambulancia caminando, lentamente, pero caminando.

(Hace semanas que el caballero no pasa todo el día postrado en cama; se ve más repuesto, más rosadito incluso. Regresó del hospital con diez kilos de menos y ahora pesa cinco kilos más; obviamente, había dejado de fumar.)

Tres semanas han pasado desde que Yayo comenzó a avisarle a Morelia que irá a su casa, y cada vez que entra siempre lo saludan con indiferencia, y como te dije, ya no lo invitan a *tomar la once* ni a cenar ni a pasar la noche.

Al inicio de la cuarta semana, Yayo comenzó a preguntarle a Morelia qué era lo que estaba sucediendo; ella le decía que no pasaba nada, que eran imaginaciones suyas, “¡no pasa nada! ¿Qué va a estar pasando? Son imaginaciones tuyas”, le decía Morelia.

En la quinta semana llena de incertidumbre, Yayo fue a casa de Morelia pero sin avisarle que iría. “¡Morelia! ¡Morelia!” llamó desde la reja, pero nadie atendió. Esperó varios minutos, tres o siete minutos -para el caso, da lo mismo-. Volvió a llamar muchas veces, pero nada. Aguardó un rato y llamó varias veces más y como nadie lo atendía, hizo como que se iba pero no se fue y en verdad se quedó en la esquina escondido tras un poste, esperando atento a que alguien saliera de la casa.

Harto rato después, ciento veinte minutos después -ahora sí que importan los minutos-, Yayo vio que la señora Amelia -su suegra- abría la reja llevando la bolsa del pan en la mano, Yayo se acercó a la señora Amelia cuando acababa de cerrar tras de ella la puerta de la reja, y ella lo vio y se puso toda nerviosa.

Sonriendo tensa, su suegra le preguntó:

— Y tú... ¿qué... qué haces aquí, Yayo?

— Vengo a ver a Felipito.

— ¡Ah!, sí... a, a Felipito... él, él está durmiendo...

— ¿Y Morelia?

— ¿Morelia? Heemm... ella fue donde su tía.

— Doña Amelia, quiero ver a Felipito.

— ¿A Felipito? Es que... es que no está acá...

— ¿Cómo? ¿No me dijo que estaba durmiendo?

— Ah, sí, sí... Este...hemmm... es que recién hablé con Morelia, y ella me dijo que Felipito estaba durmiendo...

Yayo sacó su celular y llamó a Morelia. Lo mandaron al buzón de voz porque el teléfono estaba apagado.

— ¡Qué raro! -dijo la señora-, reciencito la llame y hablé con ella...

— Señora Amelia, necesito ver a Felipito porque yo soy su papá y teng

— ¡Morelia no va a llegar hasta la noche! -dijo cortante la mujer, mientras volvía sobre sus pasos y cerraba la puerta de la reja casi en la cara de Yayo-.

Yayo, ese día, había llegado a la casa de Morelia más o menos a las cinco de la tarde. Luego de llamar tantas veces estuvo escondido detrás del poste de la esquina hasta las siete de la tarde y recién entonces pudo hablar con la señora Amelia. Un minuto después, la señora Amelia le cerraba la puerta de la reja en las narices.

Yayo nuevamente hizo como que se iba pero no se fue sino que volvió tras el mismo poste y estuvo expectante desde las 19:02 hasta las once y cincuenta: efectivamente, Morelia apareció poco antes de la medianoche.

A las 23:56 Yayo vio aparecer en la otra esquina a un automóvil de lujo. El auto se estacionó afuera de la casa de Morelia y Morelia bajó del vehículo acompañada de un tipo extremadamente bien vestido, y Yayo vio que Morelia y el tipo entraban a la casa... tomados de la mano.

Más que sentir, Yayo escuchó que algo dentro de su Ser se rompía en mil millones de pedazos... sus piernas se volvieron de trapo. Sintió que le faltaba el aire y que su pecho se apretaba, y comenzó a desmayarse: puntitos de colores aparecieron por dentro de sus ojos y todo se volvió negro mientras los puntitos de colores destellaban cada vez más luminosos. Se apoyó en el poste y se puso en cuclillas... sintió que su Alma se desintegraba pero se controló y respiró profundamente; sacando fuerzas de flaqueza, comenzó a correr torpemente hacia la casa de Morelia, gritando su nombre con el corazón desgarrado:

¡MORELIAAAA! ¡MORELIAAAA! ¡MORELIAAAAAAAAAA!

Grita, grita y grita su nombre hasta que llega a la casa y se asoma por la ventana la señora Amelia: “¡deja de molestar o voy a llamar a la policía!”, le grita desde la ventana.

Yayo grita desgarradamente aquel nombre que tanto ama

“¡MORELIAAAA! ¡MORELIAAAA! ¡MORELIAAAA!”

Los vecinos comienzan a asomarse... “¡YA TE DIJE QUE NO MOLESTES MÁS!”, repite la (¿ya ex?) suegra.

Yayo sigue llamando y llamando con su Ser cada vez más aniquilado, y llama y llama y le falta el aire y llama y llama ¡MOOOREEEELIAAA!  
¡MOOREELIAAA!

— ¡MOOOREEELIAAA! ¡MOOOREEELIAA! ¡MOOOREEELIAAAAAAA!



Desesperación angustia puntitos de colores piernas de trapo más puertas se abren ¡MOOOREELIIAA! ¡MOOOREEELIAAA! más ventanas se abren gritos desgarrados ¡MOOOREEELIAAA! ¡MOOOREEELIAAA! el auto de la policía dobla en una esquina cercana Yayo llama y llora y grita y llora ¡MOOOREEELIAAA! ¡MOOOREEELIAAA! Yayo llora y grita y llama y desfallece ¡MOOOREEELIAA! ¡MOOOREEELIAAA! su corazón su Ser y su Alma SU VIDA despedazadas ¡MOOREEELIAAA! ¡MOOREELIAAAAA! la radiopatrulla se acerca llama y llora la policía se acerca siempre la policía se acerca y los vecinos se asoman siempre los vecinos se asoman y comentan y toda la cuadra está afuera de sus casas mirando hacia la casa de Morelia en donde se ve a un tipo de rodillas apoyándose con sus manos sobre el piso, la cabeza gacha y su Alma gritando y gimiendo mientras aquella, SU Alma, se apaga...

¡MOOOREEELIAAAAAAAAAAAAA! ¡MOOOREEELIAAAAAAAAAAAAA!

La radiopatrulla se acerca al sospechoso que causa el escándalo, procederemos; no se ve mayor problema... conforme... no, no, solamente es un sujeto... correcto. Nos acercamos al domicilio... tres cuadas... Sí, recibido: gas pimienta o electroshock...

Llorando una nueva muerte en su puta vida, Yayo, finalmente, se marcha.



Luego de aquel episodio Morelia no le contestó más el teléfono a Yayo, y cada vez que Yayo va a su casa -va todos los días-, pasa lo mismo: “¡ándate o llamo a los carabineros!”. Y cada vez que Yayo mira escondido tras el poste de aquella esquina, ve el mismo automóvil de lujo aparecer y estacionarse afuera de la casa de Morelia y ve a Morelia bajar del auto tomando de la mano al tipo extremadamente bien vestido, y ella lo abraza o él la abraza y riendo, entran a la casa.

Muchas veces, escondido tras el poste a punto de vomitar su corazón, les ha visto besándose durante interminables y aterradores y tristes minutos; luego, el tipo extremadamente bien vestido rodea la cintura de Morelia, se miran y se sonríen y conversan y ella le toma la cara y le dice algo al oído, y ambos ríen mientras él acaricia la cintura de ella y ella acaricia el terso rostro pulcramente afeitado de él y cruza sus brazos por el cuello del tipo extremadamente elegante y otra vez, larga y apasionadamente, se besan antes de entrar a la casa...

Yayo ve todo esto armado con un gigantesco cuchillo de carnicero oculto entre sus ropas: les insultará antes de matarlos, y se matará después... pero vomitará su corazón antes de matarse, instantes luego de haber destrozado sus cuerpos a puñaladas.

Desde la primera vez que Yayo vio el auto de lujo y a Morelia bajar de él y tomar de la mano al tipo extremadamente elegante, han pasado dos semanas. Una tarde, Yayo se decidió: lleno de fármacos y alcohol y tabaco e ira y angustia y amargura y tristeza y culpa e impotencia, durante dos horas, Yayo esperó en aquella maldita esquina. Durante malditas dos horas, armado con su enorme cuchillo de carnicero, Yayo esperó al maldito auto de lujo.

Finalmente, el automóvil apareció y como siempre Morelia y el tipo se bajaron del vehículo y se tomaron de la mano. Yayo ve cómo el tipo extremadamente bien vestido ciñe a Morelia por la cintura. Corre hasta ellos mientras les mira basarse tiernamente. Tan compenetradas están que no escuchan los asesinos pasos de Yayo. Yayo agarra bruscamente a Morelia de un brazo, separándoles.

— ¡¿QUÉ MIERDA ESTÁ SUCEDIENDO?! -grita Yayo llorando-.

— ¡Suéltame, suéltame!

— ¡¿Quién, quién es este weón?! -pregunta llorando Yayo sin soltar su brazo-.

— ¡Déjala tranquila! ¡Voy a llamar a los carabineros! -sale gritando la madre-.

El tipo de ropas extremadamente elegantes y exquisito y masculino perfume no se entromete: sin decir nada, abre la puerta de la reja y se pierde en el interior de la casa.

- ¡MORELIA, QUÉ MIERDA ESTÁ PASANDO! -grita desesperado Yayo-.
- ¡SUÉLTALA, VOY A LLAMAR A LOS CARABINEROS! -grita la madre-.
- ¡LLÁMELOS, SEÑORA! ¡YO NECESITO SABER QUÉ SUCEDE! ¡HACE TIEMPO QUE NO ME DEJAN VER A MI HIJO! -dice Yayo llorando-.
- ¡TE VOY A DENUNCIAR POR VIOLACIÓN SI NO TE VAS AHORA MISMO! -grita furiosa la señora Amelia-.

Los vecinos ven que Yayo se queda como paralizado, y luego le ven alejarse lentamente, ensimismado y cabizbajo: en el momento en el cual Yayo y Morelia se amaban tanto y eran tan felices que decidieron tener un bebé, Morelia tenía tan sólo diecisiete años... La vieja conchesumadre tenía casi la razón, pero en estricto rigor Yayo no había violado a Morelia, porque ella era menor de 18 años pero mayor de 12 ó 13 años -según la interpretación legal- y además no hubo violencia física ni psicológica, entonces, el delito de Yayo no fue “violación” sino **estupro**, pero a las finales da la misma weá porque al tipo lo habrían encanao igual y se lo habrían reculiao en la cárcel.

Yayo regresó al sicólogo, al neurólogo y al siquiatra: el ético discípulo de Freud le ordenó aumentar al doble la dosis de medicamentos; entretanto, el padre de Yayo ha mejorado: sale a dar pequeños paseos por el barrio y todos se admiran de su milagrosa recuperación.

Un sábado por la tarde, satisfecho y orgulloso de su resciliencia, el padre de Yayo se sentó en el lugar que siempre ha ocupado en la cabecera de la mesa del comedor; de la mesa tomó una cajetilla de cigarros, una caja de fósforos y el cenicero redondo y blanco, recuerdo de un antiguo viaje a Chiloé, "*Recuerdo de Chiloé*", tenía escrito en negras letras el blanco cenicero.

Sacó un cigarrillo, lo observó entre sus dedos un par de segundos, lo olfateó con agrado, y lo encendió. Aspiró con infinito deleite la primera fumada luego de tanto tiempo de abstinencia -un placer casi orgásmico- y pensó en lo maravilloso que había sido, que está siendo el hecho de vencer a *su* cáncer. Mientras mira aquellas exquisitas volutas de humo y medita sobre su cercana victoria, comienza a sentir que podría comprender el porqué del suicido de su amado hijo menor, Felipe.

Otra deliciosa fumada arremolina el humo a su alrededor. Lo observa y mira la ceniza humeante en la punta del cigarrillo; piensa entonces en qué se equivocó, él, como padre, para que Felipe se suicidara; con resignada tristeza, piensa en qué pudo haber hecho mal...

Aspira el humo que tanto ha extrañado y mientras lo hace, imagina también la manera en la cual su hijo Pepe podría superar su alcoholismo, “si a las finales el mi hijo tiene que asumir su responsabilidad, las relaciones de pareja son de dos y la Fabiola, yo soy testigo, lo intentó, se esforzó hasta el final por salvar el matrimonio...”, piensa el papá de Yayo.

Da otra fumada... otra rica, exquisita fumada... la ceniza se acumula en el cigarro y la bota en el cenicero dando tres pequeños golpecitos en su borde.

“Pepe debería reconocer que su testarudez influyó en que Fabiola dejara de amarlo... ése siempre ha sido el problema de mi hijo, cree que no se equivoca y que siempre tiene la razón, y no se da cuenta que destruyó su matrimonio y que por eso está yéndose al hoyo...

Exhala el humo.

— Putas, y el Yayito... -se dice-.

“Las espirales de humo a mi alrededor se ven bien bonitas... Putas, el Yayo era fiestero y mujeriego pero desde que la conoció, cambió, y cambió del cielo a la tierra...” -dice el padre de Yayo mientras da otra fumada, y bota el humo haciéndolo argollas y a medida que éstas van saliendo perfectas de su boca, durante un pequeño instante, sonríe con una enorme, enorme paz... pero la paz se termina cuando se escucha que alguien balbucea idioteces ininteligibles... es Pepe, quien camina pesadamente en su habitación-.

Se escucha cómo Pepe se sienta en la cama hablando imbecilidades que el padre de Yayo se obliga a no oír. Da otra fumada y mantiene el aire en sus pulmones, mientras se dice en voz baja: “Yayo no ha actuado mal, lo conozco y yo sé que ha querido hacer las cosas bien... Yayo era muy pololo, siempre andaba *pinchando* con chiquillas... sí, está bien, abortó una vez y la chiquilla era bien bonita pero él no quería ser padre y la niña no quería ser madre, pero de Morelia se enamoró y con ella sí quiso ser papá... mi hijo la ama pero ella ya no lo quiere...”

El padre de Yayo mira el cigarrillo: ya va en la mitad. La ceniza se acumula y la bota en el cenicero con sus típicos tres golpecitos en el borde. Pasan los segundos y el padre de Yayo mira en silencio hacia la ventana, mirando al limonero cargado de limones... “hace 32 años”, se dice, y sonríe dando otra rica fumadita, y bota el humo...

Y otra fumada; y bota el humo; Pepe sale de su habitación y pasa detrás de él: “¿Pepe, para dónde va, mijito?”, le pregunta.

— Pa... para el ba, voy par... baño, baño... para el baño voy... papá...

— Ah, ya...

Otra profunda y deliciosa fumada, y sigue hablando para sí:

“Cómo lograr que Morelia vuelva a amar a Yayo... ¡Pero por la chucha, tampoco me puedo poner a solucionarles la vida!... está bien, soy su papá pero si no son capaces de resolver sus problemas, eso quiere decir que yo... que yo no... que no he sido un buen padre con ninguno de los tres... no fui buen padre de mi Felipito...”.

Bota tristemente el humo y dice en voz alta:

“¡¡Quizá Yayo no ha tomado consciencia de lo que significa la paternidad, no hay nada más importante que los hijos, y Yayo debe perder el miedo de luchar por su hijo!!”, dice mientras aplasta con rabia la colilla en el cenicero, gritando rojo de ira:

— ¡PUTA EL CULIAO WEÓN! ¡TENIENDO MIL MINAS PARA HACERLA SE METE CON UNA CABRA CHICA! ¡NO ENTIENDO CÓMO RECHUCHA MI HIJ

La cabeza del padre de Yayo rebota en la cubierta de vidrio de la mesa, aquella mesa en la cual se ha sentado durante 67 años a desayunar, almorzar, tomar la once y cenar junto a su familia. La mano que aplasta la colilla hace caer el cenicero y éste cae llevando consigo esa única y final colilla. La caja de fósforos queda en el borde de la mesa, pero no cae.

El último pensamiento que tuvo el padre de Yayo en su vida, el último antes de que su consciencia se apagase junto con la colilla humeante en la cual ya no resplandece la braza del tabaco, el último pensamiento de su existencia, fue para su hijo Yayo: lo llevaron de urgencia al hospital y allí, dos días después y sin haber recuperado la consciencia, el padre de Yayo murió.



Durante el velorio, Morelia y Yayo salen de la casa y caminan hasta una calle cercana; caminan en silencio, pero Yayo va llorando. Se detienen bajo la sombra de un gran álamo.

— ¿Por qué, Morelia? -le dice Yayo tremendamente abatido, con la voz traposa y la mirada perdida, y con los labios blancos a causa de los fármacos. Sus párpados están hinchados y sus ojos rojos de tanto llorar- ¿Por, por qué me haces... esto? ¿He sido una mala, pareja... o, o... un mal padre, acaso?

— No, Yayito, no es eso... pucha, sé que mi mamá actuó mal... yo, yo te ofrez

— ¿No te... das cuenta de... no comprendes que... que te amo?

— Pucha... Yayito...

— Sabes... sabes que yo tenía una vida de carretes... y tomateras, de salir todas las... las semanas... con minas diferentes... dejaba las pegas botadas por vasilar, y tod, todo siempre... en buena onda... pero... Morelia... pero desde que te conocí, me di cuenta que todo, me di cuenta que todo lo que buscaba, eras tú... Siempre... yo, Morelia... yo siempre te... te he demostrado cariño, respeto y preocupación...

— Sí, sí... lo sé...

— ¿Entonces? ¿Por, por qué... por qué me, me haces... esto?

— Pucha Yayito, yo... lo siento mucho...

— ¿Y... quién es, ese weón ddd, del auto? ¿Es tu, tu nuev... pololo, acaso?

— No...

— ¡ME HAS DEJADO BOTADO POR ANDAR CON ÉL! ¿O me vas a... Morelia... me, me vas a, decir que es... un, amigo...?

— Pucha, Yayito...

— Y, y mi hijo, Morelia... Felipito... a... a Felipito no lo he visto, no me han dejado verlo... hace semanas que no veo a... Felipito... Morelia...

— Sí, sí... lo sé...

— Es, es mi hijo, es nuestro hijo... y se supone que éramos... som... somos una, una familia... Morelia...

Yayo no ha dejado de llorar... Morelia comienza a llorar y le dice:

— Yayo, es que mi mamá... mi mamá quiere que nos separemos y que no veas más a Felipito...

Yayo no había dejado de llorar... pero sabes, ahora que lo pienso bien en verdad Yayo no llora: las lágrimas caen a chorros desde sus ojos pero él parece ajeno a ello, su mirada está perdida en un horizonte que termina a un centímetro de sus párpados llenos de medicamentos y que luchan por no cerrarse para siempre, como los de su padre y de su hermano... sus gestos lerdos... Yayo ya ni siquiera solloza.

Tan agotado está, tan casi muerto, que el llanto ya no lo desahoga.

— ¡Pero Morelia, es mi hijo! ¡Es mi hijo, por la rechucha! ¡ES MI HIJO!

— ¡Mi mamá quiere que me case con Eduardo Ignacio! -le dice Morelia llorando, cubriéndose la cara con sus manos-.

El maltrecho corazón de Yayo se detiene una milésima de segundo y su sangre deja de circular: durante esta milésima de segundo, todo su cuerpo se hiel a con el hielo de esa puta y malditamente cercana muerte.

— Pero... que, que me dices... no te entiendo, Morelia... yo, yo no te entiendo...

Y de verdad que Yayo no la entiende, es como si Morelia le hablara en otro idioma y por eso **no** escribí las recientes palabras de Yayo entre signos de exclamación o de interrogación, ni tildé los dos “que”, pues de verdad Yayo no la comprende:

— Es, es eso, Yayito -le dice llorando Morelia-... es eso que te dije... que mi mamá quiere que me case con él...

— ¿Con... con ese... weón del auto? -pregunta Yayo con vidriosa mirada-.

— Sí... con él. Tiene mucha plata -dice sollozando Morelia y se tapa la cara con ambas manos a causa de la vergüenza-.

— A ver... ¿te... te vas a casar con el weón ése del auto? ¿Eso, eso, es lo que me estás diciendo, Morelia?...

—Mi mamá quiere eso -dice Morelia llorando amargamente y con las manos cubriéndole el rostro-.

Yayo comprende al fin lo que Morelia le está diciendo, lo que le ha dicho desde hace rato:

—¡¡¡PERO, PERO QUÉ CONCHESUMADRE ESTÁS DICIENDO, MORELIA!!!

Morelia llora y se apoya en el pecho de Yayo quien, luego de ignorarla unos instantes, dos o cinco segundos, la abraza.

— Pero... ¿es que ya tú... tú no me quieres, Morelia?

— No, Yayito, pucha, no es eso...

— ¿Qué es, entonces, Morelia? -ruega llorando Yayo, quien todavía no se da cuenta que todo lo que está ocurriendo es real: a causa de todo este infierno en el cual yo no tengo nada que ver -te cuento lo que en verdad pasa, olvídate de los jueguitos mentales y eso de que yo soy Dios y la teoría culiá rancia del Narrador-Autor y toda esa basura-, a raíz de tantas calamidades, mi compadre Yayo no entiende todavía que todo lo que le dice Morelia, es real-.

— Yayito, yo, yo tengo que irme...

— ¡Pero...! ¡Morelia...!

— MI MAMÁ DIJO QUE SI VOLVÍA CONTIGO, QUE SI TE VEÍA OTRA VEZ  
¡¡MI MAMÁ DIJO QUE SI ELLA NOS VE JUNTOS, TE VA A METER A LA  
CARCEL POR VIOLACIÓN!!!

— ¡PERO, MORELIA! ¡¿Y NUESTRO AMOR?! ¡¿Y NUESTROS  
PROYECTOS?!

— Yayito, pucha, me tengo que ir...

— ¡MORELIA! ¡NECESITO VER A MI HIJO! ¡POR LA CONCHESUMADRE!  
¡ES MI HIJO!

El maldito automóvil de lujo se detiene a escasos metros de donde Morelia destruye los pedacitos de Alma que aún le quedaban a Yayo...

— Yayito, te llamaré en la semana... perdóname por fav

— ¡MORELIA, SUBE INMEDIATAMENTE! -grita la madre asomándose por la ventana del auto de lujo-.

Morelia, sollozando, se sube al Mercedes.

El vehículo se aleja y Yayo, apoyado en el enorme álamo que fue testigo de tanta desdicha, se queda largo rato llorando. Llorando. Llorando. Llorando...

Pero ahora sí, Yayo llora de verdad.

Yayo llamó a Morelia durante varios días, y siempre le contestaba el buzón de voz. La siguió llamando y llamando y llamando, pero dejó de llamarla cuando comprendió que Morelia había cambiado de número.\*

(Hace rato que Morelia lo tenía bloqueado de todas las RRSS y de watsap)

Dos semanas después del velorio del padre de Yayo, mientras Yayo -con los ojos hinchados de tanto llorar, borracho además- regresaba de comprar el pan en un almacén de la pobla (“la pobla”= población, villa o villorrio), comenzó una tremenda balacera:

— Escuché los disparos y vi cómo la gente corría a protegerse detrás de los autos y los postes; al lado mío una niñita escapaba caminando en cuatro patas, así como araña. Levanté la cabeza para ver dónde podía refugiarme y sentí un enorme golpe en este lado de la cara -me contó Yayo un par de días luego de la balacera-.

Un perdigón le había reventado el ojo derecho.

\* *¿Cachay a Cirilo Camasho?*, editorial El Desquicio [www.eldesquicio.cl](http://www.eldesquicio.cl)

Un viernes, dos semanas luego de la balacera, sonó el celular de Yayo. Era Morelia: “Tenemos que hablar”, le dijo. Se juntaron al día siguiente; Morelia venía con Felipito:

— Eduardo Ignacio y mi mamá... ya... ya pusieron fecha para la boda. Será dentro de dos semanas... quizá, con el tiempo, mi mamá permita que vuelvas a ver a Felipito; por favor, Yayito, perdóname... y no me busques más. Yo... vine a despedirme. Siempre te amaré...



Todo eso le diría Morelia aquella tarde pero cuando vio a Yayo con un parche en el ojo, y luego que Yayo le contara sobre la balacera y cuando Yayo se levantó el parche y Morelia pudo ver que un ojo de vidrio resplandecía pálidamente en su cara, una enorme lástima hizo que los sentimientos que por Yayo había tenido y que estaban ya casi muertos, resucitaran.

— ¡Pobrecito, mi amor! ¡Pobrecito! -exclamó sollozando al tiempo que lo abrazaba-.

Morelia llamó a la señora Amelia y le dijo que Yayo estaba terriblemente enfermo, y que se quedaría con él pues pensaba que pronto moriría. Pasaron la noche juntos, pero Morelia durmió en la habitación de los huéspedes... y Felipito, al fin, durmió con su padre pero el padre no durmió por contemplar cómo su hijo, al fin, dormía abrazado a él.

Al día siguiente, Morelia llamó a Eduardo Ignacio y le dijo que necesitaba un tiempo antes de la boda, pues quería acompañar a Yayo en su lecho de muerte.

Morelia, Yayo y Felipito estuvieron todo aquel día juntas, y la noche la pasaron también juntos pero esta vez, en la misma cama. Al día siguiente, Morelia y Felipito se marcharon. A los tres días, Morelia y su hijo volvieron a juntarse con Yayo.

Pero a veces todo se termina sabiendo, y días después la madre de Morelia se enteró que Yayo no estaba enfermo: esta misma noche, le da el ultimátum a su hija: o deja de ver definitivamente a Yayo o lo denunciará por violación (estupro), como tantas veces lo ha intimidado pero ahora Morelia tiene la absoluta seguridad que la señora Amelia cumplirá su amenaza: está tan cerca el matrimonio que la señora Amelia no perderá por nada del mundo la posibilidad de emparentarse con todo el dinero de Eduardo Ignacio.

Morelia llora en la cocina, sentada frente a la mesa de la cocina, y llora con la cara escondida entre sus brazos flectados sobre la mesa. La madre se encuentra de pie junto a ella, con las manos en la cintura y en actitud desafiante. Felipito duerme en la habitación de Morelia y Eduardo Ignacio espera en el living a que Morelia acate lo que la señora Amelia le está ordenando.

Eran las 22:49 de la noche cuando los vecinos escucharon un tremendo grito:

— ¡YA ESTOY HARTA DE TODA ESTA FARSA! ¡NO LOS AGUANTO MÁS!

En un arrebató de rebelde liberación, Morelia dejó de hacer todo lo que su madre le venía ordenando hacer en los 18 años de sumisión que había significado su existencia.

En aquel antiautoritario furor, Morelia se dejó llevar por sus REALES sentimientos, y se emancipó: mandó al demonio a Eduardo Ignacio mientras corría hacia su habitación; envolvió a Felipito con la frazada que lo cubría y se dirigió resuelta hacia la puerta de la calle con Felipito en brazos pero la madre intentó afirmarla para que no huyera y entonces la hija, de un tremendo empujón, la arrojó al piso y salió y abrió la puerta de la reja que estaba sin candado, y comenzó a correr con su hijo en sus brazos.

Eran las 22:51 cuando las vecinas vieron cómo Morelia, cargando a Felipito y llorando de alegría, se perdía en la noche, corriendo feliz hacía la casa de Yayo.

Muchos años pasarían y Yayo jamás, jamás pero jamás nunca nunca, olvidaría aquella primera noche en la cual por fin y luego de tantas desgracias, comenzó a ser feliz, tan feliz como jamás nunca hubiese imaginado que un ser humano pudiese llegar, algún día, a ser tan feliz.









## **TERCERA PARTE**

### **Desengaño**



# 1

John y Deisy continuaron con sus problemitas en la cama. Una noche, luego de que John regresara del trabajo y cuando estaban cenando y conversando alegremente, Deisy le pidió a John que le alcanzara la sal y mientras John se levantaba de la mesa para ir a buscar el salero, Deisy se puso a llorar desesperadamente.

John vio que Deisy empezaba a convulsionar en la silla, cayó al suelo y botaba espuma por la boca; con una demoniaca y gutural voz, John, horrorizado y fascinado y congelado de terror, escuchó rugir a Deisy:

— ¡¡¡GRRRRRRRRRRRRRRRAAAAAAAAAAAAA!!! ¡¿DE VERDAD CREES QUE DEJARÍA QUE ESO LE SUCEDA A YAYO, A MORELIA Y A FELIPITO Y A LA SEÑORA AMELIA, Y A EDUARDO IGNACIO?!

Luego de rugir eso, Deisy y John se desmayaron.





iii¿WTFK?!!!









Mira: eso de que Morelia se emancipó y bla bla no es más que un truco para que te pierdas un poco en la historia, o en otras palabras, un recurso narrativo. Hice adrede que te entramparas al final del relato de Yayo y por eso, al leer el final de la Segunda Parte, “La mala suerte de Yayo”, quizá tuviste una sensación extraña... o tal vez no.

Bueno, si te fijas, el título de la Segunda Parte, “La mala suerte de Yayo”, (Pág. 140) en verdad no se condice con el final de su historia.

Desde el punto de vista del género narrativo “Realista”, el arranque antiautoritario de Morelia bien podría haber sido parte del relato, pero el párrafo con el cual termina “La mala suerte de Yayo” (Pág. 230) echa a perder todo el texto, porque contradice el título “La mala suerte de Yayo”:

*“Muchos años pasarían y Yayo jamás, jamás pero jamás nunca nunca, olvidaría aquella primera noche en la cual por fin y luego de tantas desgracias, comenzó a ser feliz, tan feliz como jamás nunca hubiese imaginado que un ser humano pudiese llegar, algún día, a serlo”.*

Tomando en cuenta la técnica narrativa, el final de “La mala suerte de Yayo” es un final mal trabajado, ya que es demasiado brusco y da la impresión de haber sido metido a la fuerza. Cuando leas el verdadero final de la Segunda Parte, “La mala suerte de Yayo”, vas a cachar cómo es un “remate” bien logrado y ahí vas a entender mejor esto que te estoy diciendo, amig@.

Y algo similar hice en las páginas 42 a 44, del Prólogo Segundo, porque quize dar la impresión que desde ahí comenzaba la historia pero te engañé un poco.

### *“Pero todo salió mal”*

Si te hubiese dicho “Y todo salió bien”, tendrías frente a ti una narración que relata lo excelente que resultó mi plan, y lo perfecta que es mi vida y una historia así no le putointeresa a nadie.

Esta es la razón de “el morbo”:

Nadie se identifica con un personaje al cual todo le resulta y no tiene problemas ni pasa malos ratos, porque eso NO EXISTE:

Y esto lo puedo comprobar con lo sucedido en la serie de televisión “Two and Alf Men”:

El personaje que interpretaba Charlie Sheen (“Charlie Harper”), era un músico frustrado que ganaba mucha plata componiendo yingles comerciales (pero derrochaba sus ganancias), vivía en una tremenda casa en la playa y pasaba bebiendo y apostando y se comía a cada rato a puras minas filetes y nunca se enamoraba, pero las chicas sí se enamoraban de él; con Charlie vivía el cafiche de su hermano menor Alan, a quien su mujer lo echó de la casa luego de haber obtenido el divorcio. Su ex-mujer le quitaba todo el dinero así que sin plata ni mujer ni casa, fue a la casa de Charlie y estaría allí sólo un par de semanas, pero no se iba nunca y nunca tenía plata. Por eso Charlie parecía odiar a Alan y lo molestaba y humillaba siempre. Charlie Haper era un poco mala persona y además, se llevaba mal con su madre, Evelin.

Casi la mayoría de los hombres que veían la serie NO tenían mucho dinero y NO vivían en la playa y NO tenían una vida relajada y NO salían a cada rato con minas filetes. En ese aspecto, ellos NO se sentían identificados con el personaje, pero SÍ deseaban *ser* como él.

Por lo demás, eso de la relación de amor-odio con los hermanos y mamá o papá, es muy común.

Cuando Charlie Sheen dejó la serie, su personaje fue reemplazado por “Walden Schmidt Torean (Ashton Kutcher)”, quien era todo lo contrario a Charlie Harper: Walden no era un fracasado sino que era un exitoso empresario informático que ya no debía trabajar, NO derrochaba su dinero, NO bebía, NO apostaba, NO salía con chicas a cada rato y cuando salía con alguna SÍ se enamoraba, se llevaba bien con Alan y con Evelin (la madre de Allan y Charlie Harper) y era buena persona y quería a todo el mundo y todo el mundo lo quería.

El resultado: De 30 millones personas que seguían la serie, con el cambio de personajes la audiencia bajó a 15 millones (se fueron todos los hombres machos que veían la serie, y quedaron los gays y las mujeres).

Obviamente que existieron otros factores en la disminución de espectadores, pues en la serie habían más personajes y las interacciones entre ellos también cambiaron, pero es obvio eso del protagonista.

En los hechos, Walden NO tenía problemas, y si bien cualquier hombre quisiera no tener problemas, muy pocos hombres se sintieron identificados con Walden.

En la novela El Desprecio, de Alverto Moravia, el protagonista es Ricardo. Ricardo es dramaturgo y acepta de mala gana un trabajo de guionista para una película. Ricardo está casado con Emilia y ella empieza a aburrirse de su marido y luego a despreciarlo casi explícitamente y luego comienza a engañarlo con el jefe de Ricardo, el productor.

Lo genial del libro es que Ricardo NO SE DA CUENTA QUE SU ESPOSA LO DESPRECIA, y a lo largo de todas las páginas vemos vez tras vez las humillaciones de Emilia, lo obvio y evidentes de sus engaños y es tal el poco sentido común de Ricardo QUE EL PERSONAJE SE HACE ODIOSO POR LO IMBÉCIL QUE ES... Sin embargo, Moravia logra hacer interesante el personaje, y el resultado es una de sus mejores novelitas.

Para que un protagonista sea interesante, debes sentirte identificado o querer ser como él -o ella- en muchos aspectos. De lo contrario, debes sentir repulsa y aberración y jamás querer ser como él -o ella- (¿Quién, en su sano juicio, querría ser como Hannibal Lecter?).

Si no te produce alguno de esos sentimientos, si no lo amas ni lo odias, te será indiferente y dejarás de leer el libro, o de ver la serie o la película.

Bueno, basta de tanta palabrería: ahora, serás tú quien decide:



Lo que leíste sobre Yayo, que luego de tantos llantos y tristezas y amargura e impotencia, Yayo finalmente arregla sus diferencias con Morelia y terminan siendo una pareja feliz for ever and ever, ¿eso quieres que pase? ¿Eso te gustaría?

¿Eliges que se terminen sus desventuras y que Yayo sea feliz, o prefieres meter a Yayo en más problemas o que el tipo, a pesar de todas sus penurias, igual sea un poquito dichoso?

¿Qué escogerás?

Si eliges que Yayo, su mina y su hijo sean felices, aquí termina el relato de Yayo.

Si prefieres meterlo en más problemas, el relato continúa.

¿Quieres seguir conociendo cómo Yayo resuelve -o no resuelve- sus miserias, o te gustaría que el tipo pudiese comenzar a disfrutar de aquello que nosotros los mortales llamamos “felicidad”, “seguridad” o al menos, “tranquilidad”?

¡Ah!, verdad que te gustan los finales felices...

Además, para qué seguir haciendo sufrir a Yayito, ¿sí o no?

Porfa, medita la pregunta unos instantes.







Ya, entonces... ¿Qué escoges? ¿La felicidad de Yayo, o que siga pasándola mal para que quizá también pueda aprender muchísimas cosas?

Aunque siendo feliz, Yayo también puede aprender muchísimas cosas, y las aprendería riendo, no llorando ni lamentándose...



Bueno, en verdad lo que quieras que suceda no tiene la más mínima importancia porque aquí,

A  
Q  
U  
Í

M  
A  
N  
D  
O

Y  
O





Morelia lleva a Felipito a la casa de Yayo algunos días a la semana, toman la once y se encierran en la pieza de Yayo a tener sexo. Diez o quince minutos luego de acabar, Morelia se va a su casa o a la casa de Eduardo Ignacio, y Yayo queda destrozado.

— ¿No... de verdad no entiendo por qué no terminas con él? -pregunta Yayo entre lágrimas, desnudo aún junto a Morelia, tendidas ambos en la cama. “Pucha, Yayito, tú sabes que es difícil mi situación...”, le dice Morelia prendiendo un cigarro-.

—Pero, Morelia, ven a vivir conmigo y olvídate de tu mamá y del otro weón -Yayo le ruega llorando-.

— Sí, sí... lo voy a hacer, voy a terminar mi noviazgo pero dame un tiempo, Yayito, mi vida...

Dame un tiempo, mi amor...

Dame un tiempo, Yayo... dame un tiempo, Yayito... dame un tiempo mi cielo... dame un tiempo, dame un tiempo para terminar con Eduardo Ignacio dame un tiempo Yayo Yayito mi amor... once y sexo, tres días a la semana lunes miércoles viernes once y sexo, dame una semana para terminar con él, once y sexo, dos semanas dame un par de días para terminar con Eduardo Ignacio once y sexo un mes once y sexo dame un tiempo, mi vida, dame un tiempo dame un tiempo once y sexo dos meses dame un tiempo mi cielo quédate conmigo esta noche pucha mi amor no puedo tú sabes Yayito que a mí me encantaría pero no puedo, once y sexo tres meses este fin de semana le contaré todo a Eduardo Ignacio once y sexo pucha no tuve la oportunidad estuvimos en casa de su familia pero mañana sí o sí termino con él once y sexo cuatro meses once y sexo ¡ACASO NO ENTIENDES QUE TE AMO! Sí sí lo sé Yayito once y sexo dame un tiempo sabes que es a ti a quien quiero no lo vi estos días pasado mañana sin falta termino con él once y sexo cinco meses pucha no pude terminar con él porque estaba enfermo y me dio vergüenza mejor en la quincena tú sabes que eres el amor de mi vida Yayito seis meses once y sexo mañana estoy de cumpleaños y quiero pasarlo contigo Morelia pucha Yayito a mí me encantaría pero no puedo los fines de semana once y sexo dame un par de días para prepararlo y darle la noticia de que quiero estar contigo y con Felipito para toda la vida siete meses once y sexo Yayito mi vida hermoso sí o sí terminaré con Eduardo Ignacio once y sexo ocho meses confía en mí ¿para qué te voy a estar mintiendo? nueve meses diez meses once meses ya tengo clarito lo que le diré tú sabes que te amo pero dame unos días más, mi amor...





Y así, mintiéndose a sí mismo en base a las mentiras de Morelia, Yayo ha vivido un año menos de existencia.



Yayo volvió al sicólogo, al neurólogo y al siquiatra: en putos seis minutos (\$74.230 la consulta), el ético y responsable profesional le ordenó aumentar la medicación al triple

Como corolario de tanta ~~mala suerte~~ mierda, Yayo me contó que le habían salido hemorroides.









# **TERCERA PARTE**

## **Desengaño**

(Ahora sí, es de verdad.)



De vez en cuando me juntaba con Deisy y ella me contaba los vasilones que tenía con John, y yo, el muy idiota hijo de la gran ramera prostituta, la escuchaba pensando que prestándole atención a su nueva vida de pololeo, ella se interesaría otra vez en mí:

la tocata en la cual conocimos a John fue un 22 de octubre. Cuando Deisy me dijo que iría a cenar a la casa de *su suegra* con *su pololo*, eso pasó la segunda semana de noviembre. En diciembre, el día doce, John estuvo de cumpleaños, y Deisy me contó que el 12 del 12 ella y John fueron a un pub llamado “El Padrino”, en donde bandas ska tocaban en vivo, “y todos bailábamos así como en cámara lenta, era súper bonito, lo más lindo que he sentido en toda mi vida fue bailar esa vez con John entre tanta gente bonita, ¡Yo me sentía tan feliz!”, me dijo Deisy con una sonrisa de dichosa mirada... y yo el saco wéa quedé pal pico recagao de onda y le cambié de tema preguntándole sobre las cosas que había estado haciendo, y me dijo que todo lo hacía con su Johncito culiao.

Llegó el 31 de diciembre y yo estaba tan mal por la situación que a las seis de la tarde de aquel último día del año, fui a la casa de Yayo para que me convidara algunas de las pastillas que él tomaba.

Durante ese año nos juntamos mucho con Yayo pues “gracias” a la experiencia de amor rancio que vivíamos, empatizábamos nuestros sufrimientos a la perfección. “Voy a meter las *pepas* en una botella de ron y me voy a ir a la conchesumadre”, me dije, pues la única manera de sustraerme a toda la histeria colectiva del año nuevo -y de mi triste realidad- era embotarme la consciencia con alcohol y narcóticos... caleta de amor propio.

Casi al llegar a casa de Yayo me topé con Morelia, quien iba de salida. Nos saludamos a la pasada e invité a mi compadre Yayo a un vino y me dijo que no porque andaba con acidez, pero que me aceptaba una latita de cerveza, “pero una nomás”, me dijo. Fui a la botillería y compré tres cervezas de litro. “¡Pero si te dije que te aceptaba una sola lata!”, me regañó sonriendo tristemente al verme regresar. “Sírrete un vaso y ahí tendrás tu lata -le dije mientras destapaba una botella-. Lo demás, me lo tomo yo solo”, concluí falsamente entretenido. Pasaban las cervezas y los cigarros; siempre Yayo fuma compulsivamente.

“No tengo ganas de celebrar ni una *weá*”, dijo Yayo mientras encendía un cigarro; estábamos hablando intrascendencias cuando se puso un tanto lúgubre el asunto: Yayo y su atao con el no-amor de Morelia y lo de no poder estar cerca de su hijo y lo del suicidio de Felipe y el alcoholismo de Pepe y la muerte de su papá y lo del ojo de vidrio, y las hemorroides... o sea, ese *weón* sí que tenía problemas... más encima ayer el *culiao* quedó sin pega: lo llamaron del trabajo y le dijeron que su contrato había terminado y que no se lo renovarían... “Año de mierda” dice Yayo, y bota silenciosamente el humo del cigarro.

Doy un sorbo a mi vaso con cerveza.

En verdad, estuvimos en silencio durante gran parte de la junta; no había muchas ganas de conversar, más aún teniendo en cuenta la histeria colectiva del año nuevo. Tampoco había escapatoria, ni un puto lugar al cual dirigirse a esa hora del día: atrapados en Santiago nos subyugaba la expectativa de toda la gente, sus espíritus festivos y las músicas y la felicidad y los petardos... y uno pal pico wn. La weá injusta.

Lo mismo que nos venía pasando desde hacía meses, nos ocurría ahora... ¿qué de nuevo podría contarme Yayo de su relación con Morelia, o con su difunto padre o queridos hermanos... o con Felipito? ¿Y qué avance en mi vida tenía yo para compartirle?

Resignación, de eso se trataba, silencio y resignación, y cigarros y alcohol pero por sobre todo silencio.

“Año de mierda”, había dicho Yayo. “Sí weón... la cagó”, comento yo rato después.

—No tengo ganas de celebrar ni una weá -repitió Yayo-.

“Yo tampoco”, dije.

Acabamos las cervezas y fui a la botillería por dos más. Al regresar, Yayo había sacado una botella de pisco: me fui de su casa ultra borracho y pasé a la botillería a comprar una caja de vino. Mientras esperaba a que me atendieran, *le eché un ojo a las pastillas que me dio Yayo: 2 verdes, 1 blanca y 2 naranjas*

(—¿Y estas para qué sirven? -le pregunté a Yayo cuando me las pasó-.

—No sé muy bien, me explicaron pero no entendí mucho... yo me las tomo nomás -me respondió Yayo-.)



Miré las pastillas unos instantes, imaginé qué podrían contener y las olí y entonces me pasaron la caja de vino pero antes de recibirla, me metí las pastillas a la boca y me las tragué.

Sentado en un paradero de *micro*, abrí el vino tinto y encendí un cigarro (de tanto juntarme con Yayo me puse bueno para fumar). Luego di unos sorbos al vino y al rato prendí otro cigarro, y otro, y me tomaba el vino y pensaba en Deisy -no, no pensaba, “maquineaba”- y tomaba vino y fumaba y fumaba y bebía y maquineaba...

Y mientras fumaba cigarro tras cigarro sentado solo en aquel paradero de micro y bebía esperando que las putas pastillas me hicieran efecto, yo me decía todo curao: “¿no estarán vencidas estas cagás? En todo caso, me las tomé hace poco...”, y mientras me decía eso di un enorme sorbo al vino tinto y vi a la distancia HORRORIZADO que John pasaría frente a mí en **la bicicleta** (ya sabrás por qué escribo **la bicicleta**, en negrita y con cursivas y subrayado: **la bicicleta**).

Estupefacto y con la boca abierta veo que John se acerca pedaleando por la calle pero hace como que no me ve y mira para otro lado cuando pasa frente a mí, y le contemplo alejarse.

El tipo no me vio o si me vio no me reconoció, pero yo cacho que sí me vio y me reconoció pero se hizo el weón y prefirió seguir pedaleando. Algunos metros más allá, sin embargo, aminoró la velocidad, dio media vuelta y regresó.

(En realidad yo no le tenía mala a John, ni él a mí -yo supongo que no me tenía mala-; las circunstancias coincidieron y comenzamos como amigos pero terminamos en lo que terminamos: rivales de un amor que yo ya había perdido. El tercero era yo pero aún sabiendo e incluso asumiéndolo, me era imposible actuar de otra manera, muy weón yo.)

Se devolvió John y sonriendo dijo que no me había reconocido, “no te reconocí”, me dijo; conversamos un rato intrascendencias sobre la histeria colectiva del año nuevo, y sobre la deliciosa y familiar cena que en casa de Deisy le aguardaba...

A pesar de los celos y el apego y todo eso, John y yo intentamos afrontar la situación lo más maduramente posible, pero no lo lográbamos.

John me habló sobre su vida y habló sobre la mía y esperaba que yo le hablara sobre mi vida y que opinara sobre la suya, pero no lo hice, evadí todo el rato sus temáticas: yo respondía generalidades difusas y ebrias y él me escuchaba con atención y me miraba con lástima, pero con esa falsa lástima que no es acogedora sino despectiva (aunque ni la falsa ni la verdadera lástima sirven de nada, es LA COMPASIÓN lo que vale).

Mientras escuchaba atento a John, empecé a chorrearme de vino cada vez que bebía pues las pepas me habían comenzado a hacer efecto, y cuando le decía algo a John yo hablaba muy traposamente.

John me decía que no tomara tanto, que el trago no arreglaría mis problemas, tú tienes mucho potencial y a pesar de que la vida es injusta no deberías autodestruirte de esta manera, Cirilo, bueno, es así como me banco esas injusticias de las cuales hablas, John...

- Está bien evadirse a veces -me dijo John- pero hay que afrontar las cosas...
- Sí poh... tam, también pienso que ¡hik! que hay que da,rle pa' delante nomás...
- Claro, esa es la actitud, Gago... la vida no es como quisiéramos, a veces...
- Pero prati es fraci, es refácil así, porque... bueno, porque tú sabí por ¡hik! el porqué...
- ¿Crees que para mí la vida es fácil, Gago? ¿Qué no me esfuerzo?
- Yo... no, no he dicho es... eso, John... me refiero a lo de ¡hik!, la, la Deisy...
- ¿Qué pasa con Deisy?...
- ¡Yiiiaaa! ¿Pa' qué 'taay hacienddo el weón? ¿No cacha a qué me refriero?
- No poh, no entiendo de qué estás hablando, Cirilo...
- ¡Hik! ¡Haaaa! Si tay cagao de la risa... “¡Ay! voy pa' la cas... a la casa de mi pololit...¡hik! de mi pol... polola... por eso te... por eso lo digo a usted...
- ¿Cómo dices, Gago? Anda a acostarte mejor, estás muy borracho...
- Y soy muy feliz y voy a la casa de mi mina a estar... estaré con ella y a dormir voy a ¡hik! a dormir abrazado amm,mí...Deisy”...
- ...
- Por la rechuch ¡hik!... con, conchesumadre...
- Feos conchesumares... ¡Qué se creen los culiáos! ¡Sí poh! “¡John y Deisy se aman!”... ¡hik!
- Puro te imagina, ai, los estay mirando felices al... al John “¡Ay sí!”, “So, soy la Deisy y John!”... feos conchas de ¡hik! madre... ¡qué ser! ¡Qué se creen...
- ¡Hik! voy, voy a sacarle la chu... la rechucha al culiáo y ¡hik! le voy pegar a a la otra maraca igual... les voy a sacar la¡hik!, la rechucha...

Quién sabe hacía cuánto rato yo hablaba solo.

Sintiendo que despertaba de una especie de confuso sueño, le pregunté la hora a una pareja que pasaba junto a mí, conversando y riendo tomada de la mano; no me entendieron y les volví a preguntar pero siguieron sin entender lo que yo intentaba decirles así que torpemente señalé mi muñeca, y entonces comprendieron: eran más de las doce de la noche y ya habían pasado los abrazos y todo el show del año nuevo: cuatro y media de la madrugada.

Me puse de pie para irme a casa y lo último que recuerdo es muchas risas cercanas y risas lejanas y músicas lejanas y cercanas, mientras el pavimento de la vereda venía directo hacia mi cara.

Desperté al atardecer, tirado en la vereda a metros del mismo paradero, vomitado y con el lado derecho del rostro hecho mierda, todo rasmillado y con un ojo morado y la barbilla, por ese costado, con sangre seca.

(Pero yo no entendía por qué la wna no me pescaba, ¡Ja ja ja!)

El carrete en el cuál Nicolás me relató la frustración sexual de Deisy, había sido los primeros días de enero. Todo enero y todo febrero lo pasé encerrado en la casa llorando, tomando y fumando cigarro tras cigarro y escribiéndole a Deisy a diario cartas de amor casi todo el día -y digo “casi todo el día” y no “todo el día” porque debía repartir cartas aunque fuese una hora para comprar los cigarros y el trago y a veces para comprar también droga, y poner algo de plata en la casa de mi madre-.

A medida que pasaron los meses, obviamente Deisy fue conociendo la personalidad de John y por eso empezó a “dudar” del futuro de su nueva relación. Yo seguía arrastrándome por ella y como Deisy ya no estaba tan segura de su pareja como al principio, no pasaba ahora todo el día todos los días con su pololo, pues volvimos a acercarnos y las propuestas que durante cuatro meses rechazó, las comenzó a aceptar: salidas al cine, a comer, a carretiar, a pasear...

Te he contado lo que sucedió desde la tocata ésa en octubre, y lo de noviembre y lo de diciembre y de enero y febrero pero en marzo... wn, en marzo, ahí sí que empezó el verdadero show.







# Advertencia

*Es la cobardía innata del escritor la que le permite cometer los más atroces crímenes, pero a través de sus imaginarios personajes.*

**Anthony Burgess**

En el capítulo siguiente relato una parte de la historia que, quizá, te resulte un poco chocante; escribí arriba “advertencia” precisamente para evitar que dejes de leer Segunda Novela, y el Capítulo 3 podría darte la impresión de que el resto del libro trata de lo mismo, y en iguales términos, pero no es así.

Por eso, si te asquean las narraciones reales y crudas (crudas porque son reales y te las cuento tal y como sucedieron; por ejemplo, el relato de una pelea, de un asesinato, de una estafa, de una discusión o de un suicidio, o la violación de un hombre por otro hombre... o del siguiente ultraje del violador que te acabo de mencionar: dos días después de haberle desgarrado el recto a un anciano inválido al cual atacó mientras éste volvía de comprar el pan en su silla de ruedas, una oscura tarde de finales de junio, el desquiciado vio caminando por un sitio eriazo a una mujer con seis meses de embarazo, llevando de la mano a su pequeña hijita de cuatro años. El agresor agarra a la mujer por el cuello, la tira al suelo y la golpea brutalmente. Luego, viola a la mujer en frente de la pequeñita mientras la chiquitita no para de llorar y gritar, y es tanto el estrés sufrido por la tipa, es tanto el miedo y es tanto el dolor y tanta la impotencia y el trauma, que la mujer aborta en medio del ultraje...



... y después del aborto en medio de la violación, el violador tiene el cordón umbilical del feto enrollado en el falo y al feto mismo colgando de su verga y el feto golpea vez tras vez los muslos de la mujer mientras el criminal la sodomiza y ella está inconsciente... y luego de violar a la mujer, viola a la pequeña, quien muere de asfixia por tener su garganta obstruida...







Ya.

No es así de enfermo lo que sigue, y que haya escrito lo que recién leíste no significa que lo haya vivido ni que desee que eso suceda ni vivirlo o presenciarlo; y si piensas que soy el violador descrito -o que lo soy en potencia- tendrías que concluir que Ágata Christie fue una asesina...

... o una eventual asesina...

... o un sicópata que se deleitaba imaginando y recreando asesinatos, como Alfred Hitchcock...

Es una mierda que sucedan esas cosas, asesinatos, violaciones, estafas, traiciones, engaños... pero lamentablemente ocurren, y si te di esos ejemplos fue sólo para jugar contigo ya que me causa placer el meterte en mi Universo narrativo mientras te saco ronchas...), mejor, haz caso de la advertencia.





Si lo que leíste sobre los ultrajes te dio asco o te causó cualquier tipo de repulsa, te suplico pases desde acá directo al Capítulo 4, que está en la Pág. 408



A partir de marzo, Deisy estuvo conmigo que sí que no que parece que otra vez me quería pero que también quería a John porque yo era así y él asá y que sí y que no y que parece que ya no quería al otro pero que tampoco me quería a mí y bla bla bla pero ella lo pasaba rebien ya que se estaba culiendo a su pololo y también me andaba follando a mí, porque Deisy y yo, nos habíamos convertido en amantes.

Durante los cinco años que estuvimos “pololeando”, y a pesar de que Deisy tomaba sagradamente anticonceptivos y yo usaba preservativos, igual le hice una guagua, la cual estuvimos de acuerdo en abortar a los 2 meses. John no usaba condones ya que Deisy le había dicho que se cuidaba con pastillas, así que John siempre eyaculaba dentro de ella.

En aquel carrete de la página 121, Nico me confesó que Deisy quería *chantarle un guaguazo* a John para asegurárselo porque John tenía buena pega y vivía solo, y porque la quería y la respetaba y no andaba mirando a otras minas y porque tocaba la guitarra y cantaba y era culto y simpático y generoso y Gaby y Dago lo amaban, así que era mentira que Deisy estaba tomando anticonceptivos pues, como te dije, deseaba quedar embarazada de John y por eso ella no se cuidaba; John no utilizaba condones y como también te dije, él siempre eyaculaba en el interior de Deisy pero Deisy nunca tenía atrasos.

(¡Deisy quería quedar preñada A LOS VEINTIÚN AÑOS, de un wn con el que no llevaba ni siquiera UN AÑO pololiando! Y yo estaba enamorado de una mina con esas aspiraciones wn... ¡¡¡Y má’ encima *metiendo la caeza al wate* porque mi semen ultrapotente parecía ser inmune a los preservativos y a las pastillas y yo me andaba culiando a la wna otra vez!!!)

Muchas veces Deisy le dijo a John que se iría a quedar a la casa de Nicolás, cuando en realidad se quedaba conmigo (a esas alturas mis padres, al haberme visto tan mal por ella, al comprender al igual que yo y que todo el mundo que mi “amor” *era sincero*, se pusieron de mi parte y la trataban bien y la invitaban a almorzar y a veces a cenar y hacían la vista gorda cuando ella se quedaba conmigo). Esas noches, Deisy me decía que le encantaba mi semen porque era tan fuerte, y que le gustaría que el de John fuese tan potente como el mío.

Eso me ultracalentaba pues me hacía sentir poderoso y ella lo sabía y se excitaba enormemente al ponerme tan recaliente: cegado por el deseo, poseía a Deisy con ira y violencia. De amor, cero: “yo soy tu macho de verdad, puta culiá”, le decía al penetrarla mirándola directo a los ojos cuando la tenía debajo de mi cuerpo con las piernas separadas, apretando sus tobillos con mis manos y presionando con mis pulgares la planta de sus pies.

“¡ERES, ERES UN MACHO DE VERDAD!”, gritaba Deisy al ser destrozada por mi verga furiosa y vengativa.

— Yo soy tu hombre, así te tiene que dar un hombre de verdad, un hombre completo -le decía susurrante al oído mientras la hacía acabar vez tras vez-...

John era remalo para la cama y tenía un miembro de mierda y su semen era una basura, sin embargo Deisy siempre lo amaba y quizá si principalmente porque él era “buena persona”: John no comía animales no-humanos ni usaba nada que proviniera o que hubiese sido testeado en ellos: cosas de cuero, cremas faciales, champús, mayonesa ni huevos, ni leche ni queso ni miel; daba el asiento en las micros y en el metro a las embarazadas y a los ancianas; si se encontraba un celular, se contactaba con la persona y se lo devolvía; participaba de comedores solidarios para gente en situación de calle; organizaba actividades en la población para ayudar a sus vecinos cuando alguno estaba muy enferma o se le había quemado la casa; apoyaba huelgas de obreros y tomas de universidades, liceos y colegios; tenía un cargo de algo como secretario del sindicato en su trabajo; iba a las marchas de “No más AFP” y a las de “Ni una menos”; se bañaba todos los días y tocaba la guitarra y cantaba canciones revolucionarias que enseñan la lucha de clases a las proletarias clases desposeídas...“¡Es que él es tan bueno!”, me decía Deisy porque él no se drogaba ni era borracho y tampoco robaba...

Excepto aquello de no ser parte de la barbarie hacia los animales no humanos, yo era todo lo contrario: nunca daba el asiento a nadie ni ayudaba a pararse a la persona que se hubiera caído; no apoyaba las actividades de la población para ayudar al vecino que estaba muy enferma o que se le había quemado la casa; no me interesaba en lo más mínimo colaborar en comedores solidarios para gente en situación de calle; asimismo, *cagaba* a quien fuese me diera la oportunidad: el vuelto que me dio de más la señora de las *sopaipillas*; la bibliotecaria que no registró los libros que me llevé para la casa; las comidas al paso que no amarraban la alcancía para las propinas; el ciego que pedía limosna y que en su tarrito dejaba ver algún billete; los taxistas a quienes les hacía “perro muerto” en alguna luz roja; el auto robado que los delincuentes utilizaron para algún delito y que luego abandonaron con las puertas abiertas y mientras huían, yo me metía fugazmente al auto para sacar lo que estuviera a la mano, la radio por ejemplo; a los pequeños y esforzados almacenes de barrio que dejaban algunas mercaderías a la mano, a los cuales les *birlaba* todo lo que me cupiera en la mochila, y también sacaba cosas sin pagar del supermercado y de las grandes tiendas.



Yo robab, no, mejor dicho, yo “expropiaba” por igual a supermercados y grandes tiendas, al exitoso empleado de alta categoría y al sufrido obrero de la construcción: el bolsillo de su gastado pantalón era ancho y dejaba asomada la billetera con el escuálido sueldo con el que voy a pagar el arriendo... mi viejita podrá comprar la comida del mes y va a abonar la primera cuota de nuestra camita nuevecita sacada a mil cuotas en el mall...

Tal vez, el salario contemple el vestido nuevo que la patrona me viene pidiendo hace meses, y unos zapatos de colegio *pal’ cabro chico*, los que tiene ya no aguantan ni un día más...

Quizá, el miserable sueldo le alcanzará también para tomarse su vinito y comerse su modesto asadito con la señora y su compadre... le pone el pecho a las diez horas de ser explotado por la patronal dueña de los medios de producción, de tener que levantarse cada día a las cinco de la mañana envuelto en los fríos y oscuros amaneceres del invierno santiaguino, el esfuerzo de viajar dos horas hasta su trabajo y llegar desfalleciente de sueño a *la pega* -a *la contru*- a levantar un galpón o una tienda o un mall o casas o un edificio de oficinas o de viviendas, acarreando largos tablones, pesadas herramientas y grandes escaleras, pásame esos fierros largos, alcánzame el taladro percutor grande, desármate esos andamios... tiene una hora para almorzar y vuelta a ponerle el hombro: sube esa extensión por la escalera hasta el piso seis, sí, ésa, la grande, no weón ésa no, la otra, la grande, sí, ésa, es de cuarenta metros, súbela al sexto piso y ten cuidado en la escalera porque no tiene barandas desde el segundo piso hasta el último, y aprovecha de bajar 3 sacos de Bekrón de treinta kilos, pero esos sacos están en el piso diez, tienes que ir a buscar el Bekrón por la escalera porque el ascensor aún no lo han terminado... trabajando en ese estilo de lunes a viernes desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde y los sábados también y a veces los domingos si se lo piden, el estrés y el agotamiento que significan seis días viajando en micro dos veces al día y dos horas cada vez, seis días viajando hacia y desde la obra que queda sólo a un par de cuadras del paradero de la micro que lo deja a un par de cuadras de su casa -debe cruzar toda la puta ciudad-, se sube a la micro y paga o no paga pero se sube y se sienta e intenta dormir pero del mes de viaje sólo duerme casi nunca debido a las preocupaciones: las dudas de cómo pagará las deudas lo agobian...

Pero hoy que regresa a casa recién pagado y ahora que ya tiene asegurada la comida y el arriendo del mes, sonriente, cierra sus ojos al pensar que esta noche gozará de una merecida borrachera con sabor a vino tinto y empanadas.

Exhausto al regresar a casa desde la pega, el obrero se queda dormido tan profundamente, tan tranquilo porque con su salario hará sobrevivir a su familia otro mes...

Va tan profundamente dormido que no siente cuando mis sigilosos y hábiles dedos le despojan de su billetera, y del sosiego que ese dinero ganado honradamente y con tanto esfuerzo, le habría otorgado.

Excepto para justificar teóricamente aquellas “expropiaciones”, nunca me interesó difundir el discurso ése:

revolucionario-socialista-comunista-marxista-leninista-maoísta-cheguevarista

en contra del sistema económico neoliberal y el capitalismo salvaje que la burguesía impone a las clases oprimidas, y aunque conozco y obviamente respeto infinitamente a Sacco y Vanzetti, yo no participaba en las manifestaciones por los derechos de la clase obrera ni en huelgas ni en las marchas antifascistas.

La verdad es que todo el rollo ése de la lucha de clases y del capitalismo me parecía -y me parece- tan pero tan ultra pasado de moda que se me figura una ridiculez el pensar y andar hablando en términos de “burgueses” y “proletarios”, o de “fascismo” y “comunismo” o “socialismo”.

A diferencia de John, yo tampoco apoyaba el movimiento “Ni una menos”, ya que este movimiento social intenta cubrir **ÚNICA Y SOLAMENTE** las urgentes necesidades de las mujeres, olvidando a la otra mitad de la humanidad: los varones: las víctimas de las guerras -víctimas en los combates, me refiero- son 99% hombres; el 95% de las muertes en accidentes laborales acaecen también a los hombres, así como hombres son principalmente las personas asesinadas en crímenes en tiempo de paz y son los hombres quienes más se suicidan (aunque las mujeres nos superan en intentos); existe violencia doméstica contra el marido pero no hay canales de información o denuncia de esos malos tratos, así como tampoco campañas masivas sobre prevención del cáncer prostático...

Y entonces, por toooodas las cosas que te dije, yo era “malo” y Johncito era “tan bueno” ...

La naciente noche de un sábado de principios de junio, me topé con John y Deisy a la entrada de un bar. Entramos. Buscamos una mesa y pedimos unas cervezas de litro, la señora que servía las trajo y nos pusimos a beber y a conversar así en la más madura, en la más buena onda y con una postura “asumida y resignada” de mi parte (“asumida y resignada” lo escribí entre comillas porque como te dije, con Deisy estamos de amantes y ya llevamos dos meses en ese mismo estilo).

Típico: primero *tiramos la talla* y reímos sobre mil cosas y situaciones que nada tenían que ver con la actual relación de John y Deisy, ni con la “terminada” relación de ella conmigo. De manera irremediable, empero, y a medida que el alcohol nos hacía efecto, los temas rozaban muy indirectamente la relación de él con ella y la que ella tuvo conmigo, y por más que Deisy y John y yo intentábamos desviar la *conversa* cuando cachábamos por donde iría el asunto, no lo lográbamos, y a ratos la situación se volvía ultra incómoda.

Las vasos se llenaban y se vaciaban y se llenaban y John, quién igual cachaba que había algo raro entre Deisy y yo -el tipo era remalo pa’ la cama y latero y un tanto ingenuo, pero *weón weón* no era- entre copa y copa, digo, John empezó a sacar temas que me dejarían, a los ojos de Deisy, en una desventaja digamos “procreativa”: desconocidos personajes históricos y fechas olvidadas, enredadas teorías sociales y datos que casi nadie manejaba y dudosos acontecimientos y ambiguas interpretaciones de esos mismos supuestos hechos, aspectos todos relacionados con su tópico favorito: la revolución social... cuatro mil años de perorata insumisa e insurgente resumidos en cuatro litros de cerveza, y sólo parloteaba él. Una verdadera lata.

Se terminaron las *chelitas* y pedimos una tercera corrida, y llegó al fin el turno de mis argumentos: sus miradas de infinita repulsa cayeron, cual sentencia a trabajos forzados en el Gulag siberiano, sobre mis palabras. De todas maneras yo, más que con interpretaciones teóricas, discurso siempre con experiencias desde el mismísimo sentido común:

— Saben, si se me da la oportunidad yo voy a *chantarle la mano* a cualquiera... -opiné-.

— Ah, o sea, a nosotros también podrías robarnos... -se refería a Deisy y a él-.

— No poh, obvio que no -dije, y luego di un sorbo a mi vaso de cerveza. Estaba muy refrescante al pasar por mi garganta, disfruté harto ese trago. Entonces le pregunté a John “¿oye John, el dinero es importante para ti?”-.

— El dinero es otra forma de dominación capitalista ¡Nos esclaviza sin cadenas! -respondió-.

— Ya, ya, sí, ¿es importante para ti? -volví a preguntarle-.

— No es que sea importante, pero es la forma en la cual el capitalis

— La pregunta es clara, John: ¿vas a pagar las cervezas que te has tomado tocando en tu guitarrita canciones de la Violeta Parra?

— Bueno, podría ser, nada te impide que el arte pueda servir como moneda de camb

— ¿Oye pero qué weá, John? ¿Voy a tener que responder por ti...? -le dije sonriendo- Tú bien sabes que el dinero ES indispensable cuando estás en la ciudad, y si usted viene a emborracharse con su pololita va a tener que soltar papelitos pintados sin valor intrínseco...

— Pero es que el valor del dinero es relativo -replicó John como si estuviera debatiendo- porque según la taza en la cual se analiza la moneda, esta valdrá más o valdrá menos de acuerdo a las transac

— ¡Oye para la weá poh, compadre! Es claro que tengo razón -John me miraba con los labios apretados. “Escuche para que aprenda, *mijo*”, le dije. Aquello de “mijo”, que es la contracción de “mi hijo”, o sea, “soy tu padre”, le saca ronchas a cualquiera, y más cuando la persona aludida comienza a cachar que se le están acabando los argumentos-.

— A ver, a ver, deja hablar al Gago -le dijo Deisy-.

Comencé:

— Mira, John, y esto es obvio: el dinero es importantísimo mientras vivas en la ciudad. Por lo tanto, si vives en la ciudad y lo descuidas, con lo que implica el dinero, eso de la avaricia y la explotación y los crímenes y el poder etcétera, todo lo que significa el dinero en tanto acceso a bienes y servicios y placer y cultura, todo lo buena onda y lo mala onda que el dinero resulta ser en esta civilización, si lo descuidas y no lo valoras o respetas, te lo pueden robar. Así de simple. Yo no descuido ni por un segundo mis platas -le dije-.

— Oye Gago, pero ésta no es la ley de la selva... -respondió John-.

Sonriendo, di un sorbo a mi cerveza y encendí un cigarro. Meditabundo, entre las volutas de humo, le dije:

— No, no es la ley de la selva, John... estás en lo cierto. Entonces, ¿tú afirmas que los animales humanos somos superiores a los animales no-humanos?



John me seguía mirando con los dientes apretados.

Di un trago, sonriendo: John jamás afirmó tal cosa de que los humanos somos superiores a los animales no-humanos, ni tan siquiera lo insinuó, y me impresionó que cayera tan fácilmente en mi trampa intelectualoide, pero como el tipo estaba quemado por eso de “mijo” y por mi actitud sarcástica, no se dio cuenta de mi falacia y guardó silencio, enojado.

— En la ciudad -le dije- estamos bajo la ley de la selva, mijo: el que pestañea, pierde; el que no corre, vuela; camarón que se duerme...; quien fue a Melipilla perdió su silla y en todos lados se cuecen habas, John... -terminé diciéndole con una sonrisa-.

Como te dije, John ya estaba molesto pero su indignación fue casi incontenible cuando relaté, entre risas, mi “expropiación” en la micro al obrero de la contru (Deisy también se reía y John la miraba feo cuando ella lo hacía y más se reía Deisy con las caras que le ponía John, y eso me hacía reír a mí y John estaba furia total ¡Ja ja ja!).

Casi gritando y con la yugular henchida, John me dijo que le resultaba una vergüenza que alguien tan preparado como yo no tuviera conciencia de clase; que por culpa de gente como yo, la revolución proletaria no avanzaba. Que si existiera un comisario bolchevique o un Consejo del Pueblo me arrestarían por contrarevolucionario y etcétera etcétera y bla bla bla y lata lata lata...

Luego de su desahogo -que no lo desahogó-, seguí:

— John, ¿tú crees que el obrero al cual cagué no tiene tarjetas de crédito y está endeudado hasta las recachas por la tele ultra hd y los smarfons para toda su familia?

— Eso no lo puedes afirmar poh, Gago -me dijo tajante-.

— Sí, sí puedo. En el bolsillo de su camisa llevaba un aifon 30 megaplus, nuevecito.

— Pero eso no quiere decir nada poh, Gago...

— Te equivocas, John, porque en la billetera traía el recibo de su liquidación de sueldo -hice las comillas con los dedos- “\$680.000 brutos, descuentos \$400.000”, decía la liquidación. Eso tenía escrito y en efectivo el tipo traía \$275 Lukas nomás. Y además de la liquidación, en la billetera venía la boleta de 3 celus y los tres eran aifons, y aparecía también una tele LGTV ultrafull HD 4K... y todo comprado en cuotas ese mismo día -le dije sonriendo-.

Y siempre sonriendo, acabé mi vaso y lo llené otra vez, y llené también el de Deisy y el de John, quien me miraba en silencio esperando a que yo siguiera confesando mis traiciones al pueblo; mientras llenaba los vasos, les decía que yo era un anarquista individualista:

“Yo soy anarquista *de rial*, y por ello soy individualista, o colectivista, según me dé la gana... -di un trago a mi cerveza heladita recién servida... sí señor, anarquista: jamás *facho ni comunacho*”, les decía yo y John me soltaba una perorata de Bakunin y de la Tercera Internacional y de la comuna de París y de Malatesta y de las Federaciones Obreras y que Saint Simon acá y que Trotsky allá y que bla bla bla y que Kropotkin (*Protokin* o *Kropotonin* o *Kronopin* decía yo adrede para que John me corrigiera a cada rato, y así se enojara más y más ya que Kropotkin era su ídolo ¡ja ja ja!) y John me hablaba de la Primavera de Praga y que el mayo del 68 y que el Glasnot y que la Perestroika etcétera etcétera y mientras me hablaba y me hablaba y me hablaba dándome la tremenda lata porque además yo de hace rato que sabía todas esas cosas, mientras John hablaba, yo por debajo de la mesa y con mi pie derecho acariciaba lentamente las piernas de Deisy: ella estaba sentada frente a mí y la mesa era más bien pequeña y tenía un mantel de cuadritos azules que caía hasta poco antes de tocar el suelo.

Y John, sin darse cuenta de lo que sucedía por debajo de la mesa, seguía parlotando sobre la revolución social que traería el despertar a las clases explotadas.

Yo le decía que a las finales eso eran puras idioteces porque los pobres son pobres porque quieren seguir disfrutando de las tarjetas de crédito del Walmart que les dan teles y celulares baratos; que son pobres porque no se preocupan de crecer intelectualmente pues están recómodos viendo la teleserie y las notificaciones de yutub y las historias en instagram y tik tok y además son tan estúpidos que comentan llenos de gratitud las miserables ayudas estatales, los “Bono marzo” y todas esas weás, diez lucas todas cagonas, no, no diez, \$3.000 pesos, las diez lukas son de aquí a cuatro años:

*“Aumentamos los bonos en un trece coma cinco por ciento respecto al ipecé negativo calculado por el Banco Central en base al alza de cero coma doce puntos en el Down Jons según la UF mantenida bajo el índice señalado por el precio del dólar observado en contraste con el dinar kuwaití y la libra libanesa siguiendo la tendencia al alza en la canasta básica tomando en cuenta los quintiles más vulnerables desde la óptica de la inflación negativa gracias a la deflación positiva”... toda esa mierda les dicen a los ingenuos votantes quienes no entienden una verga y se pierden entre tanto tecnicismo que les vomitan los políticos, pero el vulgo cobarde e ignorante celebra las medidas del gobierno sin darse cuenta que le subieron tan sólo una miserable luca en su cagón “bono marzo” pero ahora el kilo de pan vale más y el pasaje del metro y de la micro y la luz y el agua valen más y su sueldo sigue siendo el mismo pero su dinero vale cada día menos... y por eso, POR TODA ESA BASURA, la gente pobre no apoya las huelgas ni nada que valga la pena para salir de su situación de -hice el gesto de las comillas con mis dedos- “de pobres explotados y explotadas”.*

*“Y encima después van a votar -continué- y eligen a uno del montón de monigotes que se candidatean y quienes trabajan para los mismos jefes del Banco Mundial y del Fondo Monetarios Internacional y de la ONU y la OMS y Klaus y Gates, y se rien de quienes les creen y les dan sus votos, y más se burlan de la gente cuando ganan las elecciones... y al final con sus votos, con el acto de ir a votar supuestamente eligiendo entre izquierdas y derechas -que son la misma mierda-, al cumplir su deber cívico, avalan todo aquello que dicen querer transformar...”*, dije.

John terminaba de dar un sorbo a su cerveza e iba a empezar a hablar, pero yo le pregunté:

— John, ¿qué denunció Victor Jara de sus viajes a la URSS? -le dije pero no dejé que me respondiera pues continué hablando- John, Victor Jara NO DIJO ABSOLUTAMENTE NADA de las atrocidades que en ese mismo momento y exactamente allí, se cometían contra el pueblo ruso y claro, también contra los soviéticos si al final se andaban cagando siempre entre ellos mismos, como se cagaron al Ché Guevara, ¡JA JA JA!, así igualito como el Ché Guevara se cagó al gran Huber Matos y a miles más, directamente en La Cabaña o como Presidente del Banco Central de Cuba... o sea, ¿un médico metido en economía?... además, diplomática e incluso patriótica o nacionalistamente, no corresponde que alguien extranjero ocupe un cargo estatal, ¡Ni mucho menos la presidencia DEL BANCO DEL PAÍS!, ¡no me weí poh hermano! Permitir esa mierda fue TRAICIÓN A LA PATRIA, ¡Ah, pero claro!, esa weá da lo mismo si a las finales ustedes los comunistas son internacionalistas”, le dije sonriendo a John, mientras yo me ponía un cigarro en los labios. Encendí el cigarro, y continué:

— No es lo mismo ser patriota que nacionalista, el patriotismo es ideológico en cambio el nacionalismo, es pragmático, recursos económicos etcétera. A mí me da lo mismo toda esa mierda de banderas y fronteras y el Estado me importa un pico, yo lo menciono solamente porque a las finales da lo mismo la nacionalidad de quien ejerce algún cargo gubernamental, lo que interesa es su experiencia en el área, y un médico argentino metido de presidente del Banco Central de otro país... y más encima dejó la mansa cagá el culiao... no me weí poh John, de verdad...

John me dijo que mis palabras no tenían nada que ver con eso de que los pobres eran pobres porque querían ser pobres, pero el tipo no se quiso hacer cargo de mis comentarios sobre Victor Jara y el Ché Guevara y la URSS porque sabía que esas mierdas que dije, eran ciertas.

— John, mira -le dije sonriendo-: anda a meterte a una fábrica o a una *contru*, o en tu misma contru, un día cualquiera, idealmente un lunes, lleva un megáfono y súbete a un banquito y ponte a hablar sobre La Revolución Social ¡Pero habla de la Revolución Social que quieres hacer tú sí poh!, no esas mierdas que discuten en los sindicatos, y con el megáfono empieza a predicar el Rojo Amanecer de la Clase Proletaria a través de la Acción Directa... y ahí les hablas de eso del comunismo, un día lunes, ojalá de marzo... ¡Se van a recagar de la risa de ti! Se van a burlar de ti y si sigues dando la lata con el mismo asunto de la revolución ¡Te van a sacar la chucha!... a esas personas no les interesa cambiar el mundo ni a ellos mismos, sólo quieren cambiar su celular o su automóvil -terminé dando una profunda fumada-.

John respondió que eso no era tan así, que esa ignorancia no era culpa de ***los obreros*** (fíjate que John dice “*los obreros*”... ya cacharás por qué “los obreros” lo escribí en negritas y cursivas) porque el Estado les había negado histórica y sistemáticamente el acceso a la cultura, y por eso había que empezar apoyando los movimientos sindicales: debíamos generar espacios para que los obreros tomaran consciencia de su importancia como trabajadores y revolucionarios. Ya lo había dicho Marx en el libro Trabajo y Salario y bla bla bla etcétera etcétera y Hengels aquí y paja allá y la Cuarta Internacional...

Deisy, acabando el vaso de cerveza de un solo trago y dejándolo bruscamente sobre la mesa, afirmó: “John tiene toda la razón”. Miró a John y éste le devolvió la mirada mientras ella, con la punta de los dedos de su pie derecho, por debajo de la mesa, tocaba mi erecta verga por sobre mi pantalón.

Apartando la mirada de su pololo y mirándome enojada mientras ella me acariciaba el pico, Deisy afirmaba que yo debería tomar consciencia de mi posición como vanguardia de la revolución social que traería el rojo amanecer, “eres inteligente y preparado, y por eso tienes una posición en la vanguardia de la revolución que traerá el despertar de las masas proletarias... ésa es tu responsabilidad y no puedes hacerte el indiferente”, me decía Deisy, y me lo decía dándome sugerentes miraditas cómplices.

Deisy andaba con un vestido y yo me había sacado la zapatilla derecha y el calcetín hacía unos minutos; mientras John declamaba sobre “El Único y su Propiedad”, yo jugaba con mis dedos por sobre la vagina de Deisy y sentía en los dedos de mi pie la humedad traspasando su pequeñito calzón...

Noté que cada vez que yo dejaba a John sin argumentos, la entrepierna de Deisy se mojaba muchísimo, y eso me ponía demasiado caliente y mi excitación excitaba Deisy, y para que John saliera perdiendo otra vez en un nuevo debate y así ella se mojara más y me calentara más a mí y pudiéramos darle más sabor al retorcido juego, Deisy dijo:

— Gago, pero por más que hablas no haces más que eso, hablar, y es necesario *hacer* cosas. Por ejemplo, ya nunca vas a las marchas... -dijo Deisy-.

— Cirilo, Deisy tiene razón -dijo John-. Yo hablo de teoría pero también paso a la acción porque voy a las marchas y todo eso, pero tú, ¿qué movilizaciones apoyas? -preguntó John-.

— O sea, delante dije que soy un Anarquista Individualista, y un ejemplo de Acción Directa es la expropiación al obrero de la contru ¡JA JA JA!

El rostro de John enrojeció de ira y Deisy se rió y yo me reí y John más se enojó en silencio. Iba a empezar a hablar cuando yo continué:

— Ya, miren, hablando en serio. A las huelgas y a las marchas del primero de mayo ya no voy -les dije-, porque yo no soy anarcomunistasindicalista como tú, John: yo soy anarquista individualista -yo decía que yo era “anarquista individualista” pero eso era pura shet: yo no era ni soy nada más que *yo mismo*. Les decía que *yo era esto o lo otro* únicamente para tener un lenguaje común y poder debatir ya que Deisy se calentaba al ver que no sólo la pija y el semen de John eran una basura, sino también sus razonamientos-. Ya no apoyo mejoras en las condiciones laborales -continué- porque ahora yo estoy en contra del trabajo asalariado. El trabajo asalariado es esclavitud y que te paguen no significa que seas libre, pensar eso es una estupidez: mientras seas esclavo del dinero, seguiras siendo un miserable esclavo.

— ¿A qué te refieres? Específicamente, ¿pensar qué cosa es una estupidez? -me respondió indignado John-.



— Mijo: si no trabaja, no come. Se dice que es uno libre, la democracia y weás pero, ¿cuáles opciones tienes si no trabajas? ¿Mendigar? ¿Robar? Si mendigas no podrás cubrir necesidades básicas, comidas decentes y nutritivas, ni podrás acceder a la cultura... mendigando tendrás una existencia miserable. Aunque puedes también robar, pero, ¿y las leyes? Para sobrevivir, y fíjate que el término “sobrevivir” no es azaroso: en esta sociedad no vives, sino que *sobrevives*. Eso que les conté del tipo al cual le robé la billetera, y tú como obrero consciente lo sabes muy bien, el tipo ése trabaja seis días de la semana, ¡Seis, weón! Y tú igual, y que tú estés acá es sólo porque hoy es sábado en la noche... ¡De 365 días del año, únicamente tienen 21 días de vacaciones! ¿Cachai lo que eso significa? Y muchas veces ni siquiera se toman las vacaciones enteras porque esas personas están tan acostumbradas a trabajar que si no trabajan, se aburren en la casa... Está tan interiorizado, tan aceptado este esquema de sobrevivencia que nadie dice nada y de hecho, quienes no trabajamos somos gente mal mirada... entonces, no es diferente en lo absoluto este asunto del asalariamiento al de la esclavitud... si estás en la ciudad no tienes otra opción más que trabajar. Y si no le gusta tener que trabajar para poder vivir en la ciudad, el campito o una lejana y desconocida isla le espera, aunque también puedes *sobrevivir* en la ciudad, viviendo en la calle y mendigando o robando...

John dio un sorbo y al apartarse el vaso de la boca, otra vez tenía los labios apretados. Me miraba casi con odio mientras con mi pie, yo pajiaba a su mina.

— ¿Y a la marcha del once de septiembre por el Golpe de Estado? -me preguntó Deisy-.

— A esa ya no voy, antes siempre iba pero me di cuenta que al final yo andaba apoyando un sistema de gobierno amparado por la órbita soviética, y por muy -hice el gesto de las comillas con los dedos- por muy “buena onda” que hayan sido las propuestas de Allende, buena onda en el sentido de igualdad, de todas maneras su programa no apuntaba a eliminar el trabajo ni mucho menos acabaría con el concepto del capital, su logia masónica no lo habría permitido.

— Pero tampoco

— Y de hecho, no se lo permitieron... -interrumpí a John-.

— Pero tampoco vas a las march

— ¡Allende jamás habría exterminado al capital, y mucho menos habría abolido la propiedad! ¡Y la propiedad, sea privada o estatal, sigue siendo propiedad, y la propiedad es inherente al capital que tú tanto odias, John! -insistí sarcástico-.

— ¡Pero déjame hablar poh, Cirilo! -alegó John-.

— Ya, ya. Sí, dale. Te escucho.

— Te decíamos que tampoco vas a las marchas de “Ni Una Menos” -dijo John-.

— No, no voy a ésas. Pero siempre voy a las marchas de “Ni UNO Menos”...

— ¿Ni uno menos? -preguntó sonriendo John, intuyendo mi sarcasmo-.

— Si poh, John ¿no sabías que también hay marchas de los “Ni Uno Menos”? En esas marchas, celebramos el Día Internacional del *masho*...

John me miró con una sonrisa despectiva, como diciendo “este weón está hablando puras weás”. Continué:

— Entonces, John, tú estás en contra del machismo...

— ¡Obvio!

— ¡Ahhh!... -sonreí y di un trago a mi vaso. John cachó que algo me traía entre manos y un poco nervioso miró a Deisy, quien tenía un dejo de sonrisa en los labios. Ella miró hacia la calle por la ventana del bar. Dejé el vaso sobre la mesa y proseguí-.

— Entonces, John, ¿eres feminista?

— Heeemmm, yo... o sea, apoyo las reivindicaciones de la mujer en tanto sujeto desvalorizado por el sistema heteronormado patriarcal falocéntrico dominante...

— ¿Eres feminista, John? -insistí-.

— No, no lo soy. Sólo me pongo del lado de quienes están en desventaja...

Deisy apartó su mirada de la ventana y la posó en mí. Sonreí, prendí un cigarro y continué:

— John, cuando veo esas marchas de Ni Una Menos, no hay lienzos o afiches con el nombre o la foto o la imagen de Hipatya de Alejandría, ni de Gabriela Mistral ni de alguna Marie Curie o Charlot Corday, o de Leni Riefenstahl, o Esther Vilar o de una Cassie Jaye o de una Erin Pizzey, o de Ursula Haverbeck o de Camille Paglia o de Dolores O'Riordan o de Janice Fiamengo o de Naomi Klein o de la Violetita Parra o de Katherine Anne Porter, ni siquiera una fotito de la Marcela Paz... John, yo únicamente he visto en esas marchas a minas enajenadamente iracundas meando y cagando en las plazas públicas y destruyendo todo, como mujeres históric, perdón, histéricas, según el lenguaje inclusivo...

— ¡Ja ja ja! ¡Qué argumentos más ridículos! ¡Estás generalizando! -dijo John triunfante- ¡Yo creía que eras capaz de razonar mejor, Gago, me decepcionaste! -y de un sorbo vació su vaso sonriendo como Macho Alfa ganador, y llenó su vaso y también sirvió el de Deisy y el mío-.

Sonriente, John quería celebrar su victoria y llamó a la señora que servía el trago y le pidió tres cervezas más, y entonces sentí que Deisy juntaba las piernas pero no lo suficiente como para que yo no pudiera seguir acariciando con mi **pie izquierdo** su vagina por sobre su minúsculo calzón, hacía rato empapado-.

— John, dime una cosa -le dije a punto de darle un rico sorbo a la espumante cervecita recién servida-: en las guerras, respecto a la población combatiente, ¿las gentes muertas y heridas son principalmente hombres o mujeres?

La señora trajo las nuevas cervezas y las puso sobre la mesa, y se llevó las botellas vacías. John respondió:

— Claramente son más hombres que mujeres. Pero las víctimas civiles son hombres y mujeres por igual. Y niños. En la guerra de Vietnam, las cifras de victim

— Ya, ya. Mi pregunta no apuntaba a la población civil, por eso hice la aclaración. John, dime otra cosa, tú que cachai hartito el tema sindical... ¿quiénes son las personas más afectadas por accidentes laborales, los hombres o las mujeres?

— Ah, ah, bueno, son, son los hombres, pero eso se debe a que históricamente la mujer ha sido desvalorizada como sujeto activo y fundamental en el proceso productivo, y eso demuestra la importancia de apoyar las reivindicaciones de la mujer y de la clase obrera. Cirilo, mira: en el Manifiesto Comunis

— John, oye, y dime... -le interrumpí nuevamente- Las víctimas asesinadas en crímenes comunes, ésas que salen a cada rato en las noticias, ¿son mayormente hombres o mujeres? -le pregunté, y di un sorbo a un cerveza-.

— Ah, bueno, son, son hombres, pero también son mujeres, y de ahí que el neologismo “femicidio” haya cobrado relevancia, puesto que los delit

— Congela el diálogo en curso.

No, no le digo a John. Te digo a ti.

Es necesario que te informe de algo importante para que comprendas lo que estaba sucediendo: desde la pregunta aquella de los muertos en las guerras, Deisy nuevamente había separado sus piernas, y y mi pie acariciaba su vagina y sus fluidos me corrían por el talón.

Ok. Te diste cuenta que a cada rato interrumpo a John, y si John acepta que le interrumpa y no superpone sus dichos a los míos, claramente es porque se sabe “atrapado” en la discusión, y por eso también intenta desviar los temas metiendo concepciones teóricas con su latera verborrea demagógica e intelectualoide.

Ya, sigamos con el asunto. Retomaré desde la última intervención del tipo:

— Ah, bueno, son, son hombres, pero también son mujeres, y de ahí que el neologismo “femicidio” haya cobrado relevancia, puesto que los delit

— John... y dime, ¿son las mujeres las que siempre están en desventaja frente a los hombres? Recuerda que son las minas las que siempre entran gratis a las discos...

¡Cuán fáciles son algunas personas! De inmediato, John cambio a “Modo Alfa Triunfador”.

— ¡Ja ja ja! ¡Pero! ¡Pero cacha lo que estás diciendo poh, Gago! Seguro importa en algo eso... “que entren gratis a las discos”... ¡Pfff! Qué idioteces dices a veces... ¡JA JA JA!

Sonreí mientras me bebía mi cerveza.

— ¡Ja ja ja! Sí, sí, tienes razón -le dije-, qué idiota he sido. Olvidémonos de eso de las discos, porfa... te quería pregunt

— Sí, mejor olvidémoslo. Se supone que estamos conversando entre personas medianamente inteligentes poh, Cirilo... ¡Ja ja ja! -me dijo John todo burlesco-.

— Ja ja ja... Bueno, John, tranqui... es difícil argumentar perfectam

— ¡Ja ja ja! ¡Y yo creía que tenía frente a mí a un hombre con las cosas claras!

— Bueno, porfa, cédeme ésta... John, te quería preguntar si los pap

— Ya, dale, pero ahora dinos cosas coherentes poh, por favor, ¡Ja ja ja!

— ¡Ja, ja, ja!... Bueno, bueno, John, tú dices que vivimos en un sistema patriarcal falocéntrico y que este sistema dominado por los hombres, deja de lado a las mujeres, ¿cierto?

— ¡Claro!

— Ok. John; te quería preguntar si los papás tienen los mismos derechos que las mamás respecto a la tuición de los hijos o hijas...

Sentí que el clítoris de Deisy estaba muy duro y palpitante y casi podía meter la punta de mi pie en su tibia y húmeda vaginita... mmmhhhh... delicioso...

— Ehhh... bueno, no, no es tan así -dijo John titubeando-. Es obvio que siempre las mamás estarán más capacitadas para... heem, bueno, para, para cuidar a... o sea, tienes que tomar en cuenta que son ellas las que tienen en su vientre el milagro de la vida durante nueve meses, y es, es por ello que el Estado les otorga más garantías...

— ¡Ah, comprendo! -le dije- Ahora resulta que estás de acuerdo con el Estado, con aquel ente al cual supones tanto odiar...

— No, o sea sí, o sea... es que lo que dices es un poco, hemm...

— John, ¿y no que vivíamos bajo el yugo de un sistema falocéntrico patriarcal heteronormado dominante? Me parece extraño que una sociedad machista le entregue *por defecto* la tuición y la responsabilidad de la crianza a las mujeres... ¿cómo me explicas eso?

John, con los dientes apretados, me miró en silencio. Dio un trago a su cerveza y quiso decir algo, pero las palabras se le trabaron así que proseguí:

— ¿John, tú quieres ser papá?

— ¿Yo? Hemm, si mis condiciones emocionales, físicas, psíquicas y económicas lo permiten, quisiera poder regalar al mundo seres conscientes de su clase, hombres revolucio

— hombres y mujeres

— sí, regalar al mundo hombres y mujeres revolucionarios que luch

— revolucionarios y revolucionarias

— sí, revolucionarios y revolucionarias que luchen por que esta sociedad tan injusta, sea mejor para todos.

— para todos y para todas...

— sí, claro, para todos y para todas, por supuesto...

Las cursivas en “*los obreros*”, ¿te acuerdas?: párrafo 1 en la página 310... (dale, si quieres devuélvete, yo te espero...), eran para resaltar que el tipo se expresaba en términos sexistas aún en contra de lo que predicaba... ¡Ja y Ja! Y se lo dejé bien clarito porque a cada interrupción en este dialogo desde la pregunta de si John quería ser padre, a medida que avanzaban sus palabras y yo le hacía los reparos, se iba poniendo más y más ansioso y molesto, ¡Ja ja ja!

— Oye, John -continué-, y si engendraras y a causa de tus taaantas responsabilidades laborales y sindicales y sociales, no te quedara otra alternativa más que dejar a tu hijo a carg, no, no a tu hijo, que debieras dejar a tu hija de, digamos, cuatro años, tuvieras que dejar a tu hija a cargo de otra persona para que la cuidara, y pones un aviso en el diario, y al aviso resp

— Pero, Gago, para eso estaría su mamá que la cuidaría...

— ¡Ah!, claro, la mamá, cuyo única labor es estar en la casa cuidando a los hijos e hijas y lavando la ropa y planchando y cocin

— No, no dije eso, dije que podr

— Ya, ya, no importa, John, déjame terminar. Y entonces pones un aviso y responde una señora... ¿dejarías que la señora cuidara a tu hijita de cuatro años mientras tú estás en el trabajo o en las reuniones del sindicato?

— Claro, si no hay otra persona más cercana, no me quedaría otra opción...

— ¿Estás seguro?



No puedo comprender cómo John no cacha a qué lo estoy llevando. John puede ser anarcomunistasindicalista y demagogo y megateórico y latero y verborreante y demagógico y malo pa' los sexos y un tanto ingenuo, pero no es weón, y por eso me impresiona en demasía que no se dé cuenta qué es lo que estoy haciendo con su puta línea argumental.

— John, ¿estás seguro que dejarías a tu pequeñita con la señora?

— Si poh, si no hay otra persona que la pudiera cuidar...

— John, ¿tú cachay eso de que todos, que toda la gente que está presa, es presa política?

— Sí poh, obvio que lo sé. Eso lo dijo el Indio Solari.

— ¿Y estás de acuerdo con tal afirmación?

Deisy me presionaba el pie con sus muslos, y movía sutilmente su pelvis y de verdad sus juguitos me corrian por el pie.

— ¿Y estás totalmente a favor de eso que dijo el Indio Solari, John?

— Ehmm... heee... (John estaba pa'l pico de atrapado pues cachó -lo comprueban sus titubeos- que lo estoy poniendo frente a sí mismo. ¡Cuán deliciosa es esa sensación! Poner a una persona *que vale la pena, frente a sí misma*... John no *es penca*, o no lo era al menos hasta cuando lo vi por última vez y lo más seguro es que siga siendo buena onda; te lo he presentado como fome en la cama y megateórico y verborreante y demagógico y bla bla bla pues así era cuando nos estábamos conociendo, y si he resaltado sus "defectos" es porque tengo que contrastarlo conmigo, es decir el Narrador-Autor, con razgos de cómo era yo en aquel tiempo.

Fíjate de lo siguiente:

Escribiendo desde mi presente en el cual redacto estas líneas por primera vez, hoy jueves 26 de abril del 2018, y leyéndolas ahora en éste *mi otro presente*, el día miércoles Primero de Mayo del 2019, ahora, y luego de haberle dado mil y un retoques a éste párrafo que estás leyendo justo ahorita, mirando hacia atrás hoy Primero de Mayo del 2019, ocho años después de los sucesos que lees, me es posible comprender casi todo lo ocurrido en aquel tiempo en el cual Deisy y yo y John compartíamos un período de nuestras vidas...

Mira, como ya te considero mi amig@, te voy a adelantar algo que aparecerá frente a tus ojos en la última entrega de esta saga llamada “Segunda Novela”, en el Tercer Volumen:

*Deisy completó su carrera de Actuación en la Universidad del Estado, y poco después se fue de gira internacional con su compañía de teatro. En el continente africano, en Zimbabwe específicamente, presentaron “Medea”, y una de las personas que vio aquella obra fue Amapola Amaranta, la chica de la cual te hablé en el Prólogo Tercero ¿te acuerdas de ella?) sí, sí, por supuesto que estoy de acuerdo con eso de que todo preso es un preso político -respondió John turbado-.*

— ¿Y si al aviso de “Necesito que cuiden a mi hija. Contrato, salario justo y pago a tiempo”, si a tu publicación hubiera contestado un hombre?, y mientras conversabas por teléfono con el tipo, él te hubiese dicho que estuvo encarcelado por un crimen que jamás cometió, crimen que es tan aberrante -“pero yo soy inocente”, asegura- que ni siquiera lo quiere mencionar por teléfono... tú, John, ¿habrías dejado a tu pequeña de cuatro añitos a cargo de ese hombre?

John da un leeeento y laaaargo trago a su cerveza, y por eso “no puede” responder, ¡Ja ja ja! Y ante su silencio, proseguí:

— John, deja darte otro ejemplo. No es una hija sino un hijo a quien debes entregar para que lo cuiden, un varoncito muy lindo y tierno de unos cinco años, y al aviso responde un gay travesti de, digamos, cuarenta años... ¿Habrías dejado a tu pequeñito a cargo de un gay travesti de cuarenta años?

— ...

Otra vez John guarda silencio pues nuevamente se oculta tras un laaaargo y leeeento sorbo de chela, y por eso le es “imposible” responder. La mirada que Deisy me obsequia luego de esas preguntas no es de calentura sino como de admiración: mis trampitas en la conversa la tienen con la boca y las piernas abiertas... encendí un cigarro, y por debajo de la mesa continué masturbando a Deisy:

— Obvio que les habrías dejado a cargo de ellos, John -le dije-, si al final tú no tienes prejuicios con los gays ni con los expresidarios, y tampoco piensas que yo, por ejemplo, por el sólo hecho de tener falo, soy un violador o un golpeador o un femicida en potencia... o un pedófilo...

— Ah, claro... yo... yo no tengo esos prejuicios contigo, con, con los varon, o sea, con los hombres, con nosotros, con nosotros los hombres...

Yo, ella y él, guardamos silencio y dejamos de mirarnos atentamente: sorbíamos nuestros vasos observando nuestras interioridades -en verdad yo sólo “observaba” en mi mente a Deisy *lamiéndome la corneta*. No tengo la más puta idea de qué “veían” Deisy y John en esos momentos-.

Di una profunda fumada, retuve el humo un par de segundos y lo exhalé, y observé las volutas finas y azules.

— Oye, John -le pregunté al cabo de un rato-, ¿tú piensas que el lenguaje crea realidades?

Disimuladamente, Deisy pone su mano en mi pie, indicándome que deje de masturbarla. No me lo quita de su entrepierna, sin embargo, y me pide unas fumadas. Le pasé el cigarro.

— Heee, bueno, pienso que, que el lenguaje conforma nuestra realidad, eso es cierto...

— Ya, ok. ¿Cachay lo que significa “femicidio”? -le pregunté-.

— Si poh, cómo no voy a saber... femicidio es cuando la parte masculina en una relación de pareja agrede a la parte femenina, y el resultado de aquella agresión es la muerte de la mujer -respondió John-.

— ¿Y cachay lo que significa “feminicidio”? -le pregunté nuevamente-.

— Obvio: es cuando un hombre o una mujer, mata a una mujer no relacionada con él -dijo-.

— Ya. ¿Y cachay lo que significa “homicidio”? -le pregunté-.

— Si poh, cuando el muerto es un hombre... aunque aplica también si la víctima es mujer...

— ¿John, y cachay la diferencia entre homicidio y asesinato? -Deisy me pasa el cigarro-.

— Por favor, Gago, es claro que lo sabemos: el homicidio podría haber sido involuntario; en cambio el asesinato siempre es intencional, con alevosía y ventaja...

— ¿Cachay entonces que si una mujer mata a otra, es homicidio o asesinato o feminicidio, y que si un hombre mata a otro, es asesinato u homicidio, y que si el pololo o el marido mata a la polola o a la esposa, es femicidio, **pero si la esposa o la polola mata al marido o al pololo, eso SOLAMENTE es homicidio o asesinato?** -le pregunté a John dando una fumada-.

— Bueno... claro que... o sea, noto la diferencia... -me respondió todo titubeante-.

— John, mira: el término “uxuricidio” no es taaaaan popular como la palabra “femicidio”: uxuricidio es cuando la parte femenina de una relación heterosexual, mata a la parte masculina. Y cacha esto: si es una relación homosexual de carácter lésbico en la cual la mujer mata a su pareja hembra, tampoco aplica el término “femicidio” ni el concepto de “violencia de género”... les apuesto que ni sabían lo que significaba uxuricidio... -digo sonriendo, y doy un buen sorbo a mi *chela*-.

John mira hacia la ventana, y bebe; Deisy también, y sostiene su vaso con la mano derecha mirando indiferente la cerveza a través del vidrio del vaso; doy otro sorbo y John da otro sorbo y Deisy continúa viendo el vaso que sostiene en una mano, y con la otra mano por debajo de la mesa acaricia mi pie muy suavemente, jugando con él como si fuera mi destructora e indolente verga.

Y continué hablando, luchando por monopolizar la vagina de Deisy:

— Miren -les dije-: si en las marchas de “Ni Una Menos” que con tantas ganas van, si allí hablaran de todo lo que te digo, si mencionaran los muchísimos hombres víctimas de violaciones en las cárceles, ahí sí que yo quizá asistiría. Pero no pasa eso sino que en vez de buscar “la igualdad” -porque si realmente la buscaran mencionarían todo esto que te he dicho- en esas manifestaciones sesgan el discurso de manera tal que sea el macho -recuerda eso de “¡Muerte al macho!”, “¡Si estás embarazada y tu bebé será hombre, aborta!”-, en esas marchas sesgan el discurso para que sea el macho quien aparezca como el victimario, y no se nos muestra como otra víctima de todo este sistema social del “capitalismo salvaje”... John, el machismo es lo mismo que el feminismo, sólo que tiene distinto nombre. Todos, absolutamente todos los “ismos” son encasillamientos mentales que lo único que hacen es perjudicarnos -les digo con la mirada perdida en la ventana, bebiendo mi vaso sin sonreír despectivo y altanero pero con mi pie izquierdo metido casi hasta la mitad en la vagina de Deisy porque hacía rato que, hábilmente, había corrido su pequeño calzoncito con los dedos de mi pie-.

Bebemos en silencio cerca de dos minutos, mientras se iba apagando poco a poco la colilla del cigarro en un cenicero.

El bar está abarrotado de gente y las mesas de los alrededores están full risas y conversaciones. Un tipo toca con una guitarra canciones de *Sodastereo* y la gente habla y bebe y habla y rie...

En verdad todo eso ha estado ocurriendo desde que entramos al bar: las risas y la algarabía y las músicas y las charlas y las botellas chocando en los vasos en derredor nuestro, pero mientras leías los diálogos del encuentro con John y Deisy, tenías -o "*has tenido*"- la impresión de que en ese bar prácticamente había sólo una mesa, y era la que ocupábamos John y Deisy y yo, y que lo único que se escuchaba era nuestra conversación. Y sucedió en tu mente aquello porque no volví a mencionar nada relacionado con el ambiente del bar, nada excepto a la señora que traía las cervezas... en el fondo, las imágenes que tienes en la memoria respecto a lo que escribí son las de mi pie masturbando a Deisy y las piernas de ella separándose y juntándose, las caras de John y Deisy y la mía, la ventana y tal vez el humo del cigarro; los vasos quizá... y la mesa, y el resto de las cosas que están en la retina de tu mente son las que te imaginaste en base a lo que hablaban los personajes.

Pero como te dije no había sido así, y todo el tiempo estuvieron presentes la dicha y el gozo, la celebración y la felicidad -gracias al copete, obvio- y la sensación que te acabo de relatar respecto al bar y que prácticamente lo único que existía y se escuchaba éramos nosotr@s y nuestra charla, esa sensación que quizá tuviste fue la misma que tuve yo mientras viví aquello y que luego recordé para que la estés leyendo ahora: en mi interior, excepto John y Deisy y yo, casi todo lo demás había desaparecido.

¿Viste? Gracias al profundo desarrollo de la técnica narrativa, puedes penetrar en el proceso creativo DENTRO DE MI MENTE, y quizá también observes mi experiencia y mi percepción del entorno la vez que viví todo aquello en la realidad.

(Y si *ya la pillaste*, te habrás dado cuenta que en ningún momento menciono que John, Deisy o yo, vamos al baño... y eso que hemos tomado mucho durante largo rato, pues nos encontramos a las siete y media y ya eran las diez de la noche)

Ya, volvamos a la novela.

De todas maneras, no todo el tiempo fue discutir y debatir y competir, no, pues a ratos cambiábamos de tema y nos reíamos recordando cosas y comentando experiencias y hablando de las gentes que conocíamos etcétera, y nos recagábamos de la risa... pero de manera irremediable, si no era yo era Deisy o sino John, quien metía los dedos en la llaga, obvio que sin reproches evidentes, y los debates y competencias intelectuales continuaron.



Me da lata narrar nuevas discusiones, pero basta decir que si bien los contenidos variaban, nuestras técnicas discursivas se mantenían iguales: mis ironías y sarcasmos y trampas intelectuales al peo, frente a la demagógica y verborreante propaganda de John, y a sus silenciosos labios apretados de ira revolucionaria.

El tipo tenía muchísimo más conocimientos que yo y además poseía experiencias en ámbitos tan importantes como la construcción y tocaba la guitarra y aunque yo también he cantado en escenarios -raja curao-, yo no sé tocar la guitarra... en fin, a lo que voy es que John poseía, en general, más datos e información que yo pero mi habilidad dialógica superaba la suya, y por eso no me podía cazar en las discusiones pues no comprendía mi técnica de “analizar” los datos, y yo sí entendía la suya de “recopilar” datos y por lo podía leer fácilmente y por eso lo aniquilaba y gracias a eso, Deisy acariciaba mi duro pico con su pie, por sobre mi pantalón.

En una de aquellas trampas que le tendí, me salió con algo que hace rato deseaba que saliera, vericuetos en el cual no había conseguido hacerlo caer:

— ¿Sabes, Gago? -me dice John-, a veces hablas como nazi...

— ¡Ah, que hablo como nazi! -digo burlescamente-. John, el término nazi es despectivo, lo correcto es Nacional Socialista... y fíjate que justito el término “nazi” -hago las comillas con mis dedos, como siempre- lo inventó un judío, Konrad Heiden... en fin, dime ¿qué tienen de malo los Nacional Socialistas?

— ¡¿CÓMO?! ¡¿PERO, PERO CACHAY LO QUE ME ESTÁS DICIENDO?!

— Sí poh, mijo. Dígame qué tienen, o tuvieron, de malo los “nazis” -las comillas bla bla-...

— Pero, Gago, ¿en serio es necesario que te diga lo del holocausto y el racismo?

— ¡Ahh! Era eso... oye John, y dime... ¿quién te dijo eso del racismo y lo del holocausto?

Un poco turbado, así como intuyendo algo, John responde:

— Bueno, pues, la... la historia... la historia lo dice...

— Ahh, la historia -doy un trago a mi vaso-. La historia escrita... ¿por quién? ¿Por los vencedores, quizás?

— O sea, por, por los historiadores, es decir, por los que estudian los suces

— Por los historiadores de los vencedores.

— No, no necesiam

— John, mira: el asunto del holocausto y del racismo alemán te lo cuentan los que ganaron la Segunda Guerra Mundial, principalmente los YANQUIS IMPERIALISTAS...

— Pero, pero Cirilo... ¿tú no crees que el holocausto fue verdad?  
-me pregunta John, turbado-

— Hermano, lo que yo crea o no, aquí da lo mismo. El punto es que eres antinazi porque repites lo que te dicen los gringos neoliberalistas capitalistas imperialistas a los cuales tanto odias. Además, siguiendo tus palabras, el nazismo sería tan imperialista como el yanquismo y el socialismo o el comunismo, obviamente teniendo en cuenta que una sociedad comunista aún no ha llegado a materializarse y bla bla bla.

John bebe en silencio y aprovecho de decirle que es una vergüenza que alguien como él, tan preparado y con tan elevados conocimientos de teoría social y economía y política e historia y sicología y literatura y arte y música y lingüística y sociología y sindicalismo, vaya por la vida repitiendo los relatos de sucesos que podrían o no haber ocurrido, pero sin cuestionarse nada y de los cuales jamás ha investigado a fondo ¡Y además con una bandera del Partido Comunista pegada en su mochila de obrero de la construcción! La weá poco autocrítica weón, la cagó... yo no digo que el tipo sea una mierda, pero respétate un poquito aunque sea, poh. Mínimo.

Entre tanto, Deisy ya tiene la cara roja de calentura y me mira desdeñosa mientras con su pie sigue frotando mi verga por encima del pantalón: “John está en lo cierto con eso de que no deberías robarle a los obreros”, dice ella fingiendo un poco de rabia. Indica que su pololo tiene toda la razón porque si yo robaba y me declaraba Anarquista, tendría que utilizar ese dinero para la propaganda: sitios web, murales, afiches, *fancines*, volantes, panfletos, tocatas...

John está ebrio y me mira con el desdén del macho alfa mirando al macho beta perdedor de la hembra para procrear; y ahora John sabe que él es un macho alfa y como macho alfa tiene la razón, más todavía si es secundado por su hembra-trofeo...

Haciéndome el enojado mientras Deisy y yo nos masturbamos con los pies por debajo de la mesa, le digo a John que Deisy tiene razón, que un Anarquista debería utilizar las platas de las expropiaciones en propaganda y fancines y murales y webs y periódicos y armas, “pero yo soy un verdadero y real Anarquista, Individualista además ¡Y ni ustedes ni nadie puede venir a decirme lo que debo o no debo hacer! Estoy en todo mi inalienable derecho natural para hacer lo que conchesumadre se me ocurra con las platas que expropio, y si termino comprando copete y coca o pasta base o todas las weás, y cigarros, es problema mío porque mi filosofía de vida es *“¡solito la pienso, solito la hago, solito me arriesgo y solito me la gasto!”*, concluí haciéndome el agresivo.

Ante mi “ataque”, Deisy mira indignada para otro lado y John se bebe displicente un vaso de cerveza, y guardamos silencio.

El local es “El Huaso Carlos”, mítico antro ubicado en Libertad con Esperanza, a pocas cuadras de la Estación Central, taberna que ya cuenta con más de cien años en Santiago (pero ahora hay ahí un restaurante chino (y ahora un restaurante ecuatoriano (10 del 2025)).

Quienes hayan venido a carretiar acá pueden dar fe de que se puede fumar cigarrillos y mariguana y jalar, e incluso jugar con apuestas en dinero efectivo, a vista y paciencia del Huaso o de las señoras que atienden; el Huaso Carlos es el dueño, tercera generación de locatarios de aquel bar. Si entran los policías de civil y te pillan, cagaste: el bar no es responsable de lo que en él ocurre. Las coimas son generosas...

Los que tocan guitarra siguen tocando y quienes cantan siguen cantando; los que están en la mesa junto a la nuestra festejan y fuman cigarros y los de más allá queman mariguana, y los de aquel rincón se tiran unas líneas sin disimulo y otros conversan y beben, y por ahí una pareja come tranquilamente un buen plato de porotos. Alguien comienza a reventar una guitarra con los acordes de Sol y Lluvia dominando sobre los demás guitarreros: *“¡No puedo creer la cosa que veo!”*, canta el guitarrista a todo pulmón.

— ¡Avisa pa’ subirme el cierre! -grita alguien. Todos reímos-.

John me regala una sonrisa de macho alfa y acaricia torpemente la cabeza de Deisy con su mano derecha, mientras yo la masturbo por debajo de la mesa y sus juguitos acarician mis rodillas; Deisy se arrebujaba en la mano de John y suelta un aguantado gemido y John me sigue mirando con sus borrachas sonrisas de macho alfa, y tocan la guitarra y cantan “Tren al Sur” y John bebe y con la otra mano acaricia más intensa y bruscamente la nuca y la espalda de Deisy a quien yo masturbo cada vez más rápido, y Deisy gime y John acaricia torpemente la cabeza de Deisy y la despeina y me sigue mirando borracho y sonriente y yo la masturbo casi descaradamente y ella me pajea con su pie por sobre mi pantalón y John la acaricia en el cuello y John cree que Deisy gime por sus inexpertas caricias y entre los acordes de Los Prisioneros y la torpe mano de John y mi hábil pie derecho, Deisy acaba muy muy *en la piola*... se fue cortada calladita la weona y me dejó todo el pie chorreando... perra culiá... Encendí un cigarrillo para disimular un poco.

Pero del otro lado de la moneda, John, vencedor indiscutible, continúa “acariciando” la nuca de Deisy y con palabras cada vez más traposas, se burla de mí: “estai mal, mal enfocado, Gago. Así nunca tre, te, te van a tomar en serrrio, no, no aaasí... ¡Hik! Nadie te va a tomar en s, serio, ni *los compañeros* ni las minas conscientes... ¿cier¡Hik!, cierto, mi amor?”, le dice a Deisy acariciando torpemente su cabeza mientras yo decidí seguir masturbando a Deisy así que la seguí pajeando.

John acerca lerdamente su boca a la de ella y le da un torpe beso frente a mis ojos y Deisy, con un gemido y cerrando sus párpados, dice: “sí, sí, mmmhhhh, sí, John... el, el Cirilo está mal enfocado, mmmhhh, hazme más cariñito en la cabeza... mmmhhh, eso”, “te gusta que te toque así”, le dice John borracho y mirándola tiernamente, “síííí, así, John... mmmhhh... ninguna mujer te va a mmmhhhh, a tomar en... mmmhhhh... lo, lo va a tomar en serio... al, al Cirilo”...

John me mira sonriendo triunfante y besa a Deisy otra vez, pero ahora intenta meterle la lengua y yo no entiendo cómo puede besarla y no meterle la mano entre las piernas si por debajo de la mesa no se notará nada... Deisy me sigue acariciando por sobre el pantalón y yo la sigo masturbando mientras John la besa muy mal... imagino que tal vez Deisy quiere que John descubra ahora mismo lo que ella y yo tenemos, y así John termine con ella.

Separan sus bocas y John me mira fijo con cara de ebrio, sonriéndome babeado por su misma baba y totalmente en silencio. Al ratito dice:

— ¿Ves queeee ten, que tengo razón?, si mi crom, com,pañera lo dicijHik! dice, es, es porque toda la raz... es porque tengo razón -vacío de un trago mi vaso y haciéndome otra vez el enojado y alzando la voz, digo-:

— ¡Bueno y qué tanta weá si al final vóh andai con la bandera del Partido Comunista pegada en la mochila! -John aparta de su boca el vaso que se empezaba a beber pero antes de que él hable, yo continúo- ¡No sé cómo no te da vergüenza, hermano! ¡Al menos *los jales que me jalo* y las pastas bases que me fumo y las borracheras que me pego no le hacen daño a nadie más que sólo a mí en cambio tú, vóh andai propagandeando dictaduras culiás comunistas de una puta elit que se hizo del poder bebiéndose la sangre de millones de campesinas y niños, estudiantes y obreros, de toda esa gente a quienes hipócritamente dices defender y respetar y amar!

John quiere puro golpearme, se le nota en la cara, pero Deisy no deja de pedirle caricias en la nuca; él se reprime y continúa bebiendo y mirándome feo, y acariciando la nuca de Deisy.



Siempre haciéndome el enojado, enciendo un cigarro mientras sigo masturbando a Deisy lenta y presionadamente con la punta de mi pie. A ratos saco mis dedos chorreando desde su vagina y los paso por encima de la bandera comunista de la mochila del idiota de John, la cual está apoyada en una pata de la mesa junto a los pies de Deisy.

.

¡Es que él es tan bueno!", me decía ella en los relajados atardeceres en los cuales conversábamos en el sillón de la casa de mis padres, ése que está en la terracita del segundo piso que da a la Cordillera de la Costa; mirábamos los aviones despegar desde el aeropuerto cercano y yo cronometraba en un cuaderno exactamente el itinerario de los aviones (yiaaaa justo, ija ja ja!\*), y charlábamos sonrientes bebiendo una jarra de tequila margarita preparada poco antes.

"¡Es que él es tan bueno!", me decía con los ojos brillantes, y como John era bueno y el malo era yo Instantes después me la estaba tirando por el culo mientras la tenía en cuatro, y me tenía loco la tremenda raja de la mina: con una mano la agarraba de las caderas y con la otra le tapaba la boca y la nariz y se lo metía hasta el fondo, salvajemente, y le decía al oído mientras le mordía la oreja, "así te tiene un hombre de verdad y te da por el culo" y ella gritaba "¡SÍ, SÍ, ASÍ, ASÍ ME TIENE QUE DAR UN HOMBRE DE VERDAD! ¡EN CUATRO! ¡EN CUATRO!", me decía en los cortos segundos que le quitaba la mano de la boca y de la nariz; yo estaba dominando a un ser humano, a una mujer, físicamente, analmente, *Nietzscheanamente*, y le volví a tapar la boca y la nariz penetrándola salvajemente y ella intentaba liberarse y yo veía de perfil su cara angustiada y gozaba viéndole el culo y las tetas enrojecidas y sus pupilas dilatadas como gata y su rostro de ángel con lágrimas en sus ojos, y dejé de apretarle un poco la boca y la nariz, paré de penetrarla y dejé mi conquistador pico dentro de su cuerpo, y Deisy me dijo gimiendo suplicante que yo la quería matar y que la estaba partiendo en dos y que se iba a cagar en mi pico si no paraba de darle como le estaba dando... y la seguí haciendo mía:

—¡CULÉAME ASÍ, MÁS FUERTE, MÁS FUERTE, ME VOY A CAGAR EN TU PICO SI NO DEJAY DE DARME ASÍ!! ¡¡DAME, DAME!!!

—¡TE GUSTA ASÍ, PERRA, TE GUSTA QUE TE PARTA LA RAJA!

—¡SÍ, SÍ, ME VOY A CAGAR BASTARDO CULIAO! -me gritó Deisy y se empezó a tirar unos peos-.

—Oye loca no weí poh, mejor méate -le dije-.

—¡YA, YA, PERO SIGUE DÁNDOME, SIGUE CULIÁNDOME!

Yo sonreí y era dios, un dios destrozando a una mortal, y comencé a hacer lentos círculos dentro de su cuerpo, y comencé a darle pero ahora de poco a poco, con ternura, pero ella se puso frenética y comenzó a moverse violentamente para adelante y para atrás y comenzó casi a rugir

—¡ME QUERÍ MATAR! ¡MMMHHH! ¡SÍ, SÍ! ¡ASÍ! ¡DAME, DAME MÁS FUERTE! ¡MMMHHH!, ¡ME, ME QUERÍ MATAR ENFERMO CULIAO! ¡ME ESTAY PARTIENDO EN DOS! ¡DAME! ¡DAME! ¡DAME MÁS FUERTE, CONCHETUMADRE! -Deisy me suplicaba rugiendo casi llorando y más frenética se movía y yo le decía en el oído mientras le mordía la oreja “así culean los hombres de verdad, maraca culiá, putita, putita rica, andai cagando al sacowea de tu pololo porque el culiao no te hace pedazos” y yo sonreía porque todo era placer y se lo metía hasta el fondo y se lo sacaba y se lo volvía a meter y ella gritaba de dolor y placer y gemía y gritaba-.

Deisy se separó de mí violentamente y se puso en cuclillas y comenzó a chuparme el copi salvajemente, le tiraba escupos a mi glande y me lo chupaba y chupaba limpiándome su mierda metiéndose mi japija hasta el fondo de su garganta honda.

“Yo soy un macho de verdad, puta culiá”, le decía con mi cuerpo sobre ella, penetrándola ahora por su vayaina y mirándola directo a los ojos, separándole las piernas y apretando sus tobillos con mis manos, y presionando con mis pulgares la planta de sus patitas...

—¡ERES UN MACHO DE VERDAD! -gritaba siendo destrozada por mi furioso nepe-.

Me puse sobre sus peshos y sin dejar de metérselo le chupaba las tetas y me dijo casi llorando de placer que le dijera weás porno... weás enfermas y pervertidas...

Todo era como irreal y ya no me importaba nada excepto la cara de placer de la Deisy... la empecé a mirar directo a los ojos mientras sus enormes tetas se movían de un lado a otro, y me fui en la media volá hermano...

—Me encanta darles a las minitas en cuatro por el culito -comencé a decirle- y mientras las masturbo ellas acaban por atrás y se cagan un poco y se separan de mí y se giran poniéndose de rodillas... me limpian su mierda metiéndose mi pico en la boca y me lo chupan salvajemente así como me lo chupai tú, putita rica -le decía a Deisy mordiendo su oreja, penetrándola con habilidad-.

—¡QUÉ RICO! ¡DIME MÁS, DIME MÁS, PERVERTÍO CULIAO!!

Con mi pico metido hasta el fondo de su vayaina y sin moverme, continué:

—Me lo vas a chupar, vidita hermosa, preciosa, te voy a tomar con ambas manos de la nuca, así podré sentir tu garganta alrededor de mi pico grande y duro... te vas a atragantar y no dejaré que echas para atrás tu cabeza... harás arcadas y te taparé la nariz y te lo voy a sacar de la boca y seguirás chupándomelo...

—Tení que decirme “¡Córreme la paja, puta reculiá cochina! ¡Me voy a ir cortao conchetumadre!” Eso me tení que decir antes de irte cortao para tragarme toda tu lechecita mi amor... - me decía Deisy gimiendo y yo estaba demasiado enamorado de Deisy, siempre lo había estado, desde antes de nacer “¡Cásate conmigo!”, le grité-.

— Y te voy a chup ¡¿QUÉ?!

— No, nada, perra, mira como te penetro así uy uy qué rico.

Yo la dominaba pero en verdad era ella quien me dominaba a mí.

— Putita culiá... me chupai el pico a mí porque el weeta de tu pololo es un maricón de mierda que no te sabe hacer mujer... yo, mmmhhh, yo soy tu hombre... sí... mmhhh...

—¡Mhhh... no, no es un hombre!

—¡Ese bastardo no te sabe hacer mujer!

—¡NO, NO, NO ME SABE HACER MUJER!

La puse de pie y la hice apoyar sus manos en la muralla. Me paró el culo y ahora sí que me volví loco con la tremenda raja de la mina, le metí mi furioso pico, mi dominador pico, todos los picos del universo matarían por estar ahí donde yo dejaba mis fluidos de macho que copulaba con la hembra de otro macho, pero que por estar trabajando para otro macho más macho que él, al esclavo ése yo le comía a la mina, y más encima por el culo.

El ruido de nuestros húmedos cuerpos chocando resonaba en todos lados, yo podía escucharlo, la afirmé bien de las caderas y dejé mi verga metida hasta sus trompas de Falopio (FalOpio, el opio del falo), y le dije pegando mi pecho a su espalda:

—Me voy a tirar la leche en la palma de la mano derecha y con la izquierda te voy a agarrar del pelo, y pondré mi mano rebosante junto a tu boca y tú de rodillas y con ambas manos apoyadas en el suelo, con el culito paradito, te beberás mi tibia esencia a sorbitos, tiernamente, con tu rostro de niña virgen e inocente... te vas a tomar toda mi miel a sorbitos desde mi mano, hasta la última gotita...-le dije y me quedé un poco dormido encima de su espalda-.

—¿OYE QUÉ WEÁ? ¡CULÉAME POH!

—¡Ah ya!, sí, sí, disculpa.

Abrí los ojos y la tenía tomada del pelo con una mano y con la otra agarraba su cadera, y fue ella quien comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás y yo le seguí el ritmo.

—¡SIGUE CULIÁNDOME! MMMHHH... SÍ... ¡TE VOY A CHUPAR HASTA LA ÚLTIMA GOTITA, CONCHETUMADRE! -me decía enojada la perra de mierda-.

—Cochina culiá, voy a hacer que te meís de tanto metértelo...

—¡MMMMHHHH! ¡SÍÍÍ!

Deisy dio un profundo gemido y su cuerpo se estremeció durante unos segundos, dejó de moverse y sus piernas se doblaron un poco, seguía con las manos en la muralla pero dio otro gemido y sacó una mano de la muralla, se giró de la cintura para arriba y me abrazó por el cuello, me dio un largo beso y me dijo mirándome con su cara más tierna y con mis gónadas descansando en su hirviente útero-.

La mina estaba en la media volá... se separó de mí y me agarró la verga y las weás, me miró a la cara con su boca chorreando saliva y se puso en cuatro apoyando su pecho en el frío piso de cerámica, y yo me apoyaba en el lavamanos completamente exhausto.

Me di ánimos y me puse atrás de ella y le empecé a dar por su entrepierna que ella apretaba de manera increíble, y como que me exprimía la corneta:

—¡TE GUSTA ASÍ! ¡¿TE GUSTA QUE TE APRIETE EL PICO?!

—SÍ PUTITA HERMOSA, ME ENCANTA, ME ENCANTA...

—¡AY! ¡MMHHH! ¡SÍ! ¡SÍ! ¡CULIAI SÚPER RICO WEÓN!

— Sí sé.

Me tendió de espaldas y se puso a cabalgarme furiosa. Gotitas de sudor corrían por sus mejillas pecosas y de su boca me dejaba caer chorros de saliva y gemía y se quejaba y gemía y me cabalgaba,  
y se empezó a ir cortada otra vez la weona

—¡ME VOY CONCHETUMADRE! ¡ME VOY WEÓN! ¡ME VOY!

—¡MÉATE ENCIMA MÍO MARACA CULIÁ!

La perra se fue cortada meándose y me salpicaba hasta la cara y esa weá me enardeció.



—¡TE AMO CONCHETUMADRE! ¡TE AMO! ¡QUIERO IRME  
DENTRO TUYO! ¡HOO! ¡LA WEÁ RICA PUTITA HERMOSA, DEISY,  
TE AMO, TE AMO, ME VOY A IR CORTAO!!  
—¡¡TODAVÍA NO BASTARDO RECULIAO!! ¡¡AGUÁNTATE  
WEÓN!!!

Se separó de mí y se levantó con toda su orina y juguitos chorreando por sus muslos. Yo me puse de pie absolutamente mareado y como en un sueño, no escuchaba nada pero a la vez oía todo y mi piel estaba increíblemente sensible y todos los olores se me confundían.

Deisy se puso de rodillas y me lo empezó a chupar salvajemente enajenada

—¡MIRA COMO ME CULIAI LA BOCA, CONCHETUMADRE!

—¡PUTA DE MIERDA, CHÚPAMELO!

—¡CULÉAME LA CARITA TAMBIÉN, CONCHETUMADRE! -me decía masturbándome y acariciándose su carita con mi virilidad-.

Deisy se empezó a ir cortada otra vez y gritaba y gritaba y yo gemía y gritaba y todo se confundía



—¡DAME TU LECHECITA EN LA CARA CONCHETUMADRE!  
—¡TE LA VOY A TIRAR TODA EN LA CARA PUTITA!  
—¡SÍ! ¡SÍ! ¡DÁMELA TODA! ¡SOY TU PUTA Y ME ENCANTA  
COMERTE EL PICO!  
—¡MARACA CULIÁ, ME VOY A IR CORTAO CONCHETUMADRE!  
—¡AY! ¡AY! ¡SÍ! MMMHHHH  
—¡PUTITA, ME VOY, ME VOY!  
—¡AY! ¡SÍ! ¡SÍ!  
—¡PUTITA! ¡PUTITA RICA!  
—¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! ¡ÁNDATE CORTADO MI AMOR!  
—¡CÁSATE CONMIGO! ¡ME VOY, ME VOY MI VIDA! ¡ME VOY!  
—¡DÁMELA TOOODAAAA! ¡TOODIIIIITAAAA!



Y así, cada vez que pasábamos el día juntos lo hacíamos tres o siete veces y al atardecer, completamente exhaustos y tendidas desnudas donde sea que nos hubiera agarrado el deseo, al atardecer, digo, cuando comenzaba a oscurecer, sonaba el maldito celular de Deisy... y Deisy contestaba.

Contestaba el celu y sonreía y sin apartarse de mi lado hablaba con John tierna y cariñosamente. Yo no entendía muy bien lo que él decía pero escuchaba su voz y a ratos comprendía palabras sueltas: “ayer...”, o “¿tu mamá?”, o “te extraño...”, y Deisy sonriendo le decía que ella también lo había extrañado, “sí, yo también”, decía, y reía quedito, “jijí jí”...

— No, no lo he visto -Deisy seguía hablando con John-, hace rato que no lo veo... ¿ah?... no... en serio que no, de esa vez que estuvimos en el Huaso Carlos que no he hablado con él... ¿Cómo? ¿De nuevo me vienes con lo mismo?... no... no, John. Sabes qué, ya estoy aburrida de estos shows, ¡Siempre con el mism... ¿ah?... no poh... oye ya hablamos de esto y además que... ¿cómo?... no, John, sabes que no es así... ya, claro, demás que sí poh, ya ya ¿sabes que más? No quiero seguir hablando contigo... sí, voy a colgar... no, ahora mismo te voy a colgar, ya chao, chait... ¿cómo?... ¡¿en serio?!... ¡Yaaaa, genial!... ¡Sí, obvio que me gustaría! ¡Ji ji ji!... ya, bueno, te perdono... -le decía Deisy y me miraba sonriendo y seguía hablando por celular sin dejar de mirarme y sonreír, sí, sí, yo también... ji ji ji... sí, sí... ya, en media hora... sí, sí, yo también, ji ji ji... no, no, corta tú primero -le decía Deisy sonriendo y me miraba y reía quedito “ji ji ji”, y Deisy colgaba y me daba un largo beso y me dejaba con el sabor de mi semen en la boca y tarareando sonriente canciones sonsas, Deisy se vestía y yo me quedaba mirándola desde mi cama o desde donde sea que estuviese tendido y siempre yo estaba desnudo y ella también, y ella se paraba y se ponía el calzón y luego el sostén y tarareaba canciones sonsas, y se colocaba las medias y me miraba y reía quedito “ji ji ji”, y luego se ponía la polera o la camisa y la falda o los pantalones cortos-.

Yo me sentía pletórico de Voluntad de Poder porque el *agüeonao* del John, si tenía fuerza *pa’ echarse una*, se comería mi semen al besar a Deisy...

La weá pitiá... o sea, yo no entendí un pico a Nietzsche, hermano.

Deisy se calzaba finalmente las zapatillas y ya completamente vestida decía sonriendo “me tengo que ir volando”, y alegre y ultra satisfecha, se iba tarareando canciones sonsas rumbo a encontrarse con su amor.

Y yo me quedaba solo, fumando un cigarro tras otro imaginando que lo más seguro era que el idiota aquel no le “haría el amor” ese día pues era lunes o viernes y estaría demasiado cansado por venir de la pega y en vez de “introducirle el pene” le daría la lata hablándole de su trabajo y de sus responsabilidades en su nuevo cargo de supervisor y de las reuniones del sindicato y de sus responsabilidades como vocero del sindicato y de la lucha de la clase obrera en el siglo veintiuno, eso le hablaría mientras **MI** semen recorrería aún el cuerpo de ella y luego se darían un tierno beso y se irían a dormir, abrazad@s, entrelazando sus brazos y piernas y quizá hicieran el amor uno o dos minutos o quizá no lo hicieran -lo más seguro era que sí-, pero lo hicieran o no, igual dormirán juntitos y abrazaditas...



John despierta antes del amanecer -no necesita despertador, así de responsable para enriquecer al dueño de la constructora ¡Ja ja ja! (pero al menos el culiao vivía solo y tenía pega)- y lo primero que ve es la cara de SU mujer amada respirándole en su boca de delgados y helados y secos labios. Es de noche aún cuando John se levanta y la deja durmiendo en SU cama -en la cama de John- que está en SU dormitorio -en el de John- dentro de SU casa -la de John-; John entra al baño y se da una larga ducha -además de ser él “tan bueno” es muy limpio y se baña todos los días-; tomará su desayuno leyendo a Bakunin o a Kropotkin o “El Capital” o el “Le Mond Diplomatic” y antes de irse dejará lavadita la loza que usó, cepillará largo rato sus dientes, utilizará seda dental y enjuague bucal, va a SU habitación -la de él- y contempla a Deisy dormir plácidamente, como un angelito todo para él solito, un hermoso y puro pedazo de amor corporizado en la ternura de ver a Deisy durmiendo y Deisy se tira un peo, John se hace el weón y se acerca a ella y le da un tierno beso en la frente; quizá Deisy despierte y le sonría de vuelta; él se irá al trabajo pensando en ella y tarareando *Cuando voy al trabajo*, de Víctor Jara... y llegará a la pega mucho antes de la hora de entrada pues así puede preparar tranquilamente su jornada laboral-sindical...

Todo eso pensaba yo, fumando y fumando (te había dicho que por juntarme tanto con Yayo me puse ultra fumón... hermana, ¡Llegué a fumarme como dos cajetillas de veinte cigarros al día! Qué asco wn... de hecho, me produjo una especie de asma que se me pasó al dejar de fumar tanto)...

Yo fumaba y fumaba prendiendo el siguiente cigarro con la colilla del cigarro anterior, y fumaba, fumaba y fumaba y ni siquiera podía masturbarme recordando las cosas sexuales que le había hecho a Deisy... y entonces... entonces me ponía a llorar.

¡Era horrible!

Aquella maldita sensación de sentirme utilizado y luego arrojado al tacho de la basura...

... y entonces lloraba...

... lloraba y fumaba...

... migajas, sólo migajas obtenía de ella...

— ¡Cuánto! ¡Cuántas cosas maravillosas podríamos lograr si quisieras darme otra oportunidad! ¡Tenemos tanto en común! Te querría y te valoraría como nadie, COMO NADIE JAMÁS PODRÁ HACERLO!, porque yo te conozco Deisyta... ¡¡¡DAME UNA OPORTUNIDAD, TE LO SUPLICO!!!... al menos tenme un poquito de lástima, por favor -le decía llorando a la muralla verde agua de mi habitación, con mi boca llena de saladas lágrimas y con mi Alma totalmente desgarrada...

Y lloraba toda la tarde y el atardecer... y la Luna me encontraba llorando.

Yo fumaba cigarros compulsivamente y lloraba y fumaba toda la noche todas las noches, y las noches de finde las pasaba también llorando y escuchando la música y las risas de las fiestas cercanas... noctámbulos grupos pasaban más allá de mi ventana y les escuchaba reír mientras yo lloraba y pensaba en ella, en ella que estaría con él riendo y conversando, besándose y abrazándose y yo estaba allí, en mi habitación, solo, en esa habitación en la cual estuvimos tantas veces pero yo no supe valorar la compañía que me regalaba su compañía... y yo fumaba y lloraba y me maldecía y las horas pasaban frías y eternas, y me reprochaba todo lo hecho y todo lo no-hecho y lo hecho a medias con Deisy... escuchaba la música, las risas, “¡He! ¡He! ¡He!” escuchaba los gritos de la algarabía en las fiestas cercanas y yo me veía allí solo, en esa vacía y fría y oscura habitación, de noche, solo... y lloraba, y fumaba...  
y lloraba desconsoladamente como un puto cabrochico.

## V

Aunque sexualmente con Deisy nos llevábamos más que a la perfección, mejor que mejor, y salíamos y carretiábamos -siempre a espaldas de John-, nos juntábamos únicamente cuando ella quería: cuando quería yo, mejor dicho cuando necesitaba verla -que era siempre-, ella me decía que no podía o que no tenía ganas: implacable y altanera, mis ruegos y lágrimas no sólo no le importaban sino que además le molestaban en sobremanera:

— ¡Eres patético, no me llames más! -me decía cuando le rogaba para que nos viéramos-.

— ¡MÍRATE LA CARA! ¡¿No te dai vergüenza?! -me decía cuando yo lloraba frente a ella-.

— ¡Oye termina con tu show si yo ya no te pesco, weón ridículo! -me decía por whatsapp-.

Cuando la llamaba por teléfono para hablar un rato o para invitarla a salir, si ella no quería verme ni hablar conmigo, me trataba como una basura y muchas veces no dio señales de vida durante semanas enteras... yo desfallecía y mi vida no tenía sentido y claro, cuando se aparecía para verme o me llamaba por teléfono, mi vida resplandecía de nuevo pero una vez que ella había conseguido lo que quería (*serso del güeno*) otra vez volvían las humillaciones.

¡Ufff! ¡Tener que recordar toda esa mierda para poder escribir esta cagá de libro, hermano!... en serio que me agota la mente, como que me duele un poco la cabeza, en la parte superior, aquí dentro del cráneo...



¡¡¡VIDA CULIÁ DE MIERDA QUE TENÍA!!!

¡¿CÓMO TAN WEÓN, MALDITA SEA?!

En fin.

Tengo que seguir con esto para pasar a la otra parte de la novela ¡Y son tres putos volúmenes! ¡Como 1800 páginas en total, conchetumadre!... la weá mierda... todo pa'que te riai un rato wn... la cagá de libro me tomó como 11 años escribirlo y tú vas a leerlo en cuánto, ¿dos o tres semanas? Y después me vas a olvidar y ni siquiera vas a recomendar la weá, ingrat@ de mierda... y me tomó 11 años escribir este PRIMER VOLUMEN, y me faltan dos tofdavía y no tengo la más puta idea de qué weá voy a tener que inventar porqwur todas esats weás son puras mentirsas inventadass ene el monemeto ¡J!A JA JJA JA! (sorriry., stoy raja curao,)..



Durante aquel año, con Deisy culiamos más y la “amé” muchísimo más y me porté más como “pololo” y la traté más cariñosa y delicadamente y le hice más regalitos y dimos más paseítos y carretiamos más y me emborraché y drogué ~~lo mismo~~ menos, durante aquellos doce meses, digo, que en los cinco años anteriores.

Hasta una bicicleta le regalé a la maraca prostituta: semanas antes de que fuera a cenar para conocer a su nueva suegra (Pág. 103), Deisy me había dicho, entre risas: “¡Me gustaría tanto que el *viejito pascuero* me trajera una bicicleta!...”.

Yo, maquinenando desesperado por llamar su atención, un jueves por la tarde-noche al pasar por afuera de un almacén muy lejos de la casa de mi madre, vi apoyada en la reja de aquel almacén una bicicleta de mujer muy bonita y que no estaba asegurada con candado ni cadena: no la pensé dos veces y pasé corriendo a su lado y la agarré y me subí sobre ella al vuelo.

Mucha gente vio lo que sucedía y muchos comenzaron a perseguirme, mientras me gritaban insultos y gritaban que alguien me detuviera y que llamaran a los pacos.

— ¡Llamen a los pacos! ¡Llamen a los pacos!

— ¡Ladrón! ¡Ladrón conchetumadre!

— ¡Que alguien lo detenga!

Eso gritaba la gente que me perseguía y la que nos miraba y esos gritos e insultos me animaban a pedalear más y más rápido y yo giraba la cabeza y pedaleaba cada vez más y más rápido y veía que cada vez me perseguían menos personas, “no fue tan difícil”, pensé pedaleando.

Menos y menos y cada vez menos personas me seguían, así que ya me había salvado de la detención ciudadana pero uno de los que me perseguían no dejaba de correr tras de mí y me decía “¡Párate ahí weón, soy policía!” y no se detenía y por más rápido que yo le daba a los pedales más se me acercaba y yo miré para atrás y veía su cara de odio y decisión mientras nuestras miradas se encontraban y el tipo parecía sonreír y gritaba “¡POLICÍA, POLICÍA!” y yo más pedaleaba y él más se acercaba y yo veía sus manos intentando agarrarme y ya no giré más mi cabeza pero sentía los tirones de sus manos en mi polera y con mi corazón angustiado y el rostro compungido y ganas infinitas de llorar sentía sus agarrones cada vez más seguidos y tan enérgicos que me desestabilizaban y yo escuchaba sus jadeos y mis piernas no tenían fuerza y yo desfallecía pero el weón nunca se detenía y escuchaba su respiración ¡PÁRATE, WEÓN, PÁRATE, YA CAGASTE! decía y no se detenía y yo quería llorar pues el tipo no dejaba de correr hasta cuándo me vas a seguir conchetumadre sí weón te voy a hacer mierda cuando te agarre deja de correr por favor te voy agarrar de la polera y te voy a botar no siento mis piernas déjame tranquilo es por amor que hago esto ¡POLICIA! ¡POLICIA! te voy a secar en la cárcel ladrón culiáo deja de seguirme por favor estoy enamorado y quiero recuperar a mi mina ¡POLICÍA! ¡DETENTE! ¡DETENTE! ya no siento sus agarres ni escucho su respiración ni sus jadeos giro mi cabeza y veo que el tipo se ha quedado un poco atrás y yo sonrío triunfante pero el wn no deja de correr y una de sus manos se pierde en su chaqueta y yo saco fuerzas desde el terror y comienzo a zigzaguear y pedaleo y pedaleo enajenado y casi choco con un auto y casi atropello a un abuelito y después a un niño ¡BBBZZZ!... escucho pasar la bala sobre mi oreja izquierda ¡PKJJJ! ¡PKJJJ! ruje el balazo explotando la pólvora y luego rompiendo la barrera del sonido



¡CON-CHE-TU-MA-DRE!

¡BBBZZZ! Escucho el otro proyectil que pasa zumbando a centímetros de mi oreja derecha ¡PKJJJ! ¡PKJJJ! Ruje el segundo balazo.

— ¡BBBBZZZZ! Escucho por sobre mi cabeza ¡PKJJJ! ¡PKJJJ!

Doblo en un pequeño pasaje, ¡Pero!...

Y pedaleé, pedaleé y pedaleé y doblé en cuanta esquina se me cruzó y me metí por cuanto pasaje se me apareció y pedaleé y pedaleé y me pasaba los semáforos en rojo y pedaleé y pedaleé no sé cuánto rato, quizá una hora... y cuando me detuve, ya de noche y sin aliento, pero de verdad sin aliento y con un dolor increíble en el pecho y con las piernas acalambradas primero y luego dormidas, y tendido de espaldas sobre el pasto de una lejanísima plaza, caché que había atravesado como cuatro comunas.

Zafé por escasos centímetros de irme al hospital o al cementerio, o al hospital y después al cementerio o al hospital y después a la cana o al hospital y luego a la cana y después al cementerio... y todo por “amorsh”... o sea, por una puta obsesión... el nivel de mi basura de autoestima era nulo, cero, no existía.

Días más tarde, cuando me junté con Deisy para entregarle el regalo que ella tanto deseaba, esto fue lo que sucedió: desde el jueves siguiente al robo (ahora digo “robo” y no “expropiación”, porque eso de las expropiaciones es el cuento pal’ John nomás ¡Ja ja ja!) la estuve llamado insistentemente, pero no me contestó. La perra me bloqueó de rrss así que le mande miles de mails y mensajes de whatsapp: “juntémonos, porfa, tengo algo importante que entregarte”, y tampoco me los respondía.

La seguí llamando y le envié mensajes de texto y correos durante cuatro días. Al final, me devolvió una llamada. De mala gana dijo “ya, ya, dime rápido qué quieres”.



- (*Sonriente*) ¡Es algo hermoso, no tanto por lo que es sino por la energía que lo rodea!
- (*Desganada*) Ya, ya, pero dime para qué me llamas, no entiendo...
- (*En tono maravillado*) ¡Es que no te lo puedo decir, tienes que verlo!
- (*Agriamente*) ¡Ya!, ahora sucede que no me puedes decir para qué me molestas tanto...
- (*Esperanzado e intentando ser convincente*) Es que es algo que deseas mucho, Deisy...
- (*Ya aburrida*) ¿Me vas a decir qué mierda quieres?
- (*Desesperanzado pero intentando ser convincente*) Es que tienes que estar aquí...
- (*Levantando la voz*) CIRILO, ¿ME VAS A DECIR? ¿SÍ O NO?
- (*Triste pero aún esperanzado*) Es que... tiene que ser en persona...
- (*Irritada*) ¡UUUUU! ¡Dime de una vez de qué se trata todo este show! ¡No tengo por qué soportar que me molestes a cada rato!
- (*Agotado, triste y ya sin esperanza*) Es, es en persona... de otra manera, no se puede...
- (*Indiferente*) Si no se puede entonces no nomás poh. Ya, chait
- (*Suplicante*) Oye oye pero no te pongas así, porfa... junémonos y sabrás todo... porfa...
- (*Dueña de la situación*) Cinco minutos. Te doy sólo cinco minutos.
- (*Alegre al haber acordado la cita*) ¡Ok, qué genial! Será como lo desee usted, Deisyta preciosa... De verdad que te va a gust
- (*Lo interrumpe, imperativa y altanera*) Te dije cinco minutos. Junémonos en media hora, después tengo que juntarme con John.
- (*Triste al escucharla nombrando a John*) Ok, será tal y como tú quieras...
- (*Tajante*) En media hora nos juntamos, veámonos ahí en la plaza. Bye.
- (*Ella corta y lo deja con las palabras en la boca*) Ya, en media hora ¿Aló?

## VI

Esperaba a Deisy sentado en un banco de la miserable plaza de la población, con la bicicleta limpiecita y resplandeciente y recién engrasada y ajustada, parada con su pata junto a mí.

Vi venir a Deisy y me puse ansioso y alegre, lleno de esperanza y tratando de resumir en mi mente la terrorífica y a la vez hermosa aventura que me había significado todo aquello de la bicicleta; pero al verla más de cerca me estrellé, me despedacé contra un rostro lleno de apatía y desinterés, y eso mató todas las ganas que yo tenía de contarle lo que sucedió.

Apenas si me saluda con un movimiento de cejas y un desabrido “hola”, y sin sentarse y con las manos en la cintura, me pregunta enojada para qué la había webiado tanto:

— ¿Me vas a decir al fin por qué tanto webeo?

Con los ojos llorosos y con un tremendo nudo en la garganta, respondo abatido:

- Mira lo que te mandó el viejito pascuero...
- ¿Qué? No te entiendo -me dice frunciendo el ceño-.
- Sí poh, lo que tanto querías... -le digo con la garganta apretada-.
- Sé claro, Gago, por favor, no tengo mucho tiempo -dice agregando a su maldito ceño fruncido una mueca de disgusto-.
- Sí poh, Deisyta, lo que me dijiste que tanto querías... -le digo tristemente-.
- Gago -dijo mirando la hora en su celular-, John ya me debe estar esperando... ¿Me vas a decir para qué me has llamado tanto? ¡Me tienes harta con todo esto!
- Sabes Deisy, esta *cleta* es tuya -le dije ultra apesadumbrado, poniendo mi mano izquierda sobre el impecable asiento negro de la bicicleta que, como te dije, estaba parada a mi lado-.

Ella no comprendió y me miró más enojada aún, esperando alguna explicación.

Te había dicho que en verdad yo no “amaba” a Deisy, sino que sólo estaba encaprichado con ella, y lo que leerás a continuación te lo demostrará: cuando esperaba a Deisy aquel día, pasó junto a mí una mina con la que yo había tenido un poquito de onda hacía como dos años, y aunque ella me tiraba indirectas y yo puro quería algo más que coqueteos, la verdad es que yo nunca me enfoqué lo suficiente en la chica para que pasara algo.

Esa mina tenía en ese entonces diecisiete años, era de rostro muy pero muy lindo y tenía una hermosa figura de adolescente. Pero ahora, dos años después, quien pasaba junto a mí era una mujer llena de curvas y rebosante de sensual sexualidad. Conversamos durante un par de minutos, nos despedimos y siguió su camino.

Mientras la veía alejarse con sus contorneados y sensuales movimientos, típicos de una mujer que se sabe superatractiva, me dije en voz baja y mirando al suelo: “¡Putas que está rica esta mina, weón oh! ¡Con ella sí que sería feliz!”.

Y luego de decirme eso, pensé, no, mejor dicho *se pensó solo*, y en segunda persona, con una extraña voz en el interior de mi mente, *se pensó* lo que sigue:

— *¡Estai puro weando, conchetumadre! Estai súper claro que si la Deisy te dice “ya, bueno, pololíamos”, al instante la mina te dejará de interesar... Tú sabí perfectamente que en verdad nunca te ha gustado realmente porque es gorda gorda... ¡Es una fákin obesa mórbida!*

Luego de *escucharme decirme* aquello sacudí la cabeza para espantar la honestidad de aquel pensamiento, y el resultado de mi estupidez fue que continué encaprichado con Deisy ya que eso me “estabilizaba” emocionalmente pues, de aceptar alejarme de ella, se me vendría encima toda la incertidumbre de lo desconocido y me apabullaría la inseguridad de una existencia distinta a la que durante cinco años viví, y esa incertidumbre, en lugar de serme una oportunidad para apreciar mi soltería y disfrutar del regalo, del inmenso regalo que es a veces la soledad, en lugar de todo aquello infinitamente esclarecedor y de lo que tantísimo se puede aprender en la autonomía sentimental, en vez de ver así de genial la opción de terminar con todo aquello, *de saber decir adiós*, yo percibía esa situación de lo nuevo y desconocido como una terrible amenaza que me espantaba hasta la angustia:

DE TODAS LAS PERRAS QUE HAY EN EL PUTO MUNDO, SÓLO LA QUERÍA  
**A ELLA...**

Claramente, hermana, yo estaba rebien cagao de la cabeza.



Ella no comprendió y me miró todavía más enojada, esperando alguna explicación de mi insistencia por verla y le repetí y ahí ella entendió:

“¿Ah? ¿Esa bicicleta es para mí?”, dijo Deisy y durante un segundo su rostro se iluminó con una sonrisa, pero al instante volvió a su indiferente actitud de molestia y desagrado.

Miró la bici entre desinteresada y asombrada, la montó, pedaleó dando una pequeña vuelta frente a mí y dijo con una involuntaria y fugaz sonrisa: “oye, muchas gracias”.

Yo esperaba alguna reacción de gratitud que significara un apretado abrazo y un beso en la boca, un topón al menos, pero luego del “oye, muchas gracias”, Deisy no se bajó de la bicicleta y siguió dando pequeñas y lentas vueltas a mi derredor, sonriendo y comentando para ella misma que la bici era suavecita y muy cómoda.

Después de dos o tres giros, y siempre pedaleando, dejó de sonreír y dijo “¡ya, me tengo que ir volando, gracias!”, y se dirigió rauda hacia donde debía juntarse con John. La miré hasta que desapareció al doblar en una calle cercana pero ella nunca giró su cabeza para regalarme su fakin mirada aunque fuese un miserable segundo...



Y esa noche de año nuevo en el paradero, cuando me fui a la rechucha con el vino y las pastillas que Yayo me dio (Pág. 273 (dale, anda y relee, sabes que te esperaré: te he esperado toda tu vida así que un minuto extra hará más delicioso el haberme, al fin, logrado encontrarme en ti...)), la noche de aquel año nuevo fue en **esa bicicleta** en la cual me topé a John. ¡Imagínate!, y después, cuando yo ya estaba como amante de Deisy, la veía muy seguido junto a su noviecito pedalear sobre la puta bici, riendo ambos mientras pasaban junto a mí, y el weón me saludaba con una sonrisa triunfal y ella me hacía ese giño de complicidad que quería decir que tenía ganas de que yo le diera como un verdadero macho tiene que darle a una hembra, les escuchaba reír y les veía alejarse montados en aquella bicicleta que casi me cuesta la vida o la libertad... pero yo era vacán.

## VII

Como te he dicho, tenía claro que Deisy sólo quería mi pija y mi semen corriendo por dentro y por fuera de su cuerpo, mas a pesar de aquella certeza, al imaginar que follaríamos o recordar que lo habíamos hecho, jamás se me ponía dura pues en lugar de pensar cosas sexuales, me pasaba rollos del estilo que Deisy venía corriendo hasta mis brazos y me decía alegre y riendo “¡terminé con John, me decidí y me quedo contigo!”, esas weás imaginaba todas y cada una de las noches luego de separarnos o cuando no nos habíamos visto, y como ya te he contado, me daban ganas irrefrenables de fumar cigarros encendiéndolos uno tras otro mientras lloraba como un cabro chico, horas y horas, toda la noche todas las noches, horas y horas y horas hasta que al fin el sueño me vencía en el instante en el cual la Aurora de rosados dedos, traía el despertar a los mortales.

## VIII

Calculo, así a vuelo de pájaro, que le debo haber escrito a Deisy, de mi puño y letra o en el compu -y que luego yo imprimía y se las pasaba cuando andaba repartiendo cartas como cartero ilegal, o cuando la veía por ahí, o se las dejaba en la casa por debajo de la puerta de la reja con nombre inventado y que ella podría comprender-, a Deisy le debo haber redactado unas cien cartas. Le mandé también infinidad de mails y wps y mensajes de texto románticos.

De tanto estrujar mi creatividad literaria para llamar su atención -y sin darme cuenta hasta tres hechos que relataré en breve-, fui puliendo un arte para el que yo tenía bastante facilidad pero que nunca había practicado como algo en lo cual proyectarme.

Le escribí a Deisy cuentos, narraciones breves, micro y nanorelatos y una novela corta que le mandaba por capítulos; asimismo, le hice poemas con métrica o en prosa o en verso libre... miles de historias y sentires con diversos caracteres de personajes y narradores y motivos y hablantes y temas y objetos líricos, y formas literarias de toda índole y con diametrales diferencias en todas y cada una de las creaciones...

(yo sabía que ella siempre me leía porque cuando le destrozaba la zorri, la perra me decía cosas calientes en base a mis escritos)

Bueno, el asunto es que transcurrido exactamente un año desde la tocata en la cual conocimos a John, como casi a diario, me senté frente al computador para, nuevamente, inventar algún escrito que llamara la atención de Deisy.

Fue ahí cuando sucedió el primero de los tres sucesos que te mencioné en el segundo párrafo de la página anterior: mientras el compu arrancaba, me di cuenta de que *yo ya no sabía qué escribirle*: un relato, un poema o una carta, y tampoco tenía claro de qué trataría mi obra, si de pena, de alegría, de esperanza o de resignación o indiferencia (lo cual era una estupidez porque le estaba escribiendo).

Eso de *no saber qué escribirle* llamó tan fuerte mi atención que me mantuve como quince minutos con el compu encendido y sin abrir el editor de texto (open office), sin moverme y casi sin pestañear.

Por mi inmutabilidad parecía que yo nada pensaba, pero yo sí estaba pensando, aunque más que reflexionar respecto a lo que crearía para llamar la atención de Deisy, meditaba en el *porqué* de no haber tenido clara la obra de arte antes de empezarla; me consumía la mente aquello pues antes de ese mediodía, SIEMPRE, PERO SIEMPRE SIEMPRE yo había sabido qué le escribiría y sobre qué se trataría mi texto pues mi cerebro trabajaba 24/7 en crear para Deisy aquellos literarios homenajes.

Eso fue, como dije, lo primero que sucedió.

Siempre sin saber lo que redactaría, di al fin doble clic sobre el ícono del apache y ahí ocurrió el segundo acontecimiento: con infinita sorpresa me vi frente a la pantalla sin decirme: *“esta vez, será lo último que le escribiré”...*

Desde que me convertí en el amante de Deisy, cada vez que me sentaba a escribirle yo me decía “ya, ésta será la última carta -carta poema relato, da lo mismo- que le mandaré”, pero ese mediodía nada me dije, y cuando mis manos se dirigieron hacia el teclado, al estar a un centímetro del mismo, recién en ese momento me percaté del hecho de no haberme dicho que sería la última carta o poema etcétera que le escribiría: al instante alejé las manos del teclado y dejé mis brazos caer abatidos junto a mí.

*Verme y sentirme percatándome de eso* me dio una especie de crujidera en la cabeza pero ese desparpajo mental se fue al demonio cuando comprendí que no me había dicho eso de “ésta será la última vez que bla bla bla carta o cuento etcétera”, porque

“¡CONCHETUMADRE! ¡NO ME DIJE NADA PORQUE TENGO LA CERTEZA DE QUE TODA ESTA MIERDA JAMÁS TERMINARÁ!”

Y mientras yo pensab, no, mientras *aquello se pensaba a través de mí*, me mantuve así, fascinado y aterrorizado y guardando total silencio: mis brazos colgaban junto al asiento y yo nada pensaba y nada decía y sólo miraba la hoja del procesador de texto en blanco, y el cursor parpadeando.

Luego de unos minutos, sacudí mi cabeza; mis brazos elevaron mis manos y mis manos crisparon mis dedos sobre el teclado y fue desde ahí cuando ocurrió el tercer hecho: lo que imprimí en hojas rosadas cerca de las 11 de la noche de esa noche de octubre, once horas 22 minutos después de haber empezado a darle a las teclas del notbuc, fue la cima más alta que hasta ese momento hubo de alcanzar el para mí desconocido Proceso Creativo del maravilloso Arte Literario, que en mi interior bullía resplandeciente, agitado e impaciente desde antes de yo haber sido concebido.

Yo no sabía lo que me deparaba el destino -obvio que nadie lo sabe mas uno igual se puede proyectar etcétera (Pág. 34) pero esa vez yo tuve la certeza, cuando termine de leer en el computador lo que había escrito, supe que aquello tenía el mismo nivel que cualquier buen libro de los tantísimos que había leído a partir del mágico instante en el cual aprendí a leer (mi mamita me enseñó a los tres años, y de hecho, también le enseñó a leer a una niñita que era vecina nuestra, pero la vecinita aprendió a leer a los cinco años.

¡Ah!, no te había mencionado que soy un puto *bibliofilópata*: hasta el preciso momento en el cual estas líneas redacto, 23 del cuatro del 2mil10y9, he leído cerca de 6mil500 libros, sin contar las revistas ni los artículos noticiosos ni las muchas veces que he leído más de una vez el mismo libro).

Eso de escribir semejante pedazazo de texto fue el tercer hecho que me sucedió aquel día, y fue lo más hermoso pues gracias a la conciencia que en mi interior *se despertó a sí misma*, es posible disfrutar del goce estético del Arte desarrollado *a sí mismo* a través de tanta práctica.

Ese día 22 del 10, desde que había desayunado cerca de las once de la mañana y durante las tantas horas que escribí, no comí nada pues no sentí ni un poquito de hambre y ni siquiera me acordé de comer.

Bueno, terminé de escribir en el compu y leí mi escrito y lo dejé imprimiendo en rosadas hojas, y fui a la botillería a comprar cuatro cervezas Balticas de litro. Bajé dos viendo “Operación Dragón”, por millonésima vez.

Como a las tres de la madrugada, y luego de haber puesto el rosado escrito en un sobre blanco en el cual metí también un ramito de pequeños filodendros, fui hasta la casa de Deisy y dejé el paquete entre las plantas que colgaban en el interior de la reja. Volví a la casa de mi madre (mi padre también vivía allí) y me bebí las otras dos cervezas leyendo, también por millonésima vez, “Así habló Zaratustra”. No recuerdo cuándo me quedé dormido (o sea, nadie se acuerda de eso poh, obvio, pero cachai a lo que voy).

## IX

Sentado en una de las tres únicas butacas que componían los asientos para el público dentro de un inmenso teatro estilo coliseo romano -las otras dos butacas estaban vacías-, yo contemplaba una representación teatral en la cual los gritos de miles de personas en la feria de una gran aldea, celebraban el ahorcamiento simultáneo de un bebé, de Marx y de una mujer terriblemente fea y muy gorda.

En la obra, un asiático leía miles de rosadas páginas y luego dictaba la sentencia al tiempo que preguntaba “¿es o no justo a los omnipotentes ojos del muerto eterno, es o no justo que liberemos a las víctimas que sufrirán la pena del capital?”.

Entre los gritos de la multitud, argumentaba el chino o japonés que los imputados estaban acusados de violación y de prostitución, de esperanza y de comerse en grandes banquetes el alimento que históricamente había pertenecido a la clase proletaria.

Al principio, los bramidos de la multitud de incontables personajes de relleno eran confusos, pero a medida que la representación de la fatal ceremonia avanzaba, los gritos se fueron haciendo más claros:



— ¡¿Es justo que los liberemos?! -preguntaba el oriental que leía aquellas rosadas páginas-.

— ¡Síííííí! ¡Eeeeeesssss juuusssssstttttoooo! -gritaba parte de la multitud-.

— ¡Noooo, nooo looo eeesss, noooo essss justoooo!!! -exclamaban muchas otras personas-.

— ¡¿Es injusto, entonces!? -replicaba el asiático-.

— ¡Nooooo, noooo eesss iiiinnnnjuuusssstooo!... ¡Nooo loooo essss!  
-gritaba mucha gente-.

— ¡Síííííí, síííííí loooo eeeesssss! -gritaban muchos otros-.

— ¡Si es justo o injusto, yo me lavo las manos! ¡¿Quieren que me lave los dientes con enjuague bucal y seda dentífrica también?! -vociferó el hombre que leía las hojas rosadas-.

— ¡Sííííí, eeeeessssss juuuussssstttttoooo!

— ¡Nooooooooo, noooo looo esssss!

— ¡Sííííí, loooo eeeesssss!

- ¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

— ¡Nooooooooo!

— ¡Siiiiiiiiiiiiii!

— ¡Nooooo!

— ¡Ciiiiiiiiiiiiiiiiiii!

— ¡Loooooooooooooooooooo!

— ¡Ciiiiiiiiiiiiiiiiii!

— ¡Looooooooooooooooo!

Sentí mi verga palpitando, grande y muy dura.

— ¡¿Es justo o es injusto?! -preguntó nuevamente el tipo que leía la sentencia-

— ¡Síiiiiiiiiiiii!

— ¡Nooooooooo!

— ¡Riiiiiiiiiiii!

— ¡Noooooo!

— ¡Ciiiiiiii!

— ¡Looooooooo!

Sentí un calor en el rostro y los párpados como llenos de arena.

— ¡Ciiiiiiiiiiii!

— ¡Loooooooooooo!

— ¡Ciiiiiiii!

— ¡Nooooooo!

Poco a poco la ejecución en la feria de aquella aldea fue llenándose de una increíble luminosidad. “¡Es la luz de la justicia y de la verdad!”, fue lo último que dijo el chino o japonés o mongol; a medida que el justiciero brillo cegaba la escena, me sentí como atrapado en una especie de red que giraba vertiginosamente de un lado al otro lado.

— ¡Riiiiiiiiiiii!

— ¡Loooooooooooo!

Comenzó a desaparecer esa extraña especie de red que me envolvía y con ella, la feria y el teatro y todo aquel bizarro espectáculo, y todo se fue saturando de luz.

— ¡¿Es justo, o no es justo?! -se escuchaban voces lejana perdiéndose entre todo el resplandor-.

— ¡S!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

— ¡Nooooo!

— ¡S!!!!!!!!!!!!!!

— ¡Nooooo!

— ¡C!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

— ¡Looooooooooooooooooooo!

— ¡C!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

— ¡Looooooooooooooooooooo!

— ¡C!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!ir!!loooooooooooooo!

**¡CIIIIIIIIIIIRIIIIIIIIIIIILOOOOOOO!**

Antes de despertar, y sumido en la luz que inundaba los gritos cada vez más lejanos de los personajes en el sueño, sumergido en el resplandor y antes de abrir los ojos, reconocí su maligna voz: me vi entonces enredado en las sábanas y una parte de mí -parte de mi Ser que en verdad era mi corneta- me animó a asomarme apenas tuve claro que era Deisy quien me llamaba:

— ¡CIIIIIIIIIIIIIRIIIIIIIIIIIIIIIIIIIILOOOOOOOOOOO!

No pensé, mejor dicho, *mi Ser no concibió* nada parecido al “amor” que durante tantos y tan interminables meses creí, autongañado, sentir: algo dentro de mí razonó sin que yo tuviera nada que ver en dicha reflexión (igualito como esa vez en la que conversé un rato con la chica rica antes de entregarle la bicicleta a Deisy (Pág. 372), algo en mi interior *se dijo a sí mismo*, como en segunda persona y con la voz de mi pensamiento aunque más que escuchar aquello con los oídos de mi mente, más que escucharme a mí mismo, yo “vi” esos pensamiento en un flash de imágenes cuando reconocí la malévola voz de Deisy; y esto fue lo que yo “vi”:

*“Deisy quiere sexo puro y duro con escupos ahorcamientos subyugaciones y weás cochinas que la mees después de tirarle toda tu lechecita en la cara y que les des por el culito en cuatro y mientras la masturbas ella acabará y se separará de ti y se girará poniéndose de rodillas metiéndose tu pico en la boca te la chupará salvajemente y agarrarás con ambas manos la cabeza de Deisy y empujarás hacia delante y hacia atrás adentro hasta el fondo de su garganta y afuera y adentro vez tras vez y luego le dirás “¡Córreme la paja puta reculí cochina! ¡Me voy a ir cortao conchetumadre!” eso le dirás y se lo sacarás de la boca y ella te masturbará y te apretará las pelotas y cuando eyacules te tirará el semen en la palma de tu mano derecha haciendo como un cuenco, y con la izquierda le acariciarás tiernamente la nuca y le pondrás tu mano derecha junto a su boca y ella de rodillas y con ambas manos apoyadas en el suelo y con su culo paradito se beberá tu semen a sorbitos tiernamente y con toda su cara enrojecida y mirándote directamente a los ojos con sus pupilas dilatadas como gata y los labios de su boca increíblemente hinchados, Deisy beberá y sorberá de tu mano sorbito a sorbito toda tu leche hasta la última gotita, así como tantas veces lo ha hecho... y será espectacular eyacularás y quedarás seco y tus orgasmos y los de ella te sacarán de tu cuerpo y tus orgasmos no terminarán con tu eyaculación y y tus orgasmos durarán media hora y serás feliz, pero... ¿después?... después, ¿qué?... Ella te dejará sumido en esa horrible tristeza y abandono, y llorarás, y fumarás, y llorarás y fumarás y cada fumada será una maldita lágrima y reproches y gemidos de dolor sin placer... no es éso lo que quieres, sexo y después lágrimas... no es éso lo que quieres y mucho menos es lo que mereces... demasiado es el precio y poca o nula tu ganancia”.*

Eso fue lo que *se dijo a sí mismo* con la voz de mi pensamiento, y eso fue lo que *yo me escuché* con los oídos de mi mente y eso fue *lo que vi* con los ojos de mi imaginación... y toda esa mierda sucedió en muchísimo menos de un segundo, broder...

“¡¡¡CIIIIIIIRIIIIIIIILOOOOOOO!!!”, llama Deisy y lo más seguro es que su entrepierna esté toda chorreada y tal vez se mee un poco y quizá también se le salga algún lujurioso peo...

— ¡¡¡CIIIIIIIIIRIIIIIIIILOOOOOOOOOOO!!!

Mi verga me dice “¡Qué esperai, saco weá, abre la reja y agárrala de un brazo y súbela corriendo a tu pieza... dale a esa puta lo que quiere, conchetumadre!”

“¡¡¡CIIIIIIIRIIIIIIIILOOOOOOO!!!”, continúa llamando Deisy y mi verga me sigue reclamando: “¡Estoy que me corto por culiármela! ¡No seai weón! ¡¿Pa’ qué pensai en el amor y todas esas mierdas?! ¡¡¡¿NO QUE ERÍS TAN MACHO Y TAN HOMBRE Y TAN VIRIL?!!!”, dice mi pico enardecido.

— ¡¡¡CIIIIIIIIIRIIIIIIIILOOOOOOOOOOO!!! -insiste Deisy-.

Mi corazón me dice “oye, ¿qué sacai con hacerla tuya una y mil veces si al final la tipa, *ésa cualquiera*, después de tener lo que busca se va a marchar, se “va a ir volando” a los brazos del otro?”

“iiiiCCCCCCCCCCCCRRRRRRRRLLLLLLLLLLLLLLLL!!”



Como mi pico duro y grande y palpitante me exigía salir a atenderla y como me hacía mucho sentido lo que mi corazón me dijo, acudí a pedir auxilio a mi razón pero mi razón me dijo “yo no me meto en weás, a mí lo único que me interesa es leer y pensar y ahora también escribir, pero no me preguntís nada, yo no me meto en weás”...

—¡¡¡CIIRIIIILOOOOOOOOOO!!! -insistía Deisy-

- (*Mi corazón*) Salga, ábrale la puerta y dele lo que quiere, y quede después destrozado... vaya, ¿qué espera?, haga lo que nuestro pico le dice y luego llore y amanézcase llorando...
- (*Mi razón*) A mí no me mirís, weón: yo no me meto en weás...
- (*Mi pene*) ¡Hijo de puta, la weona está chorreando! ¡Nietzsche te sacaría la rechucha por gay!
- ¡¡¡CIIRIIIILOOO!!! ¡¡¡CIIIIIIIIIRIIIILOOOOO!!! -segúa llamándome Deisy-.
- (*Mi pene*) ¡Sal de una vez, idiota! ¡Culéatela como un depravado, la última vez, la ultimita!
- (*Mi corazón*) Vaya, hágalo por última vez, vaya y haga lo que viene haciendo por última vez desde hace seis meses...
- ¡¡¡CIIRIIIILOOO!!! ¡¡¡CIIIIIIIIIRIIIILOOOOOOO!!!
- ¡Sal de una vez, idiota!
- ¡¡¡CIIIIIIIRIIIIIILOOOOOOO!!! ¡¡¡CIIRIIIILOOOO!!!
- Vaya, hágalo...
- ¡¡¡CIIIIIIIRIIIIIILOOOOOOO!!!
- ¡La última vez, la ultimita!
- ¡¡¡CIIRIIIILOOOO!!! ¡¡¡CIIRIIIILOOOO!!! ¡¡¡CIIRIIIILOOOO!!!
- ¡Oye weón, qué me mirai a mí, arregla vóh tus weás!
- ¡¡¡CIIIIIIIRIIIIIILOOOOOOO!!! ¡¡¡CIIRIIIIIIIILOOOO!!!
- Hágalo, apúrese antes de que sea tarde, salga antes de que esa ramera se vaya...
- ¡Ahora sí que va a ser la ultimita!
- ¡CIIIIIIIRIIIIIILOOOOOO!
- Vaya, salga y ÁMESE de mentira...



¡¡¡CIIRIILOOO!!! ¡¡¡CIIRIILOOO!!! A MÍ NI ME MIRÍS WEÓN, YA TE DIJE  
¡¡¡CIIRIILOOO!!! ¡¡¡CIIRIILOOO!!! ¡¡¡CIIRIILOO!!! CULÉATELA CULÉATELA  
¡¡¡CIIRIILOO!!! VAYA SALGA Y QUEDE DESTROZADO ¡¡¡CIIRIILOOO!!!  
ANDA A BUSCARLA Y CULÉATELA ¡¡¡CIIRIILOO!!! ¡¡¡CIIRIILOO!!!  
¡¡¡CIIRIILOO!!! YO NO METO EN WEÁS ¡¡¡CIIRIILOO!!! ¡¡¡CIIRIILOOOOOO!!!  
SALGA Y QUEDE DESTROZADO ¡¡¡CIIRIIIRIILOOO!!! YO NO METO EN  
WEÁS, YA TE DIJE ¡¡¡CIIRIIIRIILOO!! ¡¡¡CIIRIIIRIIIILOOO!! MÉTESELO LA  
ULTIMA VEZ LA ULTIMITA ¡¡¡¡¡CIIRIILOOOOOO!!! HAZTE CARGO DE TUS  
CAGÁS VÓH SOLO ¡¡¡CIIRIILOOO!! ¡¡¡CIIRIILOOO!! ¡¡¡CIIRIILOO!!  
CULÉATELA ¡¡¡CIIRIILO!! HASTA CUÁNDO AGUANTAS SU DESCARIÑO Y  
DESPRECIO ¡HAZLA, WEÓN, HAZLA TUYA OTRA VEZ, CONCHETUMADRE!  
¡¡¡¡¡¡¡¡¡CIIRIIIIIIIILOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!!!!!!!!

— ¡CIIIIIRIIIILOOOOO!

— ...

— ¡CIIIRIIIILOOO!

— ...

— ¡Cirilooo!

— ...

— ¡Cirilo!

— ...

— Cirilo...

Deisy se cansó de llamar, finalmente.

Se fue y mi verga se enojó conmigo y no se me volvió a poner dura en muchos días y noches, y mi corazón se sintió satisfecho y mi razón guardó total silencio, y en ese estado de “muerte psicológica” no la busqué más, de ninguna manera... y entonces tampoco la llamaba ni nada y los telefonazos de Deisy comenzaron obsesivamente a medida que yo no la buscaba porque antes yo andaba pendiente de sus escasos mensajes y casi inexistentes llamadas, pero desde ese día que me fue a buscar a la casa y yo no quise salir -o *no pude* salir-, desde ese día ya no le respondí más el teléfono y entonces desde ese día, comencé a tener como diez o sesenta llamadas perdidas y miles de wsp y mensajes de texto que jamás leí ni escuché los audios de wsp ni vi los wps, y no tengo idea si me desbloqueó de RRSS y me hablo por ahí porque en la tarde de ese mismo día, la bloqueé yo.

Y así, luego de un interminable año de ser un maldito idiota, logré dejar muy pero muy lentamente, tan lentamente que no noté el desarrollo del proceso, luego de un larguísimo año, dejé de jugar aquel estúpido jueguito lleno de espectaculares sexos sin amor y de amor sin amor y de vacías promesas que yo y ella sabíamos que eran puras mentiras, “te prometo que voy a pensarlo, *dame un tiempo mi amor*, te prometo que mañana me quedo contigo te prometo que iremos el fin de semana a la playa te prometo que tomaré una decisión te prometo que no le prestaré más la bicicleta te prometo que bla bla bla mierda mierda mierda la la la etcétera etcétera etcétera...

Todo un año lleno de autoreflexiones espontáneas y fugaces, sensatas y urgentes pero que yo preferí desoírme y que no aparecen en este relato precisamente porque las desoí, todo aquel tiempo de esas verdades mentirosas, según me pareció, había llegado, por fin, a su fin.

## X

Imagínate lo que significa un año del mejor sexo que podrías soñar en tu masturbadora vida pero que al momento de los cariñitos y abracitos y de las tiernas y ricas sonrisitas cómplices luego de que ella acabe dos o trece veces y que de tan pero tan entregada a tu cuerpo, a tu amor o a tu respeto o a todas esas cosas o tan sólo a una de ellas, de tan entregada a ti ella se traga hasta la última gotita de tu semen sorbiéndolo lentamente desde la palma de tu mano ...

Toneladas de sexo a cualquier hora y en cualquier lugar y en todas las formas posibles...

¿Cachai?, o sea, ¿te podí imaginar lo que significa hacer todo eso con una persona de la cual estás *enfermamente* “enamorado”, pero que después de los más exquisitos orgasmos, en lugar de sonreírse llenas de placer, cariño, respeto y confianza y amor, mucho, muchísimo amor y caricias, en lugar de dormir juntitas y abrazaditos hablándose de vuestras existencias y de desear toda una vida llena de amor y proyectos y alegrías y aventuras junt@s, en vez de todo eso lindo, después de quedar exhaustas a causa de tantos climaxes y honesta lujuria, después de esos estallidos de luz -obviamente falsos y malos sustitutos de la Explosión REAL de Luz que es **El Amor REAL**, pobres y tristes sustitutos pero que al menos me servían de algo-, después de habernos hecho el “amor”, Deisy se vestía y se iba corriendo desesperada por arrojarle a los brazos del otro!

¡Y más encima “el otro” ERA SU POLOLO OFICIAL!



¿Te puedes imaginar cómo quedaba yo?

Destrozado y sumergido en un infinito vacío lleno de frío y de lágrimas  
de miedo y reproches;  
de amargura y desamparo...

...de abandono, de cigarros y de tristes y solitarias borracheras...

¿Comprendes, aunque sea un poquito, cómo me sentía?

Era como *agarrarte a martillazos la cabeza tú a ti mism@*, o tener una lavadora funcionando frenéticamente 24/7 con tu agotadísimo cerebro adentro... ¡Y más encima que su pololo oficial ande con una bandera del Partido Comunista pegada en su mochila!

Sé que estoy redundando hace rato pero necesito que te quede hiperclaro que el amor que yo creía sentir, llenaba mi soledad ¡Naaaaa! ¡Qué paja seguir con lo mismo! Cuento corto: la puñetera weá es que comí mierda durante todo aquel año, mi segundo año de la carrera universitaria a la cual tanto me había costado ingresar y que estaba cursando de manera brillante; a raíz de semejante caos emocional caí en esa depresión que te mencioné al principio del libro (Pág. 87) y por andar pendiente de esta mina y salir con ella y estar follándomela en vez de estudiar para las pruebas y escribirle cartas de amor en lugar de asistir a las ayudantías y por estar chupándole la zorra en vez de hacer los trabajos para la universidad y por soñar con ella y embriagarme y drogarme a diario para evadirme de aquel basurero mental y emocional, por no ser lo suficientemente adulto



# **POR AWEONAO**

me eché todos los ramos del segundo año de la carrera, perdí la beca que el Estado me otorgaba para costear mis estudios y como no tenía un puto peso ahorrado pues las platas que a duras penas logré juntar me las fui gastando en las salidas con Deisy, y como lo que yo ganaba repartiendo cartas en realidad no me alcanzaba para nada, dejé tirado mi futuro profesional: “Licenciado en Filosofía”, habría sido mi título universitario...

¡Cuánto me arrepentiría después!



Si hiciste caso a la “Advertencia” (Págs. 282 a 290), te cuento que en el capítulo que no leíste relaté parte de mi pololeo de cinco años con Deisy; narré también que Deisy terminó conmigo y que nos convertimos en amantes y mientras lo éramos, ella me decía que estaba confundida y que terminaría con John y que volvería conmigo pero como nunca terminaba con John y a mí sólo me tenía de amante, entré en una profunda depresión y a raíz de aquello reprobé todos los ramos del segundo año de la carrera universitaria que estudiaba: Licenciatura en Filosofía.

Yo pagaba la carrera gracias a una beca que por “enamorado” perdí, y como no tenía dinero para seguir estudiando, tuve que dejar la universidad.







## **CUARTA PARTE**

### **La Ascendencia\***

\*Para que logres comprender en su máxima profundidad mi relación con Amapola Amaranta, es imprescindible que conozcas lo que viene a continuación.



La fría y oscura tarde de un final de mayo, al regresar de la escuela, tres pequeños hermanos vieron una ambulancia afuera de su casa y corrieron hacia ella. El padre, completamente borracho y con una botella de licor en una de sus manos, sentado con la espalda apoyada en el muro, lloraba y gritaba y gritaba y maldecía mientras una camilla era subida al vehículo. Alguien iba acostado sobre la camilla, cubierto totalmente por una sábana blanca. Un enfermero se acercó a los chicos y poniéndoles a mi abuelo y a su hermano menor una mano en cada hombro, les dijo que lo sentía mucho y que ahora deberían cuidarse por sí mismos pues el padre no valía un mísero centavo. Escucharon que el hermano mayor comenzaba a sollozar: “la mamá murió”, dijo, y los tres hermanos se abrazaron y rompieron en llanto, “¡nos quedamos guachitos, nos quedamos guachitos!”, decían entre lágrimas...

La madre había muerto repentinamente a causa de un infarto o algo así, ya que no se había sentido enferma: aquel día, cuando se despidieron de ella antes de ir a la escuela, todo había sido normal.

El padre, alcohólico y sin el hábito del trabajo, bebía con el dinero que la madre ganaba lavando, cosiendo y planchando ropa ajena. Según recordara mi abuelo, mientras la madre estuvo con vida su padre jamás les había golpeado ni a ellos ni a su mujer, y sólo se dedicaba a beber día y noche ya en su casa, ya en restaurantes junto a sus amigos.

Muerta la madre y habiéndose el padre gastado los ahorros que su esposa logró a duras penas juntar, la vida de mi abuelo y la de sus hermanos cambió del cielo a la tierra; tampoco siguieron yendo a la escuela pues el padre, siempre borracho, les obligaba a mendigar dinero y comida.

La casa empezó a llenarse de alcohólicos y vagos que se aprovechaban del papito cuando quedaba inconsciente de tanto beber, y robaban las cosas de lo que hasta hace poco tiempo había sido un hogar: en menos de dos meses, la casa quedó prácticamente desvalijada, y sin agua ni luz: ya no era otra cosa más que tipos bebiendo y mujeres tomando y prostituyéndose por unas cuantas monedas, o por alcohol; vómitos y escupitajos habían por doquier...

En una de las habitaciones que aún no ha sido invadida por el vicio, mi abuelo y sus hermanos duermen sobre un par de colchonetas sin frazadas ni sábanas.

Como dije, mi abuelo y sus hermanos debían salir a procurarse alimentos y a mendigar muy temprano en la mañana, aún oscuro aun, pues si no llegaban con el dinero suficiente para que su padre pudiera beber e invitar a tomar a los hombres y mujeres que estuviesen en la casa, él les daba tremendas palizas, golpes propinados muchas veces también por aquellos hombres y mujeres que se emborrachaban allí.

Una tarde, el hermano mayor les dijo que se había enterado de un trabajo en las cosechas, fuera de la ciudad, y que había decidido tomarlo. Estaría allí tres meses y luego volvería a buscar a sus hermanitos. A la mañana siguiente se despidió prometiendo que todo se arreglaría, y haciéndoles prometer también a sus hermanos que soportarían todo lo que fuese necesario hasta que pasaran los tres meses, se despidió dándole un abrazo y un beso a cada uno, y se fue... y jamás regresó.

Ha pasado todo un año de miseria, de frío y de hambre, de golpes y miedo y abandono. Aún los dos hermanos duermen juntos en la habitación, cuarto que extrañamente es respetado por tácito acuerdo de todos los borrachos y borrachas que frecuentan el lugar. Un helado y lluvioso anochecer, sin embargo, cuando regresaban exhaustos de andar todo el día limosneando, encontraron a una mujer durmiendo sobre sus colchonetas: apestaba a orina y vino rancio. La remecieron y remecieron intentando despertarla pero ella no reaccionaba; siguieron moviéndola y moviéndola hasta que despertó.

Con el pelo enmarañado, el rostro desencajado y los ojos rojos por el alcohol, la mujer comenzó a insultarlos y a golpearlos.

Chillando y maldiciendo, llamaba al padre de mi abuelo:

— ¡Juan! ¡Juan! -gritaba enajenada-.

Trastabillando, Juan entró en la habitación. Borracho como siempre, cargando una botella de aguardiente en la mano y con la boca babeante, se tambaleaba y hubo de apoyarse en una de las paredes.

— ¡¿Qué, qué paiHik! qué pasa muj, mujer?!

— ¡Los delincuentes de tus hijos me manosearon mientras dormía!



Juan, abriendo y cerrando los ojos y tratando de enfocar la mirada con la cual ve triple y doble, observa impávido intentando comprender lo que está pasando.

— ¡No, papito! ¡No es verdad lo que ella dice! ¡Sólo la despertamos para acostarnos!

— ¡Mentira! ¡Estos demonios se aprovechaban de mí!

— ¡No es cierto! ¡Estamos muy cansados y sólo queremos dormir!

— ¡CÁLLENSE! -grita la borracha- ¡Ahora soy yo la mujer de su padre!

Los niños se miran perplejos.

La tipa lleva cerca de un mes alcoholizándose en la casa y muchas veces la han visto, a la pasada, sentarse borracha en las rodillas de su padre o abrazarlo o besarla toda ebria, pero nunca imaginaron que esa mujer podría, en modo alguno, reemplazar a su mamita.

— ¡Yo no puedo vivir junto a estos delincuentes de tus hijos! -sus ojos rojos centellan odio-.

— ¡Que se vaya, papito, que se vaya! -ruegan los niñitos llorando angustiados-.

— ¡Elige, Juan! ¡Elige! ¡Tus hijos o yo!

Juan abre y cierra los ojos, intenta enfocar su mirada y se tambalea, su rostro va de la mujer hacia sus hijos y de ellos a la mujer; ve todo doble y triple y babea...

Juan da un largo trago a la botella y con la manga del mismo brazo se limpia la boca de un brusco manotón.

Los niños lloran abrazados, la borracha jadea y Juan se acerca tambaleante a la mujer y la mujer grita cuando Juan levanta su brazo y le pega un tremendo manotón en la cara que la arroja contra la muralla, y la mujer cae al piso mientras Juan le grita que salga de su casa y que no regrese nunca más.

Eso fue lo que en su imaginación vio mi abuelo pero la bofetada la recibió él, y luego una patada, y la botella de aguardiente se hizo trizas en la espalda de su hermanito quien dando un tremendo alarido, cayó al piso. La mujer los agarró a ambos del pelo y los echó a la calle entre insultos y patadas, bajo la fría y triste lluvia de un oscuro siete de junio.

Desde aquel siete del seis la calle se convirtió en su refugio pues ya no tuvieron un miserable lugar al cual llegar ni tan siquiera a dormir sino que a tenderse apenas, puesto que las peleas y los escándalos que todo el tiempo ocurrían en lo que había sido su hogar, no les dejaron ni una sola noche descansar tranquilos.

En aquella época, mi abuelo tenía once años y su hermano Roberto, nueve. Continuaron mendigando. Pasado el tiempo se hicieron de unos cajones para lustrar zapatos, y a eso se dedicaron durante algunos años.

Por la noche se iban a dormir junto a muchos mendigos a la orilla del río Mapocho, en unos lugares llamados “caletas”, y allí fumaban cigarrillos y se abrazaban llorando por la muerte de la madre y por el hermano que jamás volvió, pero se consolaban armando el proyecto de que, cuando fueran grandes, se comprarían una casa.

“A lo mejor -decía Robertito sollozando- podríamos vivir en otra ciudad”. Llorando abrazados, prometían nunca separarse.



A los once años, Robertito comenzó a beber.

Desde la tarde en la cual mi abuelo vio la ambulancia afuera de su casa, todos los días lloraba por su madre; después, se sumó a su amargura el llanto por el hermano que nunca regresó pero como mi abuelo detestaba la bebida, no tenía manera de evadirse de su tan triste existencia.

Aunque mi abuelo constantemente regañaba a Robertito por andar tomando, Robertito continuó bebiendo pues era la única manera de soportar su tan miserable realidad.

Robertito pasa ahora muchos días borracho, y mi abuelo debe ir a lustrar zapatos solo (a veces salen juntos, cada vez menos eso sí,

y todo el dinero que Roberto gana se lo gasta en trago): cuando mi abuelo va a trabajar solo y regresa a la caleta, Robertito está inconsciente de tanto beber. Cuando Roberto despierta de su borrachera, mi abuelo se ha ido a lustrar zapatos hace muchas horas.

Ya no lloran abrazados diciendo que vivirán juntos y que jamás se separarán.

Una noche, al regresar a la caleta, mi abuelo no encuentra a Roberto; le pregunta a los mendigos por su hermano y ellos le dicen que estuvo todo el día tomando con unos muchachos que no son de los que frecuentan el lugar. Le cuentan también que le dijeron insistentemente a Roberto que se alejara de aquellas gentes pues les saben delincuentes y agresivos, pero él no nos escuchó y de hecho nos insultó y nos dijo que no nos metiéramos más en su vida...



Han pasado dos días, y Roberto no aparece. Mi abuelo recorre las incontables caletas del Río Mapocho buscándolo. Nada. Cinco días. También fue a las comisarías y retenes de la capital, fue a todas. Nada. Diez días. Visita los hospitales y los albergues. Nada. Trece días. “Quizá Roberto ha viajado a otra ciudad”, se dijo mientras iba a consultar a la cárcel. Nada. Quince días. Sólo queda un lugar en Santiago: la morgue.

Robertito había ingresado hacía dos semanas; su tórax, cuello y el brazo y la mano derecha tenían profundos cortes y puñaladas. “Riña con resultado de muerte”, decía el escueto parte policial.

— ¿Se lo va a llevar? -preguntó el encargado a mi abuelo-.

Mi abuelo guardó silencio. Qué podría hacer con el cadáver si no tenía dinero más que para una comida al día, o para dos que no hacían una...

A la policía no le importó averiguar quién mató a Robertito y mi abuelo no tiene cómo investigar, y si lo hiciera y encontrara a los asesinos, no podría hacerles nada y además lo matarían a él.

Mi abuelo se alejó de la morgue sollozando con el pecho desgarrado y embargado de una angustia que ya jamás le abandonará: “ahora estoy solo, solo... no tengo a nadie... estoy solo...”

Además de llorar diariamente por su madre y por el hermano que prometió volver pero que nunca lo hizo, desde ahora llorará también por el otro hermano.

“¿Se lo va a llevar?”, le había preguntado el encargado.

Mi abuelo se alejó de la morgue sollozando con el pecho desgarrado: su amado y pequeño hermanito Robertito, será arrojado a la indignidad de una miserable fosa común.

Avanzaron los años y mi abuelo aprendió un oficio hoy y mañana otro, y pasó de lustrar zapatos a ser aprendiz en electricidad domiciliaria y luego ayudante adelantado de electricidad; fue también aprendiz de zapatero y llegó a ser ayudante adelantado de zapatero; trabajó igualmente como dependiente de almacenes y como chofer de camiones.

Mi abuelo dejó las caletas hace tiempo; su salario le alcanza ahora para vivir en una pequeña pieza y procurarse al menos dos comidas decentes al día; sin embargo, invariablemente, llora todas las noches recordando a su madre, a Roberto, y al hermano aquel que nunca regresó.

Llora y fuma un paquete de cigarrillos y se fuma otro paquete llorando y pensando en su madre y en el hermano que jamás regresó, recordando también a Robertito.

De vez en cuando -una vez cada dos meses o dos veces al mes, cada tres meses-, mi abuelo entra en sórdidas habitaciones en las cuales alguna vieja o famélica u obesa prostituta le espera sentada en el borde de una cama, llena ella -la mujer- de semen y quizá de gonorrea o hepatitis B, y llena también la cama de pulgas, de chinches o de sarna.

Se desnuda mi abuelo bajo la tenue luz de una vela y se tiende junto a aquella mujer a la cual compró por una o dos horas, o toda la noche, aprestándose a disfrutar (¿Disfrutar? ¡Por los clavos de Cristo!) del artificial amor corporal que sus pocos pesos ganados con tanto esfuerzo, cree y desea, le proporcionarán.

Al verlo tendido en la cama, la gorda o esquelética o vieja mujer piensa aterrada en las enfermedades que mi abuelo podrá contagiarle; triste y miserable prostituta, tan o más miserable que mi abuelo, paupérrima buscona que comienza a contar los pocos pesos que ganará con tanta repugnancia al entregar por enésima vez su vagina que ha sido mancillada desde que su padrastro, a los cuatro años, no, desde los cuatro años, ultrajó...

Mientras la prostituta cuenta los escuálidos billetes sobre su aún más escuálida cartera, esta mujer, quien podría haber sido feliz pero desde que el padrastro y luego el amigo del padrastro y después todos los hombres y mujeres a quienes su madre les cobró para violarla desde los cuatro años, esta humana que podría haber sido feliz pero que ya jamás lo será y que nunca conocerá el significado de las palabras alegría o respeto o autoestima y ni tan siquiera tranquilidad, esta mujer, quien sentada en el borde de la cama guarda los dos billetes de a peso en el velador, y sin otro sentir más que el pensar en las hijas que esperan su regreso con algo de comer, mientras todo esto ocurre, la desdichada puta ve todo lo que leíste como si estuviera ella soñando esos sueños en los cuales ves las acciones y ves lo que sucede pero no puedes cambiar la situación, porque tu voluntad está fuera del sueño...

Y mientras la triste puta ve todo esto como si estuviera soñando, solloza imperceptiblemente.

La mujer sopla la vela pero la vela no se apaga; sopla el candil otra vez pero la vela no quiere apagarse y entonces sopla otra vez y ahora sí, la vela se apaga.

Sumidas ella y él en la más insalvable y oscura lejanía, mi abuelo, desnudo y con los ojos llorosos, se acerca tímidamente a la desdichada: alarga su mano y siente muy frío aquel gordo o famélico o arrugado cuerpo; al tocar aquella piel lejana y helada, mi abuelo comienza a llorar.

Dos veces al mes cada tres meses, o una vez cada dos meses, mi abuelo entra en sórdidas habitaciones en las cuales alguna famélica u obesa o vieja prostituta le espera sentada en el borde de una cama, pero jamás concreta nada: desnudo junto a la mujer, mientras la abraza, mientras acaricia aquel desconocido y frío cuerpo, comienza a llorar recordando a su madre y a sus hermanos.

Si al menos viniese con un par de tragos encima, quizá podría hacer algo... pero mi abuelo detesta la bebida.

En algunos de sus muchos andares, mi abuelo se topó con varios evangélicos pentecostales quienes le hablaban de una vida eterna en la cual un dios resucitaría a todas las personas que habían sido buenas; mi abuelo pensaba que su madre había sido buena, y recordaba sus caricias, su risa y su dulce voz. Recordaba también las veces que su madre le cuidó cuando estuvo agripado o con dolor de estómago, y le hacía cariño en su barriguita y le sonreía y le tarareaba canciones muy bonitas, acariciando también su frente, sin dejar nunca de sonreírle...

— Dios resucitará a todas las personas buenas, hermano. En el cielo no hay hambre, llanto ni dolor -le dijo un pentecostal a mi abuelo, y le entregó una biblia; también le dijo que en esa biblia encontraría las promesas que dios había hecho a todos sus hijos-  
.

“El dios verdadero que nosotros predicamos ama a todos sus hijos. Él es nuestro padre celestial”.

Aquella Promesa de aquel Padre del cual le hablaron esos Hermanos quienes le entregaron una biblia, libro que hablaba de una vida eterna en la que estaría por siempre con Su Madre en un lugar en donde no habría ni Llanto ni Hambre ni Dolor, aquella promesa, aquellas promesas, le convencieron de ir a una iglesia pentecostal, y al domingo siguiente, fue.

La iglesia era un galpón grande con una cruz ladeada en el frontis. Mi abuelo entró a la iglesia lleno de esperanza y con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto, y se sentó en la banca que estaba inmediatamente al lado derecho de la entrada, sin notar que junto a él, una joven morena, regordeta, de baja estatura y toscas facciones, y un poco sorda además, miraba absorta y con la boca abierta todo a su alrededor.



Dolores de la Piedad era una chica campesina del sur de Chile, de por allá por Temuco. Trabajaba como empleada en la casa de campo de un rico hacendado; Manuel, se llamaba el latifundista.

Dolores de la Piedad, de dieciséis años, no tenía novio ni amigos hombres. Dos veces a la semana iba sola al pueblo a comprar víveres.

Una mañana, la esposa del rico estanciero la encontró desmayada en la cocina. Nadie en la familia del hacendado supo a qué atribuir el desmayo hasta que... la pancita de Dolores comenzó a crecer.

Por más que le preguntaron quién era el padre, ella guardó silencio.

Nueve meses han transcurrido.

Dolores de la Piedad siguió realizando sus labores como siempre lo hace pero esta noche “rompió fuentes”. A la mañana siguiente, un desconocido llanto suena al mismo tiempo que el canto de los gallos.

La bebé fue bautizada como “María Encarnación”... sin apellido.

Resulta que María Encarnación es idéntica a uno de los hijos del hacendado, es la copia fiel de Luís, el primogénito. Ya no caben dudas sobre la paternidad de la criatura pues Luís, el hijo mayor del hacendado, tiene tan sólo ocho años de edad.

El terrateniente, lejos de renegar de la nenita, le dio su apellido y la aceptó como parte de la familia. Y si bien Dolores continuó como empleada, María Encarnación fue una hija más y creció como una más de los doce niños y niñas que pululan por la hacienda.

Al cumplir los siete años de edad, María Encarnación fue enviada a estudiar a un prestigioso internado de monjas, y resultó ser una excelente alumna.

No hay mucho que decir sobre la vida de María Encarnación en el convento: los días en aquel lugar eran monótonos y desabridos, aunque la estricta educación hizo de ella una chica muy correcta. Le gustaba también leer y escribir -su letra era hermosísima- y además, de tanto leer, terminó siendo también muy inteligente.

Al cumplir los dieciocho años, María Encarnación egresó de sus estudios secundarios en el internado.

En una reunión familiar celebrada durante las fiestas de aquel fin de año, conoció a David, el hijo único de otro terrateniente -aunque no tan adinerado como don Manuel, el padre de María Encarnación-.

Para gran suerte de María Encarnación, David -de quien ella se enamoró a primera vista y él también de ella- estaba aquel día en la casa precisamente porque se celebraba un contrato: el matrimonio arreglado de David con María Encarnación. Al mes siguiente, el párroco del pueblo les declaraba Marido y Mujer.

### III

A los siete años de edad, mi abuela fue sacada del colegio y entregada a una familia para que la criaran. Las razones de aquello nunca las supe, pero podría especular al respecto: mi abuela tenía varias hermanas, todas muy bonitas y de finos rasgos. Mi abuela era fea, chica, regordeta, muy morena y además media sorda.

A mi abuela, como dije, la retiraron de la escuela y la mandaron a criar con otra familia y allá, en vez de cuidarla y quererla y educarla y protegerla, la pusieron en régimen de servidumbre: desde el día en el cual llegó y todos los días, mi abuela hubo de lavarle la ropa a la familia aquella, zurcirle la ropa, plancharle la ropa, ir a comprarles la comida, prepararles la comida, servirles la comida y lavar los platos y ordenar y limpiar la casa y fregar los pisos y el baño, todo eso todo el día todos los días y por las noches, cuando estaba toda la familia ya calentita en sus camas, mi abuela, agotadísima, se iba a dormir sobre una colcha dura y con sólo una frazada como cobertor, dentro de un cuchitril en el fondo del patio, sucucho lleno de agujeros a través de los cuales se colaba el viento y sin luz eléctrica ni ventanas y con un techo de lata lleno de agujeros por donde igualmente entraba el frío y la lluvia, y durante el invierno cuando el viento rugía y los relámpagos estallaban, mi abuela tiritaba de frío y también por su infinita soledad, y por un indescriptible e inmenso terror...

Mi abuela desayunaba y almorzaba y cenaba sola en ese cuartucho y para ella no había segundo plato ni más pan ni mucho menos postre y para ella eran las porciones más pequeñas y tampoco había repetición pero eso sí, nunca la golpearon y por eso ella no escapó de aquel lugar: “al menos tenía algo de comida asegurada”, nos decía triste mi abuela...

Ella nunca tuvo amigos ni amigas y jamás supo -desde que la “regalaron” (o la vendieron, quién sabe)- lo que era un día sin trabajar: los miembros de aquella familia, cuando llegaba el verano, se tomaban las vacaciones por turnos y a causa de eso mi abuela siempre estuvo saturada de labores.

Las navidades y años nuevos, luego de que mi abuela servía la cena, la enviaban a su cuartucho. Según nos contaba mi abuela, incluso durante el tiempo en el cual vivió con su familia verdadera, ella jamás recibió un regalo de cumpleaños ni mucho menos tuvo una celebración dada en su honor.

Desconocía el significado de un regalo de navidad y el de un abrazo de año nuevo: llena de soledad y tristeza, sola desde su cuartucho, escuchaba la algarabía de las fiestas de la navidad y del año nuevo. Ella tampoco recordaba cómo se sentía reír y sonreír.

Las palabras “felicidad” y “alegría”, para mi abuela, no tenían ningún sentido, pero mi abuela tampoco era consciente de que las palabras “felicidad” y “alegría”, para ella, no tenían sentido.

Así, bajo una humillante esclavitud (¿conoces la palabra “criada”?), transcurrió la vida de mi abuela desde los siete a los dieciséis años. A los dieciséis, por vez primera y gracias a una razón que ella jamás nos supo explicar, le dieron libre el día domingo.

Al principio no sabía qué hacer y se quedaba el domingo entero tendida en su camastro, mirando las imágenes de las fotonovelas por entrega que venían en los periódicos de ese tiempo. Observaba los recuadros y fotos y viñetas e intentaba descifrar los textos que en ellas había, tratando de recordar las lecciones que tuvo en sus pocos años de escuela.

Luego de unos meses pasando su día domingo libre de aquel modo, se aventuró a salir a un parque cercano. Caminaba y se sentaba en alguna banca a ver a l@s niñ@s jugando o paseando con sus familias, y a las palomas revoloteando mientras ella seguía el curso de las nubes avanzando en el cielo del mediodía.

Sentada en el mismo banco, almorzaba los panes sin queso ni cecina ni mantequilla que le daban antes de salir; y veía a las alegres familias sentadas sobre una manta, riendo y comiendo ricos alimentos en enormes fuentes de ensalada, bebiendo jugos naturales en inmensos jarros, mascando descomunales sándwiches y coloreadas frutas y aromáticos trozos de carne asada y frita...

Al atardecer, y ya siempre sentada en el mismo banco todos los domingos, contemplaba a las parejas que caminaban tomadas del brazo, y se entretenía también mirando a un grupo de personas quienes, con guitarras y panderos, cantaban y hablaban sobre un señor que se llamaba Jesús y que murió crucificado por culpa de tanta gente que era malas pescadoras.

Ella no comprendió por qué alguien podría ser asesinado sólo porque había gente que no sabía pescar. Además, ¡ese señor don Jesús era inmortal!, según decía un hombre quien, adelantado al grupo y con un libro en su mano, hablaba también de los malos pescadores.

— ¡Jesús es inmortal, él vive para siempre y no puede morir! -explica el tipo a todo pulmón-.

Fue entonces más grande la confusión de mi abuela: “¿cómo alguien que es inmortal, termina muerto clavado en una cruz?”.

Además, ese caballero don Jesús que era inmortal y que murió clavado en una cruz “¡Volvió a vivir y regala vida después de que uno muera si usted, alma que escucha, cree que alguien que es inmortal murió pero que luego vivió, y él murió por usted, porque usted es pescador y pescadora!”, continuaba diciendo el tipo con el libro en la mano. “¿Murió por mí? ¡Pero si yo no le he pedido nada!, yo ni conozco a ese caballero... y además que yo no sé pescar”, se decía confusa mi abuela.

Llena de preguntas que dada su ignorancia no lograba tan siquiera plantearse, regresó a la casa. Y así estuvo toda la semana, intentando hilar tales cuestionamientos inexplicables para ella.

El domingo siguiente pasó su día libre en el parque y todo fue casi igual, pero esta vez, además de la historia del señor don Jesús, las personas con las guitarras y panderos comenzaron a hablar de un lugar lleno de un fuego que nunca se extinguía, y al cuál llegarían todas las personas que hubieran sido malas pescadoras: estarían por toda la eternidad quemándose únicamente por ser malos pescadores y pescadoras.

Mi abuela pensó en la feria en donde tenía que comprar la comida, las frutas y verduras y pescado y se imaginó que la vendedora de merluza y pejerreyes y jurel, sólo por el hecho de vender lo que vendía, quizá estaría también condenada a pasar entre las llamas un tiempo que jamás acabaría. “¿No sería ése el castigo por matar a los pescaditos, o por venderlos?”, pensaba intrigada mi abuela.

Se fueron las personas cantando con sus guitarras y panderos, mi abuela les vio alejarse y regresó a la casa muy confundida.



Al otro día, y al siguiente y durante toda esa semana, además de lo increíblemente extraño que le parecía todo aquello de la inmortalidad de ese señor don Jesús, ella no dejó de pensar en la feriante quemándose por los siglos de los siglos y por más que pensaba y pensaba mientras lavaba la ropa y los platos y compraba los pescados y preparaba la comida y barría y trapeaba y enceraba, mi abuela no llegó a nada que tranquilizara su mente.

El domingo siguiente, más enredo le causó la historia de un ángel que había sido el más hermoso de todos los ángeles y que quiso irse de su casa, dispuesto a hacer su propia vida. Eso no le gustó para nada a su padre, quien también era el papá del señor al que habían crucificado, “serán hermanos”, pensó mi abuela.

El padre entonces arrojó al ángel a vivir en ese fuego eterno del invierno -así se llamaba aquel lugar, nombre que a mi abuela le pareció muy extraño pues en el invierno hace frío y llueve-...

Resulta que ese mismo caballero que era el papá del ángel y de don Jesús, había cultivado un enorme y hermoso huerto con flores y plantas y legumbres y verduras, y con árboles llenos de frutas.

El dueño del huerto llevó a vivir a su gran jardín a un hombre y a una mujer que eran muy pobres, tan pobres que ni siquiera tenían ropa. Un día, una serpiente parlanchina vio a la mujer aquella y a la serpiente le dio pena que la mujer fuese tan pobre, así que le convidó una manzana. La mujer llamó al hombre y entre los tres, compartieron alegremente la deliciosa frutita, pero el dueño del jardín se enteró y se enojó y los anduvo buscando enfurecido por todo el huerto junto a otros ángeles con espadas, y los buscó hasta que los encontró y los echó a la calle, pero antes de arrojarlos a la calle les deseó puros malos deseos, que ojála la mujer tuviera muchos dolores al quedar embarazada y que al hombre le costara encontrar trabajo y que le fuera mal cuando trabajara, y que ojála tuviera que trabajar hasta muy tarde y quedara muy cansado y que transpirara mucho...

“¿Cómo pueden haber serpientes que hablan? -se preguntaba mi abuela-. Además, si este caballero invita a unas personas que son tan pobres a vivir a su huerto gigantesco lleno de comida, ¿cómo se va a enojar porque le saquen una manzanita? ¡Y más encima los echó a la calle gritándoles todas esas cosas terribles!”.

— Si usted quiere conocer estos misterios, venga, venga -dijo el hombre que hablaba, y como mi abuela quería conocer esos misterios, se levantó de la banca y se armó de valor y comenzó a caminar tímidamente hacia ellos. Al fin entendería todo.

El hombre que hablaba la vio de lejos, y le gritaba a mi abuela:

— ¡Venga! ¡Venga, hermana, venga!

Entonces mi abuela siguió caminando tímidamente hacia las personas, y el hombre le siguió gritando:

— ¡Venga! ¡Venga a Dios! ¡Adiós, hermana, adiós, adiós!

A mi abuela le dio mucha vergüenza que no quisieran que ella se acercara más así que se alejó corriendo y se quedó mirándoles escondida tras un arbusto.

Mi abuela regresaba a la casa imaginándose al caballero dueño del jardín, y lo veía como un borracho que había tenido dos hijos, que su mujer lo abandonó o se murió y que uno de sus hijos se había querido ir de la casa para vivir su vida, pero eso no le gustó al padre así que lanzó a ese hijo al invierno para quemarse eternamente junto a todos los que vendían pescado o que no sabían pescar y que ya estaban muertos; después, este caballero permitió que los pescadores que aún vivían mataran a su otro hijo, a éste que era obediente y que no se había marchado del lado de su padre, y lo colgaron de una cruz y el padre no hizo nada para defender a ese hijo que prefirió quedarse con él y no irse a vivir su propia vida...

“El hombre éste ha de haber sido muy remalo”, pensaba enrabiada mi abuela.

Ella no comprendía por qué los hombres y mujeres que andaban con panderos y guitarras decían que ese caballero alcohólico dueño del huerto gigante -“Adiós”, le llamaban-, era puro amor y amaba a toda la gente y a quienes más amaba era a los pescadores, y que todas las personas que creyeran esa historia vivirían en el mismo jardín del cual él había echado a la mujer y al hombre pobres... “¡Ese jardín se llama “Valparaíso”, y está en el cielo!”, decían aquellas gentes... entonces, mi abuela miraba hacia la bóveda celeste y se preguntaba en dónde, entre las estrellas que poco a poco empezaban a brillar, se encontraría aquel tan extraño lugar...

La confusión era demasiada y todo eso de lo cual las personas hablaban y cantaban con guitarras y panderos en el parque, comenzó a afectarle: tenía pesadillas ya no sólo por el frío y el viento y los relámpagos y la soledad y el terror, sino ahora también por los ángeles que a veces aparecían en las fotonovelas de revistas y periódicos de aquella época y se veían tan bonitos, pero mi abuela los imaginaba ahora quemándose junto a miles de pejerreyes y merluzas y jureles y feriantes, y a todos quienes pescaban mal...

Mi abuela siempre andaba hambreada y cuando soñaba solamente tenía pesadillas y en sus pesadillas ella se veía comiendo su miserable almuerzo, y una serpiente parlanchina le ofrecía una manzana pero mi abuela prefería quedarse con hambre antes que comer la frutita y que la echaran de la casa.

Era tanto el embrollo y tantas las pesadillas que a su siguiente domingo libre, luego que las personas ésas dejaran el parque, mi abuela les siguió. Algunas cuadradas después vio que cantando y tocando sus guitarras y panderos, se metían en un galpón con grandes puertas, y que tenía una cruz ladeada en el frontis.

Mi abuela entró a ese lugar con la cruz ladeada y vio una banca al lado derecho de las grandes puertas, y se sentó allí. Instantes luego, se sentó junto a ella un joven alto y delgado, de ojos azul claro, de blanca piel y cabello negro y rasgos finos y hermosos, pero de triste mirar, y que tenía los ojos rojos por haber estado llorando mucho.

## IV

El padre de David era dueño de muchísimas hectáreas de campo, las cuales había heredado a la vez de su padre, un inmigrante argentino que hizo muy buenos negocios con los indígenas dueños de esos terrenos: mediante prestidigitaciones y truculencias legales, coimas a los políticos cuando no tenía algún vacío en las leyes al cuál recurrir e incluso amedrentamientos y asesinatos a los vulnerados mapuche por parte de soldados y policías corruptos, así que el abuelo de David terminó pagando una miseria por las tierras, por lo general, un par de barriles de aguardiente.

David se dedicó desde pequeño a conocer a fondo la vida en el campo, así que no quiso ir a la escuela.

— Habrá tiempo de ir... -decía David cuando ya era adolescente-. Por ahora quiero seguir aprendiendo el manejo de la hacienda (por ahí cerca *recauchaban* neumáticos de tractores, de motocicletas, de automóviles y camiones y bicicletas, y David fue aprendiendo por casualidad el oficio de *vulcanizador*)-.

Y aunque parezca extraño que un hombre como su padre estuviera de acuerdo con que David no asistiera al colegio desde tercero básico POR “DECISIÓN” DEL PEQUEÑO, así sucedió.

Mientras María Encarnación y David disfrutaban de su luna de miel recorriendo Chiloé, el padre de David murió en extrañas circunstancias, sin embargo, por más que David indagó, nadie le supo dar una respuesta satisfactoria del fallecimiento.

En los seis meses que siguieron al deceso, David fue sistemáticamente estafado por los “amigos” y abogados que habían trabajado para su padre: engañado con saña, David firmaba documentos, pagarés y órdenes de compraventa falsas o que no decían exactamente o nada en lo absoluto lo que aquellos “amigos” y abogados, le decían a David que en esos papeles estaba escrito.

(Tal como leíste, David se había dedicado desde pequeño a conocer a fondo la campesina vida del hacendado, pero campesina solamente en el sentido de *trabajo en el campo* y no en lo que a la *administración del campo* refería -por eso me parece extraño que el padre de David hubiese permitido que su hijo único fuera analfabeto-, y fue ésa la razón por la cual David no quiso ir a la escuela ni tampoco quiso aprender a leer ni a escribir. “Ya habrá tiempo de ir al colegio” dijo muchas veces, pero la realidad se le vino encima y aquel tiempo no le fue otorgado: el analfabetismo de David fue su ruina, o mejor dicho “casi” su ruina porque David tenía algunos importantes ahorros y con lo poco que alcanzó a vender por sí mismo -y sumando su patrimonio a la dote de María Encarnación-, reunieron lo suficiente para comprar una casa en la capital, y él y su legítima esposa se vinieron a vivir a Santiago)

Si te preguntas por qué el padre de María Encarnación, siendo un rico hacendado no les ayudó mientras estafaban a mi abuelo, la razón es ésta: aunque David no era aficionado a beber, cuando lo hacía se ponía grosero y violento: dos meses antes de que David quedara en banca rota, durante una fiesta en la casa de don Manuel -el padre de María Encarnación-, David se vio envuelto en una pelea con Luís, el hermano mayor de María Encarnación.

Don Manuel intervino y David, sumido en la niebla del alcohol, los golpeó a los dos, al padre y al hermano mayor de María.

Al atardecer siguiente, David despertó de su borrachera a la orilla del camino que llevaba al pueblo. A su lado estaba María Encarnación:

— Me desheredaron -dijo ella-, mi padre me dio a elegir entre separarme de ti o irme para siempre de mi hogar y olvidarme de él y de mi madre y mis hermanos y hermanas... pero yo... yo elegí quedarme contigo -le dijo-.

Por más que María Encarnación le ha contado detalladamente la pelea a David, él jamás pudo recordar lo ocurrido en aquella fiesta.

Jamás tampoco le perdonaron a María Encarnación que hubiese preferido quedarse con David: su familia siempre la extrañaba y nunca la olvidó y ella tampoco olvidó nunca a su familia y los recordaba siempre, pero la sentencia no tenía marcha atrás.

(Todos y cada uno de los miembros de la familia la habían perdonado, pero nadie fue capaz nunca de decir que la había perdonado por temor a quedar como “traidor/a”)



## V

Al terminar el servicio religioso de aquel domingo, María -mi otra abuela- vio que mi abuelo José lloraba muy quedito a la salida de la iglesia (el galpón ése al cual entraron las personas que cantaban tocando guitarras y panderos alabando al señor don Jesús). Mi abuela se acercó a él y se pusieron a hablar. José la invitó a comer algo y se ofreció a acompañarla hasta donde ella vivía; quedaron de encontrarse al domingo siguiente en aquella misma iglesia.

Y se juntaron aquel siguiente domingo, y al siguiente, y al siguiente, y comenzaron a salir y aunque sólo podían verse una vez a la semana, transcurridos tres meses, mi abuela María y mi abuelo José se fueron a vivir a la pieza de un conventillo.

Todos los días José le cuenta a María sobre su madre y sus hermanos. María lo escucha con atención y lo ve llorar mientras le hace tímidos cariños en la espalda, intentando consolarlo: todos los días lo escucha con atención y le ve llorar y llorar y ella, sentada sobre la cama junto a él, lo acaricia tímidamente, pero José ya es inmune al consuelo.

Al poco tiempo llegó la prole: el primero, llamado Isaías, murió al mes de nacido, mientras mi abuela esperaba ya a su segundo retoño: fue mujercita y le pusieron por nombre Ruth. Nueve meses después llegó Magdalena; después, seguidito, fueron naciendo Esther, Moisés, Juan y Emanuel; finalmente llegó Pedro y en un hospital público, la fábrica se cerró.

José no dejó de asistir a la iglesia desde aquel primer domingo cuando conoció a mi abuela, y fue ascendiendo en responsabilidades eclesiásticas (además que hace mucho tiempo mi abuelo no va solamente los domingos, sino que asiste todos los días a la iglesia, de lunes a lunes) porque según sus propias palabras, él y su familia “están siendo bendecidos por el Señor”.

Y bueno, a estas alturas mi abuela ya sabe que ese “Señor” es con mayúscula y que no se llama Adiós, ni que el lugar del fuego eterno es “el invierno” ni que el Edén es “Valparaíso”... y respecto a los “pescadores”... ok, eso es obvio).

José decía que el Señor lo estaba bendiciendo porque le daban labores como predicador en los servicios religiosos de los días jueves y viernes y a veces los sábados; también lo hicieron jefe de los “voluntarios”, reunión sólo de hombres celebrada los días martes por la tarde.

Le encargaron dirigir el servicio de la escuela dominical los domingos por la mañana y era “coordinador de templo”, debiendo supervisar los arreglos y mantenciones que los días lunes se efectuaban en el lugar.

Tres o cuatro veces al año le daban el honor de predicar en la reunión general, los domingos por la tarde -tarea correspondiente sólo a la élite de aquella iglesia-. Le avisaban con una semana de anticipación y José se encerraba en su habitación luego de regresar de la iglesia, preparaba su espíritu con oración y ayuno y su discurso lo planificaba estudiando la Biblia, ¡Había tanto de lo cual hablar!... pero llegado el día siempre terminaba hablando del amor de una madre a su hijo, basándose en la sentencia salomónica en la cual partirían a un bebé en dos para darle una parte a cada una de las mujeres que reclamaban la maternidad; o que Jesús era el esposo y la iglesia la esposa y los creyentes, los hijos; o llorando hablaba de José en Egipto, a quien vendieron por envidia sus hermanos...

Así era la vida de José: de la casa al trabajo y del trabajo a la iglesia y de la iglesia a la casa, de lunes a lunes excepto los miércoles porque el miércoles tenía libre en el trabajo y en la iglesia ya que el miércoles se reunían “Las Dorcas”, servicio religioso únicamente de mujeres, así que los miércoles se encerraba en su habitación a orar y a leer la biblia y exigía que nadie de su familia lo “molestara” y mi abuela le llevaba el desayuno y el almuerzo y la once y la cena a la pieza, y José desayunaba y almorzaba y tomaba la once y cenaba solo.

Entretanto, su descendencia sumaba años más años.

## VI

Mi otro abuelo y mi otra abuela -David y María Encarnación- comenzaban también a tener prole, con la diferencia que la educación de María les permitió ver que, dada la situación económica en la cual se encontraban, sería una idiotez el engendrar y engendrar.

Asunción fue la primera hijita.

Cuatro años luego, nació Samuel.

A los tres años y medio vio la luz Rosario, y la última en llegar fue Piedad del Carmen, dos años después de nacer Rosario.

Con los ahorros que David y María Encarnación trajeron a la capital, en la casa que compraron instalaron una “vulcanización”, los lugares a los cuales llevan los vehículos para que le reparen las ruedas o los neumáticos pinchados -o *ponchados*- .

Entre automóviles y camiones, parches y pegamento, ruedas y herramientas, aquella descendencia también iba creciendo...

Luego de dejar a sus hij@s en la escuela, mi abuela María Encarnación asistía a la primera misa del día -de 08:30 a 09:15 de la mañana-. Regresaba a la casa e invariablemente, a las nueve y media, le servía el desayuno a mi abuelo David.

Cerca de las dos de la tarde l@s niñ@s regresaban del colegio y sin siquiera sacarse el bolso escolar, se iban directamente a jugar con el padre quien siempre, pero siempre siempre y por más trabajo que tuviera, se daba largos ratos para compartir con sus hij@s: don David era absolutamente responsable, meticulado y honrado en su trabajo pero compartir con Asunción, Samuel, Rosario y Piedad, siempre era la prioridad. Sus clientes lo sabían y preferían estar con el neumático pinchado hasta que sus hij@s dejaran seguir trabajando a don David, porque era mejor eso que ir a otra vulcanización en donde era seguro que les robarían en el precio: habían varias vulcanizaciones cerca del taller de mi abuelo pero era el taller de mi abuelo el que siempre estaba lleno y con vehículos estacionados esperando en ocasiones largas horas para ser refaccionados. A don David le iba superbién y podía darse ciertos lujos.

Sagradamente, mi abuelo cerraba el local los domingos pues dedicaba ese día por entero a su familia, y no permitía que María Encarnación, por más religiosa que fuese, asistiera aquel día a las misas: “si cierro la *vulca* es para que pasemos el domingo en familia, así que tú no vas a la parroquia y yo no atiende a nadie”, decía mi abuelo sonriente y con un vaso de vino en una mano mientras con su otra mano, luchaba jugando contra un@ de sus hij@s, o contra tod@s junt@s; y salían después en familia a algún parque y se sentaban sobre una manta, y comían ricos alimentos: enormes fuentes de ensalada, inmensos jarros de jugos naturales, descomunales sándwiches y ricas frutas y aromáticas carnes.

Los clientes de mi abuelo conocían de sus salidas domingueras con su familia y preferían estar con el neumático pinchado todo el domingo y esperar a que don David abriera el lunes, antes que ir a otra *gomería* en la cual, lo más seguro, dejarían mal reparado el desperfecto para que tuviesen que acudir a esa vulcanización nuevamente.

De lunes a sábado, mi abuelo David abría la vulca a las 10 de la mañana en punto, y la cerraba a las siete de la tarde en punto. Nunca, pero nunca nunca antes o después de aquellas horas: a diario llegaban clientes mientras mi abuelo comenzaba a guardar sus materiales de trabajo, y le rogaban que les reparara el vehículo ofreciéndole incluso pagar el doble o el triple del precio pero mi abuelo siempre se negó: “vuelva mañana”, les decía sonriendo (o “vuelva el lunes”, si era sábado).

Cerrado el taller, don David se metía a la ducha cantando rancheras. Salía reluciente y se sentaba a la mesa a cenar con toda la familia. De la hora y media que duraba la comida, más de la mitad del tiempo era reírse a carcajadas de sí mismo, de mi abuela, de sus hijos e hijas o de los clientes; conversaba de la vida que había tenido antes de conocer a María Encarnación y de la vida que ahora llevaba y siempre, pero siempre siempre y hablaban de lo que hablaban, las carcajadas de la familia resonaban en la casa, y en ocasiones se oían hasta la calle.

A las nueve de la noche, luego de la abundante cena -don David siempre se preocupó que su familia comiera hartos y de lo mejor-, terminada la cena, digo, mi abuelo se ponía de pie y l@s hij@s se iban a escobillar los dientes y luego, se iban directo a la cama.

Don David esperaba a que la prole hubiese rezado sus padrenuestro y sus avemaría, y se despedía de cada una de ellos dándoles las buenas noches junto a tal o cual consejo, o les contaba algún chiste y luego besaba sus frentes acariciando sus cabezas y escuchaba atentamente lo que tuvieran que decirle, y mi abuelo les respondía con palabras saturadas de cariño y apoyo, les decía que eran l@s mejores y que llegarían muy lejos y que lograrían todo lo que se propusieran

— Ustedes son l@s mejores - les decía a sus hijas e hijo-, llegarán muy lejos y lograrán todo lo que se propongan.

Además, mi abuelo les mencionaba algo extremadamente importante: “Yo soy su padre y tienen que confiar en mí. He vivido muchas cosas y tengo mucha experiencia. No sé leer ni escribir, quizá algún día aprenda pero por el momento tengo que trabajar... Ustedes tienen que confiar en mí... Yo siempre converso con mis clientes y me dicen que ellos no son amigos de sus hijos o de sus hijas. Les pregunto por qué y me responden que no pueden ser amigos de ell@s porque confundirían las cosas -los hijos confundirían las cosas, no los padres-, pero yo pienso que mis clientes están equivocados: yo soy el mejor amigo que ustedes tend... no, no el mejor amigo que tendrán, porque tendrán más mejores amigos, YO SOY EL PRIMER MEJOR AMIGO que tendrán. Confíen en mí, cuéntenme lo que quieran contarme, no les digo que me cuenten todo, yo sé que hay cosas que son personales y esas cosas son de ustedes, pero a lo que voy es que yo jamás les reprocharé nada ni les obligaré a hacer ninguna cosa que ustedes no quieran hacer, porque les explicaré la necesidad de hacer aquello que no desean realizar y escuchándome con atención, comprenderán que hacer ésa tal cosa que no quieren es necesaria para alcanzar un determinado objetivo en la magia y misterio que es la existencia...

Su mamá prefirió quedarse conmigo -les seguía diciendo y ahí les daba la lata contándoles por vez número mil la historia de la desheredación a causa de la pelea que nunca pudo recordar- porque ella confió en mí... confíen, confíen también en mí, yo soy su amigo, los amo y soy su amigo. Confío en ustedes y confío en ustedes también en el sentido de que tengo la certeza absoluta de que ustedes crearán sus capacidades y crearán en ellas, las desarrollarán y alcanzarán todo lo que se propongan y sé que brillará en su existencia la posibilidad de concretar la vida que ustedes, anhelando fervientemente, un no muy lejano día les saturará de dicha y experiencias para lograr el aprendizaje y crecer tanto intelectual como espiritual y afectivamente, y resplandecerán en ustedes y en lo más profundo de sus consciencias y razonamientos cual Sol al mediodía, brillarán con alados y etéreos destellos vuestras más nobles y abstractas y elevadas aspiraciones empíricas y cognitivas sin perjuicio de sus anhelos epistémicos y no trascendentales de la alétheia que subyace al ethos del noumeno primordial en la verosimilitud kantiana y negación hegeliana y nietzscheana desde la lógica empistemolog

— Ya ya ya, detente un poco: el abuelo de este culiao es un puto analfabeto, y es imposible que alguien que no sabe leer se exprese con esos términos, ¿sí o no?



Si pensaste eso tendrías tooooda la razón, pero mira: te he hablado del Hiper-Realismo y de que esta novela no necesita las licencias del autor ni pactos de verosimilitud, etcétera, el asunto es que mi abuelo me cae superbién y por eso “hago” que hable así tan intelectualoide en el párrafo anterior.

Ese hombre, mi abuelo \_aterno era regenial y le agradezco que me haya engendrado a través de mi \_adre.

Sólo es eso que te dije respecto a la manera de hablar de mi abuelo David, no es que yo no sepa qué es lo que estoy haciendo cuando escribo, porque **yo sé muy pero muy bien** lo que hago cuando escribo.

Ya. Después del hogareño ritual nocturno, mi abuelo David salía rumbo a alguna taberna o restorán o quinta de recreo cercana. Bebía y siempre terminaba borracho pero ya no era ni grosero ni violento: lo sucedido con su cuñado y con su suegro le enseñó a no serlo; además, la alegría que le fue dando progresivamente el compartir con Asunción, Samuel y Rosario y Piedad, tanto rato al día todos los días, también influyó en su nueva conducta: mi abuelo ahora bebía y reía y cantaba corridos y bailaba rancheras, y si surgía por ahí algún malentendido que pudiera derivar en peleas -aunque mi abuelo no tuviera nada que ver en el altercado- para calmar los ánimos, don David se daba el lujo de invitar a todas las presentes a “un entero” por mesa.

“Un entero” quería decir un litro de vino.

Cuando mi abuelo llegaba a las tabernas o restaurantes o quintas de recreo, siempre había muchas personas que le conocían y le querían, o al menos le estimaban o por último no le tenían bronca porque esa gente sabía, a pesar de la envidia que algunos le tenían, esas personas sabían que mi abuelo se preocupaba de que mientras él estuviese presente, no hubieran peleas ni malos ratos.

Además, era muy conocida la dedicación que mi abuelo daba a sus hij@s y por ello, cuando le veían entrar a las cantinas y quintas de recreo siempre lo celebraban y le invitaban a beber *chicha* “mire que ya saca chispas de lo fresquita que está”; o vino tinto, “no es de los *litriados*, es reservado ¿ve?, está que raspa la lengua”; o aguardiente, “*vaigase* con cuidado que me la trajeron de las salitreras”; o *ponchecito*, “ojo con irse por lo dulce mire que afuera lo agarra el aire y va a quedar como trapo”...

Las gentes que lo invitaba a beber, como además sabían que mi abuelo era serio y honrado en su trabajo, le convidaban también a comer empanadas, huevos duros, sanguches de arrollado o de pollo con palta o caldos de pata o mariscales o porotos con riendas o porotos con mote o lo que fuera que hubiese para llenar el buche, y aunque mi abuelo siempre llegaba a las cantinas y restoranes y quintas de recreo satisfechísimo, al rato de beber le entraba un hambre feroz.

Y cada noche, mi abuela María Encarnación, con el rosario en la mano y diciendo sus plegarias, poco antes o poco después de las doce, escuchaba desde lejos unas risas y gritos de alegría que se acercaban y en aquellas risas y gritos de alegría y canciones mexicanas mezcladas con los ladridos de los perros, entre aquella algarabía, mi abuela reconocía la voz traposa de mi abuelo David, alegre y borracho.

Minutos después llamaban a la reja y mi abuela salía a atender; veía entonces a mi abuelo David tambaleándose y cantando rancheras revolucionarias sobre Pancho Villa y Emiliano Zapata, riendo apoyado en el hombro del compadre de turno; mi abuela abría la puerta de la reja y mi abuelo, cantando ahora las otras rancheras, esas que hablan de amores y desamores, la abrazaba torpemente y mi abuela, pequeña y enjuta, debía sostener a mi abuelo David, también bajo pero robusto como un grueso tronco.

— Gracias por traerlo a casa -decía mi abuela-.

— No hay de qué, señora mía. Don David ya estaba listo así que le dijimos que mejor se fuera para la casita y él dijo “bueno, ya, me voy”, usted sabe cómo es él, y cuando vi que don David ya no se podía mover, lo vine a dejar a su casa... buenas noches, señora mía -le decía el atento señor.

Cerrada la reja, mi abuela entraba a mi abuelo a la casa mientras él seguía cantando rancheras de amor, y como venía satisfechísimo por tanta empanada y huevos duros y sanguches de arrollado o de pollo con palta o caldos de pata o porotos con riendas o porotos con mote o lo que hubiese habido para llenar el buche, al entrar apoyado en mi abuela, don David se dirigía derecho a la cama.

Siempre cantando y riendo, se tira en la cama sin sacarse siquiera los zapatos y con la cara tranquila y la boca sonriente, mi abuelo se queda dormido mientras mi abuela le quita la ropa.

A veces, durante la noche, mi abuelo David balbucea rancheras de amor o reprende en sueños a algun@ de sus hij@s, pero luego del regaño balbucea nuevamente rancheras de amor y mantiene la misma sonrisa y el mismo rostro tranquilo de cuando cerró sus ojos.

Siempre antes del amanecer, aún oscuro aun, mi abuelo comienza a besar a mi abuela, dulce, lenta y delicada y tiernamente, y ella responde sus besos saciada de amor; ella adora los besos de mi abuelo, tan llenos de cariño y ternura y también de vino tinto o vino blanco o chicha o aguardiente y empanadas o huevos duros etcétera, y sus cuerpos se entrelazan y comparten el placer de un sexo saturado de compromiso real, y se aman como se amaron sus miradas la primera vez que se miraron, y él la penetra absolutamente entregado al brillante y hermoso sentimiento que ella le produce, ella, su esposa, la madre de su descendencia, su mujer, que prefirió estar con el hombre que golpeó a su hermano y a su padre y que debió alejarse de su familia para siempre... aunque haya sido mi abuelo David quien inició la pelea. Y mi abuelo David está absolutamente conciente de su responsabilidad en aquella pelea, y por eso le agradece con el Alma a María Encarnación por haber elegido acompañarlo.

Mi abuelo jamás dejaría de agradecer tal entrega y apoyo y confianza y por eso, cuando hacían el amor, siempre pero siempre siempre mi abuelo esperó a que mi abuela orgasmeara al menos tres veces (si es que María Encarnación andaba con ganas de ponerse multiorgásmica) antes que él derramara su Alma en el interior o sobre aquel cuerpo de aquella mujer a la cual tanto adoraba (estuvieron casados casi sesenta años y la separación, cuando la muerte le tomó de la mano, lo que sucedió en el terrible y maldito pero inescapable instante de la eterna separación, lo que ocurrió en su Alma en ese segundo, no tiene manera de ser descrito).

## VII

En casa de José y de mi otra abuela María, los días transcurrían de muy distinto modo.

Ya te había contado que la vida de José consistía en levantarse y desayunar e irse a su empleo; terminadas sus labores se duchaba y vestía la tenuta formal que la noche anterior le había planchado mi abuela, ropa que él se llevaba al trabajo.

Terminaba de trabajar y se ponía el traje y se iba a la iglesia; cerca de las diez de la noche llegaba a su casa, cenaba y se iba a dormir.

La vida de los hijos de José y María, era la siguiente, y todo como en cascada: levantarse, bañarse, vestirse, desayunar e irse a la escuela, y dije “como cascada” porque la hermana mayor levantaba y bañaba y vestía al hermano siguiente, y éste a su siguiente hermana y entre l@s tres, bañaban y vestían al resto.

Luego, al colegio; después regresar de la escuela y encerrarse a lavar, zurcir y planchar la ropa del hermano o de la hermana siguiente y ayudar a hacer las labores propias en una casa con tantas personas. Tiempo para jugar casi no tenían.

Llegada cierta hora, l@s hij@s mayores y l@s del medio debían prepararse para ir a la iglesia. Daba lo mismo si al día siguiente tuviesen un examen en la escuela o alguna tarea por completar: “nuestro salvador Jesucristo está primero, y predicar su palabra es lo más importante”, decía José.

(José y mi abuela María dormían en la misma habitación, pero en camas separadas. Una o dos veces al mes, el abuelo se pasaba a la cama de mi abuela y sin encender la luz y sin besos ni caricias, la penetraba un par de minutos y eyaculaba y regresaba a su cama, y al rato mi abuela lo escuchaba llorando y pidiéndole perdón a su dios por haber tenido sexo con su legítima esposa)

## VII

-

Para engrandecer la obra del Señor Jesucristo, se organizó la *Primera Convención Nacional de Iglesias Evangélicas de Chile*, cuyo epicentro sería la capital, Santiago. Fueron tantos los inscritos que los lugares de residencia temporal no dieron abasto; entonces, se solicitó a toda la comunidad de la iglesia que proveyera alojamiento a los visitantes: “la Convención sólo durará unos cuantos días, pero la bendición para las familias voluntarias será eterna”, decían la elite en las predicaciones.

A dicha congregación asisten aproximadamente doscientas personas: la noche del domingo en la cual se hizo la petición de alojamiento temporal, NADIE levantó la mano, nadie, al menos durante el primer minuto.

El predicador sobre el púlpito repite la situación respecto a la escasez de alojamientos, añadiendo que es invierno y el frío y la lluvia etcétera.

Se escucha un enorme y sepulcral silencio; la gente se mira pero nadie dice nada. Algunos susurros comienzan a surgir y alguien toce por aquí y otro carraspea por allá, pero nadie dice nada hasta que... hasta que un brazo se levanta.

Adivina de quién es ese brazo.





## IX

Días más tarde, fue presentado, saludó y dijo su nombre. Era pastor por allá en una iglesia en donde vivía. Ella, quien se había reservado la opinión desde la noche en la cual él levantó la mano, ya no aguantó más, y tímidamente protestó:

— Oiga -dijo muy bajito y mirando al suelo- no... no tenemos más habitaciones, ni camas...

— Hermana María -así le decía José a mi abuela, y no “Mi Amor” o “Mi Vida”-, hermana María, Dios nos quiere bendecir...

— Predicador, no es necesario que se preocupe usted por mí -dijo él- yo puedo dormir en la banca de cualquier plaza total, el invierno no es tan crudo acá en la capital, me abrigo bien con diarios y si llueve, bueno... ¡Job tuvo pruebas más terribles!

— ¡Ni hablar! Usted, pastor, se quedará en nuestra casa, y dormirá en la cama

— ¡Oiga, pero no tenemos más habitaci

— ¡Silencio, mujer! El demonio está hablando a través de usted, hermana María.

— No se preocupe por mí, siervo José...

— Pastor, usted dormirá con alguno de nuestros hijos, dormirá con quien tenga la cama más grande, Dios nos quiere bendecir y no se hable más del tema -terminó cortante el abuelo José-.

Mi abuela sabía, intuía que algo debía decir, su instinto maternal funcionaba a mil por hora.

— ¡No! ¡No, no y no! ¡No tenemos más camas disponibles! Si quiere quedarse, pastor, tendrá que dormir en el sillón! -protestó mi abuela-.

— ¡¿Qué dices, mujer?! ¿Un siervo del Altísimo durmiendo en el sill

— ¡Bueno entonces que duerma con usted pero no se acostará con mis hij

— No, no se preocupe, hermana María, buscaré algún parque y allí dormiré...

El abuelo José, estupefacto ante la revelde e inusitada actitud de mi abuela, no sabía cómo reaccionar. Lo supo, finalmente:

— Pastor, siento mucho lo que está sucediendo y realmente le ofrezco disculpas, pero la hermana María tiene razón, no tenemos más camas... le, le podemos ofrecer el sillón...

— El sillón estará bien, no se preocupe, siervo José...

Mi abuela sabía, intuía que algo debía volver a decir, su instinto maternal seguía funcionando pero... no dijo nada más.

De hecho, nunca sucedió aquello de que el tipo dormiría en el sillón. Eso fue producto de mi imaginación, lo que me gustaría que hubiese pasado porque lo que en verdad ocurrió, fue lo siguiente:

Días más tarde, fue presentado, saludó y dijo su nombre. Era pastor por allá en una iglesia en donde vivía. Ella, quien se había reservado la opinión desde la noche en la cual él levantó la mano, ya no aguantó más y tímidamente protestó:

— Oiga -dijo muy bajito y mirando al suelo- no... no tenemos más habitaciones, ni camas...

— Hermana María -así le decía José a mi abuela, y no “Mi Amor” o “Mi Vida”-, hermana María, Dios nos quiere bendecir...

— Predicador, no es necesario que se preocupe usted por mí -dijo él- yo puedo dormir en el banco de cualquier plaza total, el invierno no es tan crudo acá en la capital, me abrigo bien con diarios y si llueve, bueno... ¡Job tuvo pruebas más terribles!

— ¡Ni hablar! Pastor, usted se quedará en nuestra casa y dormirá en la cam

— ¡Oiga, pero no tenemos más habitacio

— ¡Silencio, mujer! El demonio está hablando a través de usted, hermana María.

— No se preocupe por mí, siervo José...

— Pastor, usted dormirá con alguno de nuestros hijos, dormirá con quien tenga la cama más grande, Dios nos quiere bendecir y no se hable más del tema -terminó cortante el José conchesumadre-.





La cama más grande, esa en la cual dormiría el pastor que venía de lejos, la ocupaba Magdalena, la segunda hija de la pareja; Magdalena tenía sólo nueve años de edad y esa niñita con la cual dormiría aquel hijo de Dios, esa niñita... era mi mamá.









Se terminó de editar el 17 del 2 del año 2025  
a las 01:22 horas GMT de Chile continental,

(Natalynda, quien aparecerá en el Volumen 3 de esta saga, está  
mirando estas líneas, escuchando ella y yo y la Gaga y la Trico “Bulls on  
Parade”, de Rage Against the Machine).









Se permite la reproducción sin fines comerciales de Segunda Novela, ¿Una Historia de Amor?, en parte o íntegramente, y me da lo mismo si me citay o no.









## Leíste

*484 páginas*

*1.222 párrafos*

*64.111 palabras*

*292.033 grafemas (letras, números, paréntesis y guiones y signos de puntuación)*



*Únicamente amo leer aquello que fue escrito con sangre.*  
**Friedrich Nietzsche**



